
3 1761 05304569 6





LONDRES

JULIO CAMBA

LONDRES

IMPRESIONES DE UN ESPAÑOL



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1916

Imprenta Renacimiento. — San Marcos, 42. — Teléf. 4.967.

EL GUARDIA OBJETIVAMENTE CONSIDERADO

El primer guardia inglés lo vi en la aduana de Niewhaven al salir del barco. No eran todavía las cinco de la mañana. Hacía un frío terrible y llovía. Debía llover en toda Inglaterra, porque unas horas más tarde, fué cuando tuve que comprarme unos chanclos en Oxford Street.

El guardia, situado a la puerta de la aduana, ofrecía un aspecto imponente. Era inflexible, majestuoso y formidable. La lluvia resbalaba por él como por un edificio. En la aduana de Niewhaven, a la entrada de Inglaterra, aquel guardia parecía unas de esas figuras alegóricas y decorativas que en el pórtico de un palacio nos imponen, antes de entrar, una actitud de respeto y de acatamiento.

Con esta actitud entré yo en Inglaterra. Después de ver aquel guardia, ¿cómo dudar de la fuerza que tiene aquí el principio de autoridad? Yo hice una vez un artículo acerca de los ingleses fuera de Inglaterra: «Los ingleses—decía yo—les pegan a los guardias extraños, pero respetan a los suyos.» ¡Ya lo creo que los respetan! ¡Como que son muy grandes! Y los guardias tienen que ser grandes y estar bien alimentados. Si no imponen su prestigio materialmente, ¿cómo van a imponerlo moralmente? En un país donde los señoritos les pegan a los guardias, se puede asegurar que el principio de autoridad no tiene eficacia ninguna.

A mí, el guardia inglés me parece algo sobrehumano, que está por encima de nuestras pasiones y de nuestra sensibilidad. Alguna vez he tenido precisión de preguntarle a un guardia por una calle; me he acercado a él y he mirado hacia arriba. El guardia tenía la cabeza levantada y no me veía. Le he llamado y he formulado mi pregunta. Entonces el guardia, sin mover la cabeza para mirarme, me ha contestado minuciosamente, y, cuando yo me he ido, se ha quedado en la misma actitud, inmóvil e impasible. Y es que, cuando uno le pregunta a un guardia inglés, el guardia inglés no le contesta a uno, le contesta a la sociedad. No hay cuidado de que uno influya en su es-

píritu según vaya mejor o peor vestido y según sea más o menos simpático. Ya he dicho que el guardia inglés es sobrehumano. Su espíritu es el espíritu del deber. Usted, yo, cualquiera, al acercarnos a él, somos la sociedad que le llama. El guardia responde, y nada más.

Además, el guardia inglés debe ser impermeable. Aquí todo es impermeable: los gabanes, las gorras, los sombreros, el calzado, el suelo... Pues yo creo que los guardias también están hechos de una substancia impermeable. No me lo explico de otro modo. ¡Hay que ver lo que llueve sobre ellos! Un guardia español se ablandaría. El guardia inglés no. Deja la guardia, se va a su casa y está seco. La lluvia le moja, los coches lo salpican, y el guardia sigue tan impasible como los edificios contiguos.

Mi admiración se colmó la otra tarde. Me dirigí a un guardia para preguntarle una dirección, y el guardia no sé qué me dijo, que yo no le entendí:

—Ya que no habla usted en cristiano—le dije entonces en español—, bien podía usted hacer señas. Se hace así—alargando la mano—; se cuentan con los dedos una, dos, tres, las calles transversales que tengo que encontrar en el camino, y luego se me hace así o así, con

la mano, según deba tomar, a la derecha o a la izquierda.

El guardia no me miraba; pero de pronto alargó un brazo tremendo, un brazo como una grúa. Me cogió del cuello de la americana, por detrás; giró sobre los talones, y me dejó a seis o siete pies de distancia, mientras decía:

—*¡Camelon!*

Miré el nombre de la calle a cuya entrada me había situado el guardia, y vi que era precisamente la calle que yo buscaba.

¡Ay, estos guardias ingleses no son como esos guardias de Madrid, que dialogan en chulo y salen a los escenarios de los teatros por horas! Estos son imponentes y formidables. Tan formidables, que sostienen sobre sus hombros a toda Inglaterra.

CÓMO COMEN LOS INGLESES

Yo no comprendo bien a la gente mientras no la veo comer. «Dime lo que comes y te diré quién eres.» Si comes carnes asadas y legumbres cocidas, eres un inglés; si comes platitos bien condimentados, regodeante en las salsas, eres un francés; si no comes, eres un español. Yo cogería a todos estos ingleses tan fuertes y tan coloradotes, y los pondría a pensión en una casa de huéspedes de la calle de Jacometrezo, en la seguridad de que, al cabo de quince días, los majaba a la box. «Allí donde el soldado español está mejor alimentado—ha dicho un gran militar inglés—, el francés está a media ración, y el inglés se muere de hambre.

El inglés es un hombre que come por necesidad, mientras que el francés come por placer. El francés es un epicúreo. Para él la co-

mida es un fin, y no un medio, como lo es para el inglés. A mí, todos los franceses me dan la idea, un poco repugnante, de tener los bigotes impregnados en una salsa de cocina. Francia ama las salsas, las gelatinas, los rellenos. Como es un pueblo muy académico, ha hecho un virtuosismo de la cocina, que es en Francia un arte mucho más ideal que la música. Un español va unos días a París, y vuelve a España con la misma impresión de un hambriento que se hubiese pasado una hora frente al escaparate de Lhardy. «Con respecto a España—escribí yo una vez desde Francia—, éste es un pueblo que come.» Pero Francia le da demasiada importancia a la comida. Es como esos hombres que, después de una vida muy dura, han resuelto su situación y se han aburguesado, han echado tripa y se pasan la vida en su casa con unas zapatillas de orillo. Si por azar les sobreviene un revés de fortuna y tienen que volver a luchar, están perdidos irremisiblemente.

Inglaterra, no. Este es un pueblo que come sin salsa ni gelatinas. Aquí no existe el placer de la mesa, y, al mediodía, la ciudad de Londres come de pie. De las once de la mañana a las tres de la tarde, los *luncheon-bars* se llenan de hombres de negocios, que toman sobre el mostrador un trozo de carne con pan y le-

gumbres, y se van. Los ingleses comen mucho; pero, como comen alimentos simples y no mixtifican el paladar, nunca comen más de lo que su estómago necesita. Por otra parte, los ingleses no tienen paladar. Y así están ágiles, fuertes y sanos, y no pesados y gordos como los franceses.

Pero la comida inglesa, que es tan práctica, tiene una porción de cosas absurdas. Yo no he alcanzado a comprender todavía por qué les echan aquí almíbar a los riñones y por qué meten confitura de fresa dentro de las tortillas. La primera vez que me sirvieron una tortilla en esta forma, yo protesté respetuosamente. Aquello me pareció también un poco epicúreo.

—¿Es que no le gusta a usted la confitura?— me preguntó la camarera.

—Sí; me gusta mucho.

—Entonces, ¿no le gusta a usted la tortilla?

—También.

—Pues indudablemente le tiene a usted que gustar la tortilla con confitura.

Esa es la lógica inglesa. Yo me convencí, pero mi estómago permaneció escéptico.

En realidad, la cocina inglesa no existe, y esas pequeñas fantasías de la tortilla y de los riñones carecen de toda trascendencia. Son como una cosa de chicos. Aquí cogen la carne y la cuecen o la asan, hierven las verduras, y

ya está. Nada de sal ni pimienta, ni especias de ninguna clase. Luego le ponen a uno delante una serie de frascos para que sazone a su gusto la comida, y uno va ensayándolos todos, sin éxito ninguno.

—Esto es una porquería—dice uno. No. Es que tiene uno el estómago mixtificado por la comida francesa. La cocina francesa es la literatura de la alimentación.

Yo no sé qué consecuencia se podría deducir para España de todo esto. Creo que fué Burguete quien, en un artículo muy interesante, decía que los españoles no debíamos comer, y que nuestra tradición era una tradición de abstinencia. Es muy posible; pero, ¿no nos pasará lo que al burro del cuento? Sería una lástima que nos muriésemos cuando ya estamos casi acostumbrados a vivir sin comer.

EL BAÑO DE LOS INGLESES

Esto de la limpieza de los ingleses es una cosa muy relativa.

—¿Qué? ¿También va usted a negar que los ingleses se lavan?

Tranquilícese el imaginario interruptor. Si los españoles se lavasen algo, yo diría que los ingleses se lavan muchísimo más que los españoles. El inglés se lava y el español no. Esto es un hecho. Sin embargo, un inglés no está nunca más limpio que un español. Un sábado por la noche, yo pondría, una al lado de otra, la camisa del español que se muda los domingos y la del inglés que se muda a diario, y estoy seguro de que por allá se irían en punto a suciedad.

Es que el español no necesita lavarse, y el inglés sí. Ahí la atmósfera es pura y el sol ge-

neroso, mientras que aquí no hay sol, y la atmósfera está sustituída por una bruma densa, pegajosa y sucia. Yo acabo de hacer un cálculo estadístico, según el cual viene a haber en Londres así como unos tres millones de chimeneas, donde se quema carbón constantemente. El humo de estas chimeneas sube, pero el carbón baja y pinta de negro a estos ingleses sonrosados, de tal manera, que, si un inglés no se bañase diariamente, al cabo de tres días estaría convertido en un calamar.

Así es que los ingleses se bañan, por término medio, unas dos veces al día. ¿Quiere esto decir que nosotros debemos hacer lo mismo? Yo conozco en Madrid a muchas gentes que presumen de hacerlo, y siempre que les he oído contar la historia de los dos baños diarios, se me ha ocurrido pensar si es que sudan tinta. Una persona que se baña mucho en Madrid es, indudablemente, una persona muy sucia.

En términos absolutos, yo no creo que nadie sea limpio. Se lava uno, porque no tiene más remedio; pero las más de las veces se lava de mala gana. El hábito de la limpieza no responde a ningún sentimiento innato en el hombre. Los niños y los poetas líricos han protestado siempre contra el agua fría. Los pueblos salvajes no se lavan. Llega a un pueblo atrasado

una etapa de civilización, y ese pueblo comienza a lavarse; pero decae la civilización, y, abandonado a sus instintos, el pueblo ya no se lava. El gato es limpio por naturaleza. El hombre lo es por necesidad, por coquetería o por hipocresía. Un señor que carezca totalmente de relaciones sociales, no se lava; uno que tenga relaciones exclusivamente masculinas, se lava las manos y la cara; únicamente los que tienen toda clase de relaciones se lavan de «cuerpo entero». Ya sabrán ustedes el cuento de aquel modelo a quien le dijo el pintor:

—Mañana tengo que pintar un pie. ¡Por Dios! ¡Lávese usted!

Y, ya en la puerta de la calle, al modelo se le ocurrió una duda trascendental, que entró a esclarecer en el acto:

—Diga usted. ¿Qué pie es el que tiene usted que pintar?

No es mi propósito hacer aquí un elogio de la mugre, cuyas excelencias no puedo admitir sin una porción de reservas. No. Hay que lavarse. Hay que mudarse la camisa y hasta la camiseta. Pero hay que lavarse porque se está sucio y no porque se es limpio. Si uno estuviera limpio, ¿para qué se iba a lavar? Esta es la cuestión fundamental. De ella se deduce que el inglés que se baña dos veces al día no es más limpio que el español que se baña una

vez a la semana. Los ingleses se bañan mucho porque Inglaterra es un país sucio, y los españoles se lavan poco porque España es un país limpio, al contrario de lo que suele decirse, esto es, que Inglaterra es un país limpio porque los ingleses se bañan mucho, y que España es un país sucio, etc.

Luego vienen las consecuencias. Ya se sabe que el baño tibio es un sedante. Gran parte de la ecuanimidad inglesa es debida al hecho de que los ingleses se pasan al año, por lo menos, trescientas sesenta y cinco horas metidos en agua templada. Yo tengo una gran afición a los cálculos; estas trescientas sesenta y cinco horas hacen quince días y pico. Que cojan a uno de esos españoles violentos, celosos, impulsivos, repentistas, y que lo metan quince días en un baño de agua templada, a ver si no sale cambiado.

Sólo que el español no se dejaría. El agua le aterra. No se ha familiarizado con ella, porque nunca la ha necesitado de un modo imperioso. Y así como el inglés es un animal tranquilo, de piel fina y músculos elásticos, el español será siempre un animal feroz e indomable.

CON LA ALCOBA A OBSCURAS

La niebla y el «spleen».

Esta mañana, al despertarme, vi que la habitación estaba casi a obscuras.

—Debe ser muy temprano—me dije, deleitándome ante la idea de poder seguir en la cama.

Y cogí mi reloj para confirmar esta hipótesis matemáticamente, a fin de que ningún remordimiento de conciencia viniese a perturbar mi sueño. ¡Eran las diez de la mañana! «¡Qué barbaridad!». Yo hice este pequeño comentario como lo hacen todos los dormilones, sin convicción ninguna. ¿Qué importancia tienen las diez de la mañana para un madrileño? Sin embargo, la penumbra de la habitación me intrigaba extraordinariamente, y salté al suelo con

una gran energía. Acto continuo me puse a frotar con un trapo los cristales de la vidriera, que yo suponía empañados; pero esta operación no obtuvo éxito ninguno. La vidriera se recortaba en la sombra con un color amarillento y sucio, como si le hubiesen pegado por fuera a los cristales un papel ocre. Tuve que encender la luz para vestirme, y una vez vestido, salí al balcón. Yo vivo en un quinto piso. Miré abajo, a enfrente, a los lados... No se veía nada. Una niebla densa lo envolvía todo «¿Dónde está la acera?» «¿Dónde está la esquina?» «¿Dónde estoy yo?» La niebla es un gran elemento literario.

—Este balcón—me decía yo, un poco influído por ella—da al infinito, y yo estoy ante el misterio.

Comencé a sentir en los ojos un dolor muy agudo, semejante al que me produciría una gran humareda, y bajé al salón.

—*Fog, Fog*—me dijo madam Fisher, señalándome a la calle.

Vivimos en pleno método Berlitz. En cuanto comienza a llover, todo el mundo corre hacia mí, en el *bording house*, gritándome: —¡Rain! ¡Rain!, que quiere decir «lluvia». Si nieva, como el fenómeno es más raro, los gritos son más vehementes: ¡Snow! ¡Snooow!... Un día que granizaba comenzaron todos a decirme

kail, indicándome la calle. Yo miré en el mismo momento en que pasaba un automóvil, y durante mucho tiempo he estado creyéndome que el automóvil se llamaba *kail* en inglés.

Hoy fué madam Fisher la primera en decirme el nombre inglés del fenómeno meteorológico del día. En seguida entablamos un diálogo, que reproduzco por curiosidad. Más o menos, es el mismo diálogo de todos los días, que unas veces se refiere a la lluvia, otras al viento, otras a la nieve o al granizo, otras al frío, y que hoy versó acerca de la niebla.

—*Fog*. Esto se llama *Fog* en inglés.

—¡Ah! *Fog*. En español se llama niebla.

—¿A usted le gusta la niebla?

—Según. Yo no había visto nunca un verdadero día de niebla en Londres.

—¿Es que en España no hay niebla?

El salón de mi casa tiene un gran balcón casi al nivel de la calle. Madam Fisher no quiso asomarse, porque dijo que se le iba a poner la cara negra. Yo la hice un cumplimiento con este motivo y me asomé solo. Las casas de enfrente se veían de un modo muy vago, como una cosa lejana. Hacia cada lado, el espacio visible no pasaba de diez metros. Algunos hombres iban encendiendo faroles, que quedaban luego en la sombra como manchas encarnadas. Figúrese el lector uno de esos car-

tones fotográficos que se les muestran a los chicos en una linterna, *Roma de noche*, por ejemplo. En el lugar correspondiente a cada ventana, el cartón está taladrado, y por detrás hay un papelito rojo. Pues lo que yo veía era una cosa así como esos cartones, pero fuera de la linterna. De cuando en cuando, a dos pasos del balcón, aparecía un hombre o un coche, surgidos de la bruma, e inmediatamente desaparecían entre ella. De la sombra espesa e impenetrable que me rodeaba llegaba el rumor confuso de la gran ciudad.

Después del medio día, la niebla ha ido haciéndose cada vez más opaca. La circulación se interrumpió en gran parte de Londres. Yo salí a la calle con mister Fane, y me lancé con él a un paseo verdaderamente fantástico. No le veía, así es que me parecía ir dialogando con un espectro. A veces tropezábamos con algún transeunte.

—*Excuse-me.*

—*Excuse-me.*

—¡Y aunque no nos excusáramos! ¿Quién le pide explicaciones a una sombra? Se siente el tropezón, se oye la voz, y ya no se ve nada.

—Gran país éste—le dije yo a mister Fane— para los asesinos, para los místicos y para los folletinistas.

Hubo un momento en que nos perdimos. A

duras penas encontramos un guardia, que nos indicó la latitud a que nos encontrábamos:

—Charing Cross Road, en el ángulo de Oxford Street.

Uno de los sitios más céntricos de Londres.

—¿Me ve usted? — me preguntaba mister Fane.

—No. Además, me duelen mucho los ojos.

—Alargue usted su mano. ¿La ve usted?

—No.

—Este un día bien londinense. Ya podrá usted dedicarle un artículo.

Volvimos a casa. Yo estaba negro, húmedo y frío. Me dí un baño. Cuando terminé, parecía que en la pila habían estado lavando calamares. Me puse una camisa muy blanca y bajé al salón. Miss Wheatcroff ejecutaba al piano un vals melancólico. Yo encendí una pipa de tabaco rubio y me acerqué a la chimenea, en torno de la cual se habían congregado buena parte de los huéspedes.

—¿Qué, madam Fisher? ¿Echamos un parrafito en inglés?

Madam Fisher me pareció un poco fatigada.

—¿Ha tenido usted ensayo esta mañana?

—No.

—¿Entonces?

—*Spleen*. El *spleen*...

LO INGLÉS... COMO CALIFICATIVO

¿Cómo se europeiza uno?

En *Les Rois en Exil*, de Alfonso Daudet, aparece un tipo inglés, que es el inglés tradicional. Se llama mister J. Tom Lévis, y se dedica a los negocios. Todo el París de la época conoce su *cab* a dos ruedas, que un cochero de uniforme guía desde un alto sillón, colocado en la parte de atrás. Mister J. Tom Lévis tiene patillas, polainas y chistera. Es audaz, impasible y ejecutivo, y no pronuncia las erres. Su francés resulta ya por sí solo bastante británico; pero para darle aún más realidad inglesa, mister J. Tom Lévis lo salpica frecuentemente de palabras exóticas.

—*Yes... Goodman. Shochking...*

Un día, por cuestión de unos dineros, mis-

ter J. Tom Lévis tiene una riña con un empleado. Mister Lévis no quiere pagar, y el empleado le amenaza. Entonces, el impasible mister Lévis le coge por la muñeca y—«con un acento del más puro *faubourg* Antoine»—dice Daudet—pronuncia estas palabras:

—*Pas de ça Lisate..., ou je cogne.*

Lo que en el lenguaje de nuestros barrios bajos vendría a ser una cosa así:

—Eso no, Andóval, o te endiño.

El empleado se queda atónito ante la extraordinaria revelación. Al cabo de un rato, su asombro se manifiesta en estas frases, que yo no me atrevo a traducir, porque no encuentro para ellas en español una equivalencia bastante gráfica:

—*¡Oh! Sacré blagueur..., sacré blagueur... j'aurais du m'en douter... ¡On n'est pas si anglais que ça!...*

Yo les he dicho a ustedes lo que es un inglés, pero no les dije todavía lo que es lo inglés. Conocen ustedes el sustantivo, pero no el adjetivo. Saben ustedes lo que es ser inglés, pero ignoran lo que es ser más o menos inglés. ¡Ah! Es preciso que yo me apresure a llenar estas lagunas importantísimas de mi información cerca de Inglaterra.

Desde luego, por el episodio de *Les Rois en Exil,* se darán ustedes cuenta de que, si para

ser inglés se hace indispensable haber nacido en las islas británicas, para ser un poco inglés o para ser tan inglés como mister J. Tom Lévis, esa condición pasa a segundo término. Es más. Yo creo que en el *faubourg* Antoine se puede fabricar un inglés con mucho más carácter que todos los del Reino Unido. Aquí no se preocupan de darle carácter a los ingleses, de igual modo que en España no se preocupan de dárselo a las españolas. En cambio, cuando una francesa quiere hacerse española, no omite ni un detalle de españolismo: el pelo negro, la tez obscura, los ojos ardientes y la navaja en la liga. Una española de España puede tener el pelo rubio o castaño, los ojos pardos o azules, la tez blanca... Y esta española será siempre española; pero nunca será muy española. La francesa, por el contrario, resultará españolísima. *On est espagnole que ça?* No. No se es jamás tan española como las españolas de Montmartre, ni se es tan inglés como mister J. Tom Lévis.

En honor de la verdad, debo añadir, sin embargo, que los ingleses suelen ser bastante ingleses. Por lo común, entran muy bien dentro del adjetivo, que es lo que tiene importancia. ¿Qué importa el sustantivo? ¿Qué más da haber nacido en España o haber nacido en Inglaterra? ¡Lo que no da lo mimo es ser muy

inglés o ser muy español. El adjetivo representa el espíritu.

Con las ideas que yo tengo acerca del asunto, podría hacer un artículo verdaderamente trascendental si no temiera que me saliese demasiado conceptuoso. Diría, por de pronto, que la fuerza de las razas está en el adjetivo. En cuanto un pueblo pierde el adjetivo, está en vísperas de perder la sustantividad. Por fortuna para ellos, los ingleses no la han perdido. Han sabido civilizarse y hacerse europeos sin dejar de ser completamente ingleses. Claro que ningún inglés es tan inglés como mister J. Tom Lévis. Mister Lévis es un personaje de novela. En la vida se hubiera descubierto muy pronto su burda falsificación. Era un inglés sin medida, y «nadie es inglés hasta ese punto».

Los ingleses son lo suficientemente ingleses, y nada más. Este es un pueblo que ha conservado todo su carácter, y así ha logrado imponerle su adjetivo al mundo. En París se dice.

—Monsieur Fulano. Muy *smart*. Muy *sportsman*. Muy inglés. Es un señor muy parisién.

Lo inglés lo invade todo. Hay gabanes muy ingleses, sillas muy inglesas, hombres de negocios muy ingleses.

Ahora en España se discute si nuestro porvenir de españoles está en hacernos ingleses

o en convertirnos en alemanes. Yo creo que nuestro porvenir de españoles está en hacernos españoles. ¿Qué es lo español? Unamuno dice que debemos africanizarnos. ¿No será esto hacernos demasiado españoles?

¿Y la europeización? ¿Saben ustedes algo de eso? Supónganse ustedes que yo me voy a Alemania a europeizarme; al cabo de dos o tres años me he germanizado; soy ya un europeo. De pronto los ingleses majan a los alemanes e inundan a Europa, y ya no soy un europeo. Pues en vez de irme a Alemania, me vengo a Inglaterra; me britanizo; soy una especie de Tom Lévis. Pasan algunos años, y vienen los alemanes. Les ganan a los ingleses. Europa se hace teutónica. Yo soy un bárbaro.

En fin. Es cosa de acabar, para que no nos hagamos todos un lío: los lectores y yo.

YO Y UN ALEMAN

La carambola y la gramática.

Poco después que yo, ha venido a la misma casa un joven alemán. Hizo una introducción con un pantalón a rayas negras y blancas, una americana azul, orlada de cinta, y una corbata verde. Nos dió la mano uno por uno a todos los huéspedes y nos dijo:

—Mi nombre es Fulano de Tal.

Luego nos ofreció pitillos y nos los encendió en la llama de un mechero automático.

Este alemán y yo somos los dos extranjeros del *bording-house*. El sabe algo de inglés. Yo no sé nada. El, estudia diez horas al día. Yo, no estudio ninguna. Sin embargo, llegamos al salón y yo le quito la cabeza, que decíamos en Madrid. Yo miro, acciono, sonrío. Yo digo

una cosa, y si no me la entienden, la digo de otra manera y luego de otra, hasta que me hago entender. El caso es que yo converso horas y horas con esta gente. No sé cómo, pero converso. Pasamos el rato de un modo muy entretenido, y las señoras de la casa dicen que yo soy un hombre muy interesante. *¡Thauk you, very much!*

En cambio, el alemán no da una. Quiere decir algo, y si no lo sabe decir, se calla

—Usted—me dicen todos—hablará inglés mucho antes que el señor.

Pero esto es inexacto. Yo no tengo mas que la fantasía. ¡Ah! Si se tratara de inventar el inglés, yo lo inventaría antes que el alemán; pero se trata de estudiarlo, y yo no tengo capacidad de estudiar. Dentro de seis meses el alemán hablará inglés y yo seguiré siendo muy expresivo.

El alemán tiene tres libros muy grandes, ¡muy grandes! Yo tengo un manualito de bolsillo—*El inglés en ocho días*—que me ha costado un chelín. El alemán lo ha mirado con desprecio y me ha dicho:

—Ese libro es muy pequeño.

El alemán coge sus tres libros y se pone a estudiar. De cuando en cuando mira al techo con un aire muy estúpido. Luego cierra sus puños, unos puños enormes, y comienza a

darse golpes en la cabeza. El alemán lucha con el inglés a puñetazos. Pues bien; lo vencerá. Sus puños son fuertes, su voluntad es recia. Al cabo de seis meses, el alemán habrá conseguido meter los tres volúmenes de inglés dentro de su cabeza de teutón, cuadrada y brutal.

Yo le admiro a este alemán y él me admira a mí.

—¡Si yo tuviera la capacidad de estudio que tiene usted!—le digo.

—¡Si yo tuviera su imaginación española!

Muchas veces nos ponemos a jugar al billar. Yo lo majo indefectiblemente. El alemán juega también a puñetazos: da unas tacadas terribles, que con gran frecuencia hacen saltar las bolas al suelo. Las carambolas que sabe no las falla nunca; pero en cuanto se encuentra ante una carambola inédita, no se le ocurre nada más que darse de puñetazos en la cabeza. Su juego es seguro, pero grosero e inelegante. Le faltan estas dos condiciones de los buenos billaristas: la imaginación y la soltura: la *souplesse*, que dicen los franceses. Yo, muchas veces, pierdo una carambola que él no hubiera perdido jamás. Luego hago una carambola de fantasía, inesperada, original, elegante, y el alemán se queda loco.

—Juega usted muy bien—me dice,

—No. Dentro de seis meses, usted me ganará.

El alemán me ganará a todo dentro de seis meses, porque es un hombre de tenacidad y de estudio, mientras que yo soy un repentista, un improvisador, un hombre del momento. Por el momento soy yo el que triunfa, tanto en la sala de billar como en el salón de conversación. El alemán está derrotado completamente. Ha fracasado su inglés, han fracasado sus pasabolas, ha fracasado su pantalón a rayas negras y blancas, su corbata verde, su americana de trencilla, su encendedor automático... Yo le ofrezco estos pequeños laureles, cosechados en una casa de huéspedes inglesa, al espíritu latino, que es mi espíritu, y le aconsejo al alemán que no se desaliente. Siga haciendo saltar las bolas con la bárbara fuerza de su taco, y siga golpeándose la cabeza teutónica ante los tres enormes volúmenes de inglés. El porvenir, ¡ay!, es para los hombres del Norte.

FILOSOFIA SOBRE LA MALETA

¡Que me permita el lector...!

No hace aún mucho tiempo, yo era uno de esos escritores absurdos que se dirigen a los objetos inanimados en largos discursos llenos de literatura. El discurso típico de este género es el de la maleta. El escritor se encara con una maleta muy mala y le dice lo siguiente:

—Vieja maleta, vieja maleta viajera: hace mucho tiempo que estás inmóvil en el rincón más sombrío de la casa. ¿Es que ya no quieres ir por el mundo?

La maleta no responde.

—Sin embargo—añade el escritor—, tú tienes un alma inquieta y errabunda. Nunca has permanecido mucho tiempo en una misma ciudad, mi vieja maleta, porque un deseo insaciable de

aventuras te llevaba siempre de un lado al otro. Tú no eres una maleta sedentaria. Tú no eres tampoco una de esas maletas banales—aquí el autor adquiere un tonillo irónico—en donde los estudiantes de Derecho meten unos calcetines de fantasía, un traje muy bien doblado, alguna ropa interior, unas bolas de naftalina y un paquete de cartas de la novia. Ni eres tampoco una maleta comercial—con un vago anticatalanismo—en la que un viajante de Tarrasa o de Sabadell embute las muestras de sus paños abominables. No. Tú eres una maleta literaria.—(El autor se acuerda de sus tiempos de bohemia.)—Tú no has contenido nunca trajes a la moda ni brillantes corbatas, y los sitios mejores de que disponías han sido ocupados siempre por las obras maestras del género humano. Tú eres casi sabia, mi vieja maldita.

La vieja maleta permanece muda, en una noble actitud de modestia.

—Pero eres muy vieja, muy vieja. Has envejecido un poco en todas partes, como tu amo, del que no te has separado nunca, ya no tienes ilusiones. Alguna vez—(¡Oh! Permitámosle al autor un pequeño rasgo de coquetería retrospectiva)—, alguna vez tú también has contenido cartas de amor. Acababas entonces de salir de la tienda: eras fuerte y elegante; tu piel y tu metal brillaban al sol. En aquella época, mi vie-

ja maleta, nosotros no sabíamos nada de la vida y podíamos creer en la felicidad. ¿No te acuerdas de unos calcetines de seda que tu dueño compró en uno de los días más utópicos de su existencia? ¡Ay!, yo creo que en tu alma de maleta—esta frase me parece demasiado cruda—aún no se ha extinguido la fragancia de cierta rosa juvenil, y lo creo porque en la mía todavía subsiste melancólicamente.

En este momento, y como una contradicción, la maleta exhala un fuerte olor a cuero. El autor podría increparla en unos términos como éstos: —¡Qué! ¿Hueles a cuero, mi vieja maleta? ¿Tan desgraciada eres que ya no queda en ti ni un rastro de la fragante juventud pasada?— Pero el autor prevé que por este camino iría de tontería en tontería; así es que se hace el desentendido y concluye de un golletazo.

Eres muy vieja, muy vieja, mi vieja maleta. Ya no tienes energía ni ideales. Con tu piel manchada y tus correas rotas, ya no puedes intentar nuevas aventuras. Además, eres una maleta escéptica. Reposa ahí en tu rincón, llena de viejos calcetines zurcidos, y mientras las otras maletas juveniles recorren el mundo en busca del ideal, tú puedes recordar las aventuras pasadas y los antiguos viajes que ya no reproduciremos nunca ni tú ni yo. No, vieja maleta, vieja maleta viajera...

¡Si la maleta hablase!

—Pero, ¡so charrán!—le diría a su dueño—. ¡Si yo no he pasado nunca de Guadalajara! ¿Qué viajes ni qué aventuras son esas? Y si estoy tan estropeada es porque más de una vez usted me ha tirado villanamente del balcón a la calle para marcharse de la casa de huéspedes sin pagar. Es necesario que usted tenga mucha frescura para decir ciertas cosas delante de mí. ¡La rosa juvenil! ¡Los calcetines de seda...! La única fragancia que yo conservo es la de esos calcetines que usted llama de seda.

¿Qué escritor podrá asegurarnos, con la mano puesta en el corazón y bajo palabra de honor, no haberle escrito nunca un artículo a su maleta? Un viaje a la capital de la provincia o a la cabeza del partido judicial bastan para justificarlo. Yo he recordado hoy el artículo de la maleta, mirando la mía; pero mi maleta no tiene historia conocida. La compré en el Temple, que es algo así como el Rastro de París, el mismo día en que me vine a Londres. No conozco su pasado ni me importa. Puede ser... Pero no quiero hacer indagaciones. Se trata de una maleta ordinaria y mediocre. Cuando la compré la olí y no sentí nada. Por la parte de afuera conserva aún señales de etiquetas.

Yo podría atribuirle a esta maleta todos mis viajes: —Tú has visto la enérgica América y el

lánguido Oriente, París y Londres, Stambul y Cambados en la provincia de Pontevedra... ¡Ah!, ¡ah!—Y yo me admiraría a mí mismo en esta maleta, porque, no hay duda ninguna, cuando un escritor le dice a su maleta que ella ha visto esto o lo otro, lo que quiere decir es que lo ha visto él. ¿Y el porvenir? Permítame el lector que me dirija efectivamente a la maleta.

¿Cuál será tu porvenir, maleta mía? ¿Te quedarás en Londres abandonada por tu amo? Es posible. ¿Pronto? ¿Tarde? No lo sé. ¿Seguirás la suerte de tu amo? También es posible. ¿Tendrás alguna vez camisas de batista, calcetines de seda, trajes magníficos? No, nunca. Si tu amo prospera, como no tiene por qué guardarte consideraciones, pues se comprará una maleta más bonita, más sólida y más grande que tú. Pero esto no es probable. Tu amo es periodista. No prosperará. Yo creo, maleta, que, más o menos pronto, tú acabarás en una casa de huéspedes de Madrid, metida en un desván, entre las maletas de los estudiantes, de los empleados de Hacienda y de los opositores a la Judicatura. No te hagas ilusiones ridículas, mi maleta, mi maleta compañera... ¡Ah!... ¡Ah!...

LA BATALLA DEL HOMBRE CON LA CIUDAD

Una especie de Guadalajara.

Los que no han salido nunca de su pueblo, o los que han salido únicamente de un modo incidental, no conocen una lucha terrible, espantosa, que hay que sostener cuando se va por el mundo: la lucha del hombre con la ciudad. En esta lucha se obtienen triunfos y se sufren derrotas alternativamente. Es una lucha más o menos larga, según. Al final, si se vence, no es nunca sin haber experimentado todos los quebrantos subsiguientes a una batalla tan ruda.

César llegó, vió y venció; pero aquello era muy distinto. Quisiera yo verle aquí, en Londres, sin dinero y sin soldados, teniendo que

entenderse por señas con la gente, porque aquí no se habla latín. Yo tengo ya cierta experiencia de la lucha con las ciudades. En Constantinopla, la ciudad me ganó. Estuve allí cuatro o cinco meses luchando con lenguas extranjeras y comidas indigestas. Llegué ya a sentirme sin ánimos para continuar y emprendí una retirada más o menos deshonrosa. En París gané. Me costó mucho trabajo, no lo niego. Pasé *las morás*. Pero París es una ciudad fácil. Antes que uno han ido allí muchos españoles, y uno siempre encuentra brecha por donde meterse. Al cabo de un año de estar en París, uno se siente ya un poco el amo de la gran ciudad, y puede, como don Luis Mejía, sacar una lista de victorias.

Ahora estoy luchando con Londres. Aquí todo le es hostil al español: el idioma, las comidas, las costumbres... Tengo momentos de gran desaliento. Voy a cambiar cien pesetas, por ejemplo, y no me dan por ellas mas que setenta y dos o setenta y tres chelines. Es una derrota; la ciudad me puede. Pero este contratiempo me ocurre muy de tarde en tarde. Otras veces se me indigesta el *pudding*. ¿Es que no lograré triunfar de un modo definitivo sobre el *pudding* inglés? Otras veces, en fin, quiero decir una cosa y no sé; todo mi inglés fracasa de un golpe. Es desesperante.

Pero llega un día en que la comida me sienta bien y en que logro conversar un rato en el salón. Entonces me parece que le voy limando las asperezas a Londres y que la ciudad terrible va haciéndose fácil. Cuando consigo pasar la noche sin aburrirme, cuando me divierto un poco o cuando acierto a emplear mi tiempo de un modo agradable, me acuesto con una satisfacción especial, como si le hubiera dado a Londres un testarazo en la misma cabeza. Esas noches entro en mi cuarto tarareando una canción cualquiera. De cuando en cuando ceso de cantar, adopto una actitud de luchador, crispo el puño, y, dirigiéndome imaginativamente a toda la ciudad, le digo entre dientes:

—¡Me parece que te voy a dar pocas!

Yo entiendo por conquistar una ciudad llegar a dominar su idioma, a familiarizarse con sus costumbres, a conocer sus secretos y a llegar a vivir en ella como en la misma ciudad donde se ha nacido. La cosa es difícil, y la lucha es brutal. ¡Me da cada golpe este Londres que me deja loco! Pero ya me las pagará todas. A lo menos este es mi consuelo.

Lo primero es la lucha con el idioma. Por mi parte, cada vez que acierto a componer en inglés una frase nueva me apresuro a pronunciarla de un modo agresivo, como si fuera a

darle con ella a Londres un golpe en la coronilla.

—Va usted haciendo progresos—me dicen en la casa.

Y yo tomo un aire muy marcial.

* * *

Esta lucha con el idioma es muy útil para un escritor. Mientras no se posee el idioma hay que aprender a manejarse con un número muy escaso de palabras. Todos los escritores de periódicos han sentido más de una vez ese horrible tormento de la falta de ideas. Las palabras le sobraban. En los periódicos de gran circulación, aparte de los sustantivos, los verbos, los participios, los adverbios, las preposiciones, las conjunciones, etc., cada cronista tiene a su disposición, por lo menos, dos o tres centenares de adjetivos. Y el que más y el que menos de nosotros, en uno de esos días en que no hay asunto, ha ido poniendo en el papel palabras y palabras. ¡Qué consuelo produce luego la carencia de palabra al tener que expresarse en una lengua extranjera! Le parece a uno que tiene la cabeza llena de ideas y aprende uno a decir las cosas sin adjetivos. Es un ejercicio muy conveniente.

¿Le podré a Londres? Es cuestión de resis-

tencia. Si me aguanto un año, Londres será mío. Entonces yo me pasearé por sus calles con un aire muy apuesto, como se pasean los soldados por las ciudades conquistadas. Y cuando llegue algún amigo español y me diga: —¡Qué barbaridad! ¡Esto es enorme!—yo daré una chupada en una pipa inglesa y le contestaré, con una sonrisa de hombre superior:

—¡Bah! Eso cree uno al principio, mientras uno no está en el secreto. Si usted conociera a Londres como lo conozco yo, le parecería a usted una especie de Guadalajara.

EL INGLÉS QUE SE DIVIERTE

El español es alegre.

—¡Lo que me he divertido! ¡Lo que me he divertido anoche!—me dice este mister Fane.

Yo ya les he contado a ustedes en qué consisten las diversiones de mi amigo. Llega al bar, se instala sobre un alto taburete ante el mostrador, pide un whisky y enciende su pipa. Luego va sucesivamente pidiendo whiskys y encendiendo pipas hasta las doce y media de la noche. No habla con nadie. Parece que se muere de pena, y al día siguiente me dice que se ha divertido mucho.

Indudablemente, estos ingleses son unos hombres muy regocijados.

—¿Usted no se divierte en el bar?

—Yo, no.

—¡Con lo alegres que son los españoles!

¿Cómo le explico yo a mister Fane que precisamente los españoles nos aburrimos mucho en Londres porque somos unos hombres muy alegres? Para hacérselo comprender, yo necesitaría emplear una dialéctica de la que carezco y una convicción que comienza a flaquear dentro de mí. Poco a poco, en fuerza de vivir entre ingleses, yo he llegado a hacer un descubrimiento que no vacilo en calificar de trascendental. Helo aquí: los ingleses son los hombres más alegres del mundo. Nosotros vemos a un inglés en medio de una juerga andaluza o montmartresa, y cuando todo el mundo hace más ruido y dice más tonterías, a la hora de alzar las piernas y de rodar por el suelo, el inglés está como en el primer momento, con una cara muy seria y una actitud muy digna. Entonces nosotros pensamos que ese inglés es un hombre muy aburrido. Pues no, señores. Ese inglés se está divirtiendo de una manera loca.

Los ingleses se divierten por dentro, y los españoles nos divertimos por fuera. Un inglés se sienta al lado de una chimenea y permanece inmóvil y silencioso durante dos, tres, cuatro horas.

—¡Qué tíos más tristes!—decía yo al principio.

Pero a lo mejor se me acerca uno de estos

tíos tan tristes y me confiesa que al lado de la chimenea ha pasado una tarde deliciosa. ¿Es que no se necesita humor para eso? Así es que muchas veces yo bajo al salón de mi casa, me encuentro a todo el mundo dormitando en las butacas y me digo:

—¡Qué juerga se están corriendo estas gentes!

Otras veces en el bar de mister Wod, cuando cualquiera de mis amigos ingleses tiene un aire más desolado, le pregunto:

—¡Qué! ¿Se divierte usted mucho?

—¡Mucho! Esto está muy alegre, muy alegre. Le aseguro a usted que me estoy divirtiendo una atrocidad.

Y me lo dicen con una cara tan seria, tan grave, tan solemne, que no hay más remedio que creerlo.

Entonces yo exclamo:

—¡Olé! ¡Viva la gracia!

Y el inglés a quien le explico el sentido de esta frase, repite con voz de ultratumba:

—¡Olé!

Inglaterra le reserva a uno muchas sorpresas. Por mi parte, yo he entrado en sospechas de que éste puede ser un país muy cómico. ¡Mire usted que sería ridículo, después de haber estado tomando tanto tiempo en serio a los ingleses y después de que tantos españoles han

venido aquí a tomar lecciones de seriedad, que mis sospechas resultasen ciertas.

Por lo que respecta a las diversiones, los españoles no hemos logrado tomarlas todavía en serio. Para nosotros una broma es una broma. Nosotros llegamos hasta a reír a carcajadas en medio de la broma más grande. En cambio, un inglés le da a la broma toda la importancia que ella se merece. Un inglés termina su trabajo y dice:

—Yo necesito divertirme.

Luego se va donde sea y comienza a divertirse metódica, sistemáticamente, con la seriedad que debe acompañar a todas las grandes determinaciones. ¡Vaya usted en ese momento a distraer su atención con cualquier tontería! El inglés le mirará a usted con una altiva majestad y le dirá:

—No me interrumpa usted. No estoy para cuentos. He venido a divertirme.

LA BONITA Y LA FEA

El procedimiento sencillo.

Dice un proverbio que «cuando una inglesa se pone a ser bonita...» En cambio hay que ver cuando una inglesa se pone a ser fea. Yo no he conocido en ninguna parte del mundo mujeres tan bonitas ni mujeres tan feas como las que he conocido aquí. Como ésta es una gente muy práctica, cuando se propone ser una cosa no para hasta conseguirlo. La inglesa que sale bonita es delicada, ideal y adorable, como no lo es mujer bonita de ningún otro país; pero la inglesa que sale fea da miedo. Es fea de un modo rotundo, fundamental y definitivo. Parece como si a lo largo de su vida hubiera ido cultivando el honor de su cara y de su cuerpo con un cuidado especialísimo, procu-

rando no omitir ninguno de los detalles que deben constituír una fealdad perfecta. En otras partes, una mujer fea tiene los ojos bonitos, la boca agradable o la nariz fina; si es absolutamente fea de cara tiene un cuerpo apetecible; generalmente es simpática y, en último caso, es distinguida. Yo me echaba a temblar en España siempre que me anunciaban la presentación de una señorita muy distinguida, porque sabía de antemano que iba a ser horrible. Ahí las feas son distinguidas, simpáticas, inteligentes o buenas. Aquí son malas, desgarbadas, antipáticas, estúpidas y cortas de vista; usan lentes y hacen propaganda a favor del sufragio femenino.

Las inglesas feàs no tienen mas que cuatro articulaciones: dos para mover las piernas y otras dos para mover los brazos. Los codos, las rodillas, el cuello, la cintura, etc., son inarticulados. Una inglesa fea se levanta de su asiento sin que de medio cuerpo arriba su actitud cambie en un solo milímetro, y se queda rígida, inmóvil, mirando a lo alto. Luego alarga una zanca, también rígida, y avanza un paso; en seguida alarga la otra zanca. Los brazos, que sólo giran por la parte superior, caen a plomo y terminan, cerca de las rodillas, en dos manos muy grandes y muy abiertas. Y así camina la inglesa fea. Su andar reviste una ma-

jestad ridícula. Parece que la inglesa está poseída de su alta fealdad y que la ostenta con orgullo. Nada de atenuarla con una sonrisa, que, por lo demás, resultaría espantosa. No. La fealdad es una cosa muy seria. Hay que llevarla dignamente.

Cuando la inglesa fea llega al fin de su camino se para en seco, como los automóviles. Si tiene que llamar a una puerta, su brazo derecho, que cuelga del hombro, se yergue, sin perder su rigidez, como un brazo de compás. Si tiene que decir alguna cosa, la dice con una voz muy áspera y sin mirar a su interlocutor, no sólo por el desprecio que le inspira, sino también porque no le es posible hacer oscilar el cuello. Y cuando la inglesa se sienta, después de su caminata, el cuerpo, desde la cintura para arriba, está matemáticamente en la misma actitud en que estaba antes de que la inglesa hubiera comenzado a andar.

Yo he ido comprobando poco a poco todos estos extremos: la inmutabilidad de las inglesas feas, el número de sus articulaciones, su amor al sufragio femenino, su miopia, etc., y hoy puedo afirmarlo con una seguridad absoluta. Al principio yo no veía a las inglesas feas y llegué hasta dudar de su existencia.

—Pero, ¿y esas inglesas horribles que se pasean por España con billetes de la agencia

Cook? ¿Dónde están?—le pregunté cierto día a un amigo, paseándonos por Hide Park.

—¿Que dónde están? Ahí tiene usted una.—Y me la señaló. Estaba entre unos árboles, a pocos pasos de mí. Como no se movía, yo la había tomado por un espanta pájaros.

Verdaderamente estas inglesas revelan el espíritu práctico de Inglaterra: dos listones sujetos por un eje a la extremidad inferior del cuerpo; otros dos, sujetos a los hombros, y ya está hecha una inglesa. Los pies muy grandes, para que no se caiga, y los dedos muy separados, como en esos brazos que les pintan los chicos a sus monos, disponiendo cinco rayas en abanico al final de una raya muy larga. Eso es todo.

Y como el procedimiento de hacerlas es tan sencillo, pues por eso hay tantas inglesas feas.

¡ES USTED UN VAGO!

El mecanismo humano.

¡Hay que ver la reputación de vago que tengo aquí!

—Yo—me decía el otro día mister Arvey—no podría vivir sin trabajar.

—¿Es que usted cree que yo no trabajo?

A esta pregunta mía sucede una carcajada general.

—¡Claro que no trabaja usted!

La unanimidad y la convicción con que es formulada esta respuesta me sumergen en un mar de reflexiones. Yo resulto un vago terrible en Inglaterra, y, sin embargo, yo voy convirtiéndome en uno de los hombres más trabajadores de España. Mis amigos están asombrados de mi fecundidad, y hay quien me escribe

cartas entusiastas. «Debe usted aburrirse mucho ahí—me dicen—, porque trabaja usted como nunca.» Es decir, que un español activo equivale a un inglés indolente. ¿Qué idea tendremos nosotros de la actividad?

Los ingleses, por su parte, tienen de la actividad una idea mecánica.

—Yo no soy capaz de un esfuerzo continuo —les digo a estos señores—; sí lo soy de un esfuerzo intenso. En vez de trabajar en frío y sin interrupción diez horas seguidas, como una máquina o como un inglés, yo concentro todas mis energías en una hora fecunda, y la resultante es igual. Allá, en España, «hay años en los que no está uno para nada». Llega, de pronto, un momento decisivo, y entonces el español trabaja como una fiera durante quince días. Es posible que al cabo de esos quince días el español haya hecho tanto como lo que hace un inglés en un año entero.

Mis interlocutores no se convencen. El inglés quiere que se trabaje metódica, sistemática, regularmente. El hombre de trabajo, según el criterio inglés, debe ser como una máquina de trabajo. Eso de trabajar por impulsos les parece a los ingleses una cosa de enfermos.

—Pase todavía lo de usted—me dice mister Arvey—. Usted es un escritor, y, en vez de trabajar a horas fijas, puede usted reservar su

actividad para los momentos propicios en los que se encuentre usted más fuertemente impresionado o mejor dispuesto. Pero ¿y un albañil? ¿Es que en España también los albañiles trabajan por inspiración?

—También, mister Arvey...

—Es absurdo. Si no se modifican ustedes no habrá progreso posible en España.

—Tal vez tenga usted razón. Sin embargo, yo muchas veces pienso que el progreso no debe realizarse convirtiendo a los hombres en máquinas, sino haciendo máquinas tan perfectas que parezcan organismos humanos. Por lo demás, a mí Inglaterra me da la idea de un taller, de un taller enorme, donde las máquinas funcionan por sí solas. ¡Ah, mister Arvey! Por mucho que trabaje usted, nunca llegará a reunir dinero bastante para proporcionarse uno de los placeres más deliciosos del mundo: el placer de la pereza. Cuando vienen ustedes los ingleses de sus oficinas, se preguntan los unos a los otros: —¿Qué es lo que podríamos hacer? Y ustedes ignoran que, casi siempre, lo mejor que se puede hacer es no hacer nada.

Los ingleses no comprenden la pereza. Yo me tumbo muchas veces en una *chaise-longue*, y las mujeres de la casa me preguntan si estoy enfermo.

—No—les contesto.

—¿Y no se aburre usted ahí?

—No.

—Yo—dice entonces una miss—me aburriría mucho.

La miss se aburriría porque no tiene imaginación. La capacidad de acción está en razón inversa a la capacidad imaginativa de las gentes. Un español se tumba en un sofá y sueña. En cambio, cuando un inglés se tiende en la misma forma deja de existir. Un inglés tendido es como un mueble volcado.

Un inglés, en fin, es una máquina. Si las linotipias de «Renacimiento» pudieran imprimir sus propias ideas en vez de imprimir las mías, esas ideas coincidirían exactamente con las de mi compañero de pensión, mister Arvey.

GENTLEMAN A LA ESPAÑOLA

Las ideas y el cosmético.

Desde que he llegado a Londres, Inglaterra no deja de hacer esfuerzos para conquistarme. Por lo pronto, ya ha conseguido que yo me acueste y me levante temprano; que no coma pan y que me meta toda la cabeza hasta el pescuezo dentro de un sombrero hongo; pero esto no basta. Es preciso que yo sea un inglés. En Francia, en España, en todas partes, uno es una persona cuando tiene personalidad. Aquí no se es persona mientras no se pierde la personalidad por entero. Inglaterra no consiente que haya en ella un hombre diferente de los otros, y en cuanto llega a Londres un extranjero, todo el mundo cae sobre él hasta reducirlo a la más mínima expresión. Los peluque-

ros le pegan los pelos a la cabeza con un engrudo; los sastres lo visten según el único figurín inglés; las patronas le apagan la luz a las once en punto de la noche; la humedad le deshace las guías de los bigotes; los *restaurateurs* le dan a comer *roast-beefs* y patatas cocidas. Poco a poco este extranjero va conformándose al molde inglés y al cabo de algunos meses, ni trasnocha, ni ríe, ni se entusiasma, ni se indigna.

Yo me indigno todavía. Yo comprendo que esta gente me haga respetar sus creencias y sus costumbres. Si yo bajara un día al salón de mi casa para comunicarles a los huéspedes la noticia de que el rey Jorge es un charrán, yo cometería una grosería imperdonable. Que me exijan, pues, el que yo me conduzca como un hombre bien educado, y ya es bastante para un español; pero que no quieran hacer de mí una cosa igual a un inglés. —No. De ninguna manera.

—Mister Camba—me dice miss Robers—, es preciso que se dé usted mucho cosmético en la cabeza. Los *gentleman* ingleses llevan los cabellos adheridos al cráneo.

—Señorita—la contesto—: usted olvida que yo no soy un *gentleman* inglés. Yo soy un *gentleman* español.

Miss Robers no cree en la existencia de los

gentleman españoles. Un *gentleman* tiene que ser como un *gentleman* inglés, y si no, no es *gentleman*.

—¿Los *gentleman* españoles —me pregunta, por preguntarme algo—llevan los cabellos revueltos?

—En España, señorita, cada *gentleman* es autónomo y lleva los cabellos a su gusto. Allí no hay ley para los *gentleman*.

—Pues entonces, allí no hay *gentleman*.

«Mister Camba, tiene usted que recortarse los bigotes.» «Mister Camba, no se ponga usted nunca el sombrero flexible.» «Mister Camba, ¿es que no va usted como van los *gentleman* ingleses?»

Toda la gente que yo conozco colabora en esta tarea de mi anglonización. ¡Hasta que yo sea una cosa completamente insignificante!

—¡Ah, no!—le digo a mister Rousse—. Esto es demasiado fuerte. Yo no transijo. ¿Es que cuando llega un inglés a París ustedes le obligan a que se deje la perilla?

Un inglés va por el mundo y en ninguna parte se le impide que sea todo lo inglés que le dé la gana. Cuando hace alguna cosa muy ridícula la gente se dice: «Es un inglés. ¡Allá él!» Nadie le trata con desconsideración porque esté todo afeitado o porque lleve un traje a cuadros. Los ingleses que han visitado España pue-

den decir si en algún sitio se les ha obligado a dejarse persianas, a ponerse pantalones de odalisca o a usar andares toreros. Yo creo que no.

Este es el país de la libertad de ideas. Yo puedo irme mañana a Hyde-Park y en plena faz de los guardias pronunciar un discurso incendiario diciendo que hay que arrasar todo Londres. No sólo tengo el derecho de decirlo, sino que, si alguien me interrumpe, los guardias lo llevarán a la cárcel. Pero en cuanto acabe de hablar, yo no podré ir despacio por la calle, porque los guardias me obligarán a ir de prisa; ni soltar una carcajada, porque la gente se escandalizará; ni comer medio panecillo con el almuerzo, porque pasaré por un hombre mal educado. Yo puedo emitir aquí todas las ideas que guste; pero a condición de que me alise el pelo con engrudo y de que no me ponga nunca el sombrero un poco ladeado. ¿No vale cien veces más la libertad de España? Ahí no existirá tal vez la libertad de hablar; pero existe la libertad de *ser*. Ahí le dejan a uno ser lo que quiera y como quiera; ser ruso, australiano o chino; ser triste o jovial, ingenioso o estúpido, elegante o descuidado, rubio o moreno.

Yo le he explicado todas estas ideas minu-

ciosamente a miss Robers, y le he dicho: ¡Viva España!

—¡Ah! ¿Usted ama a su patria?—me ha dicho ella.

—No, señorita. Le aseguro a usted que muchas veces yo creo que España me tiene absolutamente sin cuidado.

DIFERENCIA DE RAZAS

Psicología de la blasfemia.

Es indudable que un hombre que jura mucho probablemente no tiene dos reales. Por eso juramos tanto los españoles. Los italianos juran de un mdo bastante pintoresco; pero no tienen nuestra energía ni nuestra convicción. En cuanto a los franceses, yo recuerdo haber hecho ya un artículo acerca de su modo de jurar.

—*¡Cre nom de nom! ¡Bon Dieu de bon Dieu...! ¡Sacrée tonnerre...!*

Y al decir esto, los franceses ruedan las erres procurando darles una onomatopeya terrible. Es inútil. Todas esas frases carecen de sentido y son como una falsificación de la blasfemia. El francés, aun en el momento de mayor in-

dignación, no se atreve a decir concretamente nada ofensivo para las instituciones divinas, y se conforma con hacer un vago ruido para manifestarles su enojo: *¡Cre nom de nom!* Es lo mismo que esos hombres que cuando están indignados se pasean a grandes zancadas, tosen y soplan.

Los ingleses, por su parte, no blasfeman nunca. No hacen ni siquiera un ruido irrespetuoso. ¿Cómo ha de blasfemar un pueblo tan disciplinado? Además, los ingleses son unos hombres prácticos; confían en su trabajo para vivir y no en la Providencia; de modo que si un negocio les sale mal, nunca se les ocurre hacer a la Providencia responsable del fracaso. En España es todo lo contrario. Ahí todos entregamos nuestros asuntos en manos de la Providencia. El buen Dios es para nosotros como un agente de negocios o como un pariente acaudalado que debe darnos de cuando en cuando para un café y para una cajetilla. ¿Contra quién va a descargar su indignación el español que se encuentra sin dinero? ¿Contra su cliente? ¡Si no lo tiene! ¿Contra su jefe? ¡Si tampoco tiene jefe! ¿Contra su socio? Pero si no tiene socio ninguno, porque no trabaja. Y el español comienza a vociferar contra la Providencia, que no se preocupa de él.

¡Qué bien blasfema el español! Y, sobre todo,

¡qué convicción más admirable la suya al inculpar al cielo de su carencia de numerario! Analizando el espíritu de nuestras blasfemias, se puede llegar a deducir que hasta ahora nuestra única fuente de ingresos es la Provindencia.

Los ingleses nunca hablan mal de la Provindencia ni del Gobierno. Sus insultos más terribles son éstos: *Son of agun* (hijo de un fusil), *son of a beach* (hijo de un perro), *blody man* (hombre ensangrentado) y *dinty pig* (cerdo sucio). Estos son los insultos concretos que se dirigen unos hombres a otros. También son muy insultantes en labios de un inglés las palabras «extranjero», «haragán» y «hombre sin dinero». En cuanto a los insultos abstractos, esto es, a las exclamaciones que se profieren cuando nadie tiene la culpa de nuestras desgracias, los ingleses no saben decir mas que *damned* (condenado). Generalmente, en vez de dirigir sus odios contra el Destino, contra el Gobierno o contra la Providencia, ellos los dirigen contra sus botones, y dicen: —Condenados mis botones.

Blasfemar, lo que se llama blasfemar, no se hace en Inglaterra. Ante todo el respeto y la disciplina. Un español blasfema contra todo lo existente, porque cada español está en lucha contra todo lo existente. Cada español, como el marqués de Bradomin, ha dividido a España

en dos grandes bandos: uno, él, y el otro, todos los demás. Cada inglés, ante un tipo que le ha hecho una mala jugada, se dice:

—De mi lado estamos todos los ingleses, y del otro, ese *blody man* (hombre ensangrentado).

EN UN «ROAST-BEEF»

Fantasía sobre las patatas.

Siento que este tomo no vaya ilustrado con grabados, porque si lo fuese, yo les ofrecería a ustedes aquí una reproducción del anuncio de los peroles Muller. Este anuncio se divide en siete partes, que corresponden a los siete días de la semana. Arriba de todos hay una fuente con un enorme *roast-beef* y dice «lunes». El lunes se inaugura el *roast-beef* en todas las casas de la clase media inglesa. Más abajo aparece el mismo *roast-beef*, un poco achicado. Es la comida del martes. Miércoles: reaparición del *roast-beef*, que va disminuyendo en una proporción matemática. Jueves: *roast-beef*. Viernes: *roast-beef*. El sábado, el *roast-beef* está ya reducido a su más mínima expresión. Inme-

diatamente un letrero más grande que los otros dice: «domingo». Intervención del perol Muller; el *roast-beef* se supone dentro. «Comprad el perol Muller—recomienda en seguida el anunciante—y podréis introducir una gran variación en vuestras comidas.»

Yo quisiera reproducir el anuncio de los peroles Muller, no precisamente para reclamo de los peroles, sino para reclamo de la comida inglesa. ¿No se les hace a ustedes la boca agua?

—Pero, en fin—me dirá cualquiera—, algo más les darán a ustedes de comer en Londres que *roast-beef*.

Sí; es cierto. Además de *roast-beef*, pues, nos dan *roast-beef*. Primero un plato y luego otro. Los ingleses dividen una misma porción de *roast-beef* en dos partes para que los extranjeros no digamos que aquí se come una sola cosa.

La amenidad del *roast-beef* consiste en las legumbres. Patatas cocidas y coles, todo ello sin sal. Estas patatas y estas coles son las que se pueden meter el domingo con los restos del *roast-beef* en el perol Muller. ¡Si a lo menos variase el condimento de las patatas! Fuera de aquí, unas patatas difieren generalmente de las otras: unas están cocidas, otras fritas, otras guisadas, otras salteadas, otras en *robe de chambre*, otras en *puré*. Entre las mismas patatas

fritas hay una diversidad maravillosa: patatas en rodajas, patatas cortadas en rectángulos, *frisées, souflés,* patatas a la *paille,* y todas estas clases de patatas varían aún, según se las fría en aceite o en manteca. Aquí las patatas del lunes son como las del martes, y las del martes como las del miércoles, y así sucesivamente, a lo largo de la eternidad. ¡Qué! ¿Se creen ustedes que los ingleses van a disfrazar, a mixtificar las patatas? ¿Y la honradez inglesa? Una patata debe saber a patata. Inglaterra, señores, es un país muy serio.

Yo creía que a los ingleses les gustaban mucho el *roast-beef,* las patatas y las coles. Pues no hay nada de eso. Lo mismo comerían cartón, si el cartón alimentara. Si estos ingleses no tienen imaginación en la cabeza, ¿cómo van a tenerla en el estómago? Desde un tiempo inmemorial, los ingleses vienen comiendo *roast-beef* porque todavía no se les ha ocurrido comer otra cosa. El *roast-beef* inglés representa una falta de capacidad imaginativa.

En el argot de París, a los ingleses se les llama *roast-beef.*

—*Vòila un roast-beef*—se dice en presencia de un inglés.

Yo no había llegado a comprender toda la profundidad de esta expresión hasta que vine a Londres. En fuerza de comer *roast-beef* todos

los días unas generaciones y otras en Inglaterra, los ingleses parece que, en efecto, han llegado a convertirse ellos mismos en *roast-beef*. Son como enormes trozos de *roast-beef* vivientes. Tienen el mismo color, la misma salud y la misma sensibilidad del *roast-beef*. Un inglés que se come un trozo de *roast-beef* me hace pensar en un antropófago que devora a un semejante.

¡Ah, *roast-beef, roast-beef* inglés, nunca más duro ni más tierno! ¡Coles inglesas sin una chispa de sal! ¡Patatas *unánimes!* ¿Es que no se aburrirán estas patatas de ser siempre las mismas? ¡Pero quiá! Una patata inglesa es mucho más seria que una patata del continente. Cuando yo haya atravesado el canal de la Mancha, lo primero que voy a comer va a ser una ración de patatas fritas. Las pediré en un restaurant modesto, y mientras me las fríen, oiré el ruido alegre del aceite y el chisporroteo de la sal. Entonces se me abrirá un gran apetito, y estoy seguro de que me pondré muy contento.

DIME CÓMO BAILAS...

La tragedia del garrotín.

Hay en el mundo dos pueblos de bailarines: España e Inglaterra. A este último pueblo, tan serio y tan sobrio de ademanes, le ha costado mucho trabajo convencer a los otros de que sabía bailar; pero, al fin, lo ha conseguido. Casi toda la Europa está poblada de razas pesadas que no sirven para el baile. Las dos excepciones de importancia son España, donde la raza es apasionada y violenta, e Inglaterra, donde es ágil y donde tiene un sentido matemático de la vida.

El baile español es sensual, desordenado y trágico. Sí, señores, trágico, no lo digo por decir. Parece que no, pero un *garrotín* constituye un espectáculo terrible. A un pueblo de ins-

tintos pacíficos no se le hubiera ocurrido nunca ponerse a bailar el garrotín. El baile es el gesto de un pueblo, y el garrotín es un gesto que da miedo. Es el gesto de un pueblo sombrío, fanático, sanguinario y cruel. Esa mirada animal, ese temblor de las manos, esas contorsiones de la cintura, ese pataleo..., todo eso es impulsivo y desesperado. El garrotín ha asustado a Europa entera, que en los teatros de París y Londres, ante la Lola y el *Faíco*—«el señor *Faíco*»—, se dice todavía:

Estos españoles son irreductibles.

El baile inglés, en cambio, es todo método, precisión y exactitud. Me atreveré a añadir que el baile inglés es un baile colectivo, así como el español es un baile individualista. Un bailarín inglés, como otro inglés cualquiera, carece de toda importancia por sí solo. Lo maravilloso de un bailarín inglés es lo bien que armoniza con otro bailarín inglés. Dos, cuatro, diez, veinte bailarines ingleses se ponen a bailar una hora seguida, y no hay cuidado de que ninguno haga jamás un movimiento contrario al de los otros. Cuando un bailarín levanta un brazo, todos los demás bailarines hacen lo mismo. Cuando una bailarina alza la pierna, todas las otras bailarinas trazan con las piernas un ángulo, cuya medida no se diferencia ni en un milímetro entre ninguna de ellas. Nada de espon-

taneidad ni de iniciativa. Orden. Si hubiera manera de comprobarlo, se podría demostrar que un bailarín inglés es capaz de acordarse matemáticamente desde París con otro que baile en Londres.

Viendo bailar en España y en Inglaterra se comprenden perfectamente las dificultades gubernamentales del primer país y la buena marcha del segundo. Los sociólogos despreciarían esta consecuencia, considerándola de un origen trivial; pero yo protesto de antemano. Si esos señores no ven la parte trascendental del baile es porque concentran toda su atención en las piernas de las bailarinas. El baile es una cosa perfectamente seria. ¿Les parecería a ustedes más seria si las bailarinas tuviesen barbas y lentes como el señor Azcárate? Pues bien. Yo creo que los españoles bailan de cabeza, de un modo impulsivo y cada uno por su lado, mientras que los ingleses bailan de acuerdo, tranquila y metódicamente. Ahora mismo hay en el *Palace* una *troupe* de bailarinas inglesas que hacen un número titulado *Sinfonía en blanco y negro*. La escena representa un paisaje nevado; es un solo lienzo muy blanco, que cubre el suelo y los muros, donde algunas rayas negras trazan la silueta de los árboles cargados de nieve. Los trajes de las bailarinas, todas ellas de la misma estatura, armonizan de un modo ad-

mirable con la decoración: media blanca, zapato blanco, sombrero blanco con una gran pluma blanca y traje blanco con rayas negras. Comienza el baile, y la impresión que se recibe es maravillosa.

Todo está allí bien combinado; todo se hace de acuerdo. Ninguna bailarina se destaca; eso no; la personalidad desaparece ante la precisión de un orden de conjunto, y el conjunto se adapta al ambiente, a la decoración. Les aseguro a ustedes seriamente que es maravilloso. Las cosas que pasan allí, durante la media hora que dura el *ballet,* se comprende que son las cosas que, en buena lógica, tienen que pasar. Cualquier otra produciría un trastorno colectivo.

Por desgracia, es inútil que nosotros queramos bailar el baile inglés.

ADMIRACION DE LA RUINA

Yo quiero ser cronista.

Uno de los proyectos periodísticos que yo no podré realizar nunca es el de inscribirme entre un grupo de ingleses para hacer un viaje colectivo por medio de la agencia *Coocks*, un viaje a Egipto, a Grecia, a Italia o a España; es decir, a un sitio donde haya muchas ruinas. El inglés es un hombre metódico, social y admirador de las ruinas. ¿Viajar sólo? No; ¿hoy en un lado, y mañana en otro, según la inspiración del momento; detenerse más o menos, a su arbitrio, en las ciudades del itinerario? No, mil veces no. Eso supondría un desorden inadmisible. El inglés compra un billete de la agencia de *Coocks*, en donde está establecido al minuto el empleo del tiempo que va

a durar el viaje. «Día tantos, tal país. A las ocho de la mañana, desayuno. A las nueve, excursión al Museo. Dos horas de pintura de tal escuela. A las doce, almuerzo. Lista del almuerzo. A las dos, excursión a las ruinas de al lado. Admiración de las ruinas durante tres horas. A las cinco, el te. A las siete, salida de la estación.» Un buen programa de viaje para el inglés es aquel que no le deja ni un minuto libre para hacer lo que le dé la gana. Sin esta distribución matemática del tiempo, el inglés no comprendería la emoción de los viajes.

* * *

El jefe de excursión conduce los ingleses ante las ruinas.

—Ruinas de tal. Mírenlas ustedes bien, son admirables.

—¿Son admirables?—se dicen los ingleses.

Y en vista de que las ruinas son admirables, los ingleses las admiran en el acto. Los ingleses están siempre dispuestos a admirar las ruinas que se les digan. A veces, un inglés se equivoca, y las admira por el lado menos admirable, fijándose, por ejemplo, en un trozo que es de construcción reciente.

—No. Eso no vale la pena—le dice el jefe de la excursión.

—¡Ah! ¿No vale la pena?

Y la admiración del inglés cesa instantáneamente.

—¿Qué es, entonces, lo que hay que admirar?

—Lo que hay que admirar es esto.

—Muy bien; perdone usted.

Y el inglés rectifica su admiración, lo mismo que podría rectificar una suma.

El jefe de excursión dirige la admiración de todos los viajeros.

Ahora bien; ¿cómo se admiran los ingleses? Pues los ingleses se admiran abriendo la boca. Es la forma más exacta de la admiración. Si la costumbre fuera alzar una pierna, los ingleses alzarían una pierna a la menor indicación de su jefe.

* * *

Yo tengo una gran capacidad admirativa; pero esta capacidad admirativa es independiente de mi voluntad. Es inútil que me digan que una cosa es admirable. Yo quiero admirarla, y muchas veces no lo consigo. Yo comprendo que en un pueblo donde hay ruinas, los vecinos las admiren. Las han visto desde niños a las horas del crepúsculo, que son las horas de las ruinas: han ido muchas veces, en ratos de melancolía o de ideal, a meditar entre ellas;

conocen su historia y sus leyendas; está bien que las admiren. Ahora bien: yo llego al pueblo:

—Vamos a enseñarle a usted las ruinas—me dice, por ejemplo, el alcalde.

Llegamos allí, y me encuentro situado ante un montón de piedras.

—Es admirable—me dice el secretario del Juzgado.

Y yo, no lo dudo; pero no me admiro.

En cambio un inglés se admira inmediatamente. ¿Las ruinas son admirables? ¿Todo el mundo las admira? Pues él se decide y las admira a su vez.

Hay quien cree que la admiración de los ingleses ante las ruinas, determinada de antemano en los horarios de viaje, es simulada.

Yo estoy completamente seguro de que es sincera. El inglés es un hombre de buena fe. Le dicen que hay que admirar cualquier cosa, y, como lo cree a pie juntillas, la admira sin reserva ninguna. ¿Que cómo se pueden admirar los ingleses a plazo fijo? Pues porque son unos hombres metódicos.

El día en que yo pueda me iré como cronista en una excursión de ingleses, y mientras ellos admiran las ruinas, yo les admiraré a ellos.

EL HOMBRE DE NEGOCIOS

La conversación y la ganancia.

Padres de familia: si queréis lanzar a vuestros hijos en el mundo de los negocios, no los enviéis a educarse a Inglaterra. ¡Cuántos hombres no se han quedado sin un céntimo por su preocupación de hacer sus negocios a la inglesa! Ultimamente yo he conocido en Bruselas un español que se metió en un negocio de teatros. En cuanto le vi hacer las primeras gestiones le pregunté si se había educado en Londres.

—Sí—me contestó—. No hay gente como aquella para los negocios. «¿Cuánto?» «Tanto». «¿Le conviene a usted?» «Bueno». «¿No le conviene?» «¡Pues adiós!» El tiempo es oro.

A las ocho de la mañana comenzaba a reci-

bir coristas. Las coristas empezaban a hablar.

—Nada de discursos. Esto vamos a organizarlo a la inglesa. ¿Estarán ustedes mañana a las cinco en el ensayo?

—Verá usted...—decía uno.

—Es que...

—Nada, nada. A las cinco se ensaya. ¿Les conviene a ustedes asistir al ensayo o no?

Los coristas decían que sí.

—¿Ha visto usted?—me preguntaba el empresario—. Un francés hubiera hablado aquí tres horas y no hubiera podido ponerse de acuerdo con esta gente.

Al otro día no se presentaban a ensayar mas que dos o tres coristas. El empresario estaba enfurecido.

—¿No le convienen a usted los coristas?—le decía yo—. ¿No son serios? Pues échelos usted a la calle.

—Es que...

—No. Nada de discursos. ¿Le convienen a usted o no?

Hacían falta trajes, y se llamaba a un sastre.

—¿Puedo contar con los trajes el lunes al medio día?

—Mire usted que el lunes... Yo haré todo lo posible.

—Nada de hacer lo posible. ¿Puede usted tener los trajes listos o no?

El sastre decía que sí, y el lunes no había trajes.

Total: que al cabo de quince días, el empresario, que había presupuestado veinticinco mil pesetas para el negocio, llevaba ya gastadas treinta mil.

Y es que los negocios se hacen muy bien con los ingleses. Como todo lo ven en números no tienen más que decirse: «¿Cuánto?» «Tanto». Se citan a una hora y acuden exactamente; se comprometen a hacer una cosa, y la hacen. Los ingleses son hombres de precisión. Pero ni los franceses, ni los belgas, ni los españoles, ni los italianos son como los ingleses. ¡Mire usted que querer entenderse por medio de monosílabos con cincuenta coristas, que el que más y el que menos se cree un Talma! Pues no es labia la que hay que tener para manejar a esa gente!

«Sí». «No»... ¿Y el pero? ¿Y el como? ¿Y el según? ¿Y el verá usted? ¿Y el tal vez? El hombre de negocios a la inglesa no cuenta con ninguno de estos formidables obstáculos continentales. Los ingleses son máquinas. Hacen una cosa o no la hacen. No tienen complicaciones ni reservas. Pero los hombres del continente son otra cosa. En el continente, para

ganar dos pesetillas, hay que hablar una barbaridad. Aquí, un viajante de comercio, enseña una muestra. Si la cosa conviene le hacen un pedido, y si no, no. Ahí cada viajante tiene que ser una especie de don Segismundo Moret. don Segismundo Moret vendería el género más abominable del mundo; y en cambio Merino no lograría colocar ni un retazo del mejor paño inglés.

Yo compadezco a toda la juventud que está preparándose aquí para lanzar negocios en España. Llegarán ahí, no querrán pronunciar discursos, no se valdrán de influencias, no embriagarán a la gente, procederán con mucha seriedad y se quedarán sin un céntimo.

EL ERROR DE LOS DEPORTISTAS

Cómo moriría un atleta.

—¿Usted juega al *tennis?*

—No.

—¿Y al *foot-ball?*

—Tampoco.

—¿Y al *criquet?*

—Menos todavía.

—En fin. Usted será aficionado a algún sport.

—Sí. Mi *sport* favorito consiste en meterme en un café a conversar con los amigos.

—Pero todos los españoles no serán como usted

—Casi todos.

—Entonces la raza se debilitará. Ustedes van a morir por falta de ejercicio al aire libre.

El otro día, un inglés me llevó a jugar a la

pelota a Meidenhead, a orillas del Támesis. A los diez minutos yo estaba cansado.

—¿Por qué no hace usted un poco de pesas?

—Porque me cansaría mucho más. ¿Vamos a entrar?

—¿Lo ve usted? Ustedes son unos hombres débiles. No resisten ustedes el aire libre.

—Es cierto; pero nosotros resistimos la atmósfera del café y ustedes no.

¿Cuál es el hombre más fuerte? ¿El que se recorre treinta kilómetros en una tarde, o el que es capaz de pasarse seis horas sentado ante una mesa de café? Los amigos sportivos compadecen a los que se quedan en el café.

—Se fatigan a los diez minutos—dicen. Pero yo cogería a un hombre de *sport*, lo sentaría delante de mí en un turno de confianza y me pondría a viciarle la atmósfera con unos cuantos pitillos; a los diez minutos el hombre de sport comenzaría a sentir mareos, y a la media hora se desmayaría. «Tenemos que acostumbrarnos al aire puro.» No. Los que hemos de pasarnos la vida en Madrid, tenemos que acostumbrarnos al aire enrarecido. De lo contrario nuestra muerte es inminente. Suponed a un pastor, a un hombre de la montaña, fuerte y curtido, trasladado de pronto a Madrid; que se esté dos horas en una tertulia literaria, que se vaya luego a la Princesa a ver una obra de los

Quintero, que duerma en una fonda, que almuerce al día siguiente, que tome café y que asista a una sesión del Congreso. A la salida del Congreso ese hombre estará agonizante.

La fortaleza de los hombres de ciudad es muy distinta de la de los hombres del campo. Hay una porción de enfermedades que al hombre de la ciudad no le producen apenas efecto. En cambio, cuando se conquista un territorio de negros, cuya vida es perfectamente natural, los negros comienzan a reventar que es un gusto. Muy fuertes, muy sanos, aptos para luchar con el tigre, y el rinoceronte, pero sin resistencia ninguna ante el microbio más pequeño. Ahora bien; si en las ciudades tuviésemos que luchar con fieras, muy lógico que tratáramos de adquirir para ello la fuerza necesaria; pero con quien tenemos que luchar es con el microbio, y al microbio no se le mata a golpes ni a tiros.

El error fundamental de los hombres de *sport* consiste en creer que para vivir en las ciudades hace falta mucha fuerza. No. Mucha habilidad, mucha *coba*, mucha frescura: eso es lo que se necesita. Hércules, en Madrid, tendría que dedicarse a transportar baules, y como esto le produciría muy poco dinero, iría lentamente perdiendo las fuerzas.

—¿De modo que va usted a pasarse la tarde en el café?

—Sí, señor.

—Yo no podría resistir eso.

—¿Ve usted cómo es usted un hombre débil?

SE NECESITA UN NEGRO

El negocio del porvenir.

Hace días apareció en el *Daily Telegraph* el siguiente anuncio: «Doctor en medicina desea un negro para hacer con él experiencias de decoloración. Garantiza la inocuidad del procedimiento.» Yo conozco a un chico que está empleado de negro en casa de una señora inglesa.

—¿Para qué tiene usted a este negro?—le pregunté un día a la dueña.

—Para vestirlo de rojo—me contestó—. Desde que se levanta hasta que se acuesta la única ocupación del chico consiste en ser negro. Los criados blancos sirven la mesa, barren, friegan, hacen recados... El negro no trabaja. ¿Acaso es poca cosa el ser un criado negro, en

casa de unos amos blancos? Los días de *soirée*, las chicas le llaman en el salón con toda clase de pretextos. A su lado se sientan unas rubias. El negro va, y cada vez que se acerca a un albo descote, parece decir:

—Reconozca usted, señorita, que si no hubiera hombres tan negros como yo, no tendrían un gran mérito las mujeres tan blancas como usted.

Yo pensé en el negrito de la señora inglesa, al leer el anuncio del *Daily Telegraph*, y fuí a verlo. Le expliqué la cosa, y le dije:

—¿Qué? ¿Quieres blanquear?

—¿Y de qué voy a vivir después? Si me vuelvo blanco tendré que trabajar como un negro.

—Pero hombre. Cuando te miras al espejo, ¿no te da vergüenza? ¿No se te pone la cara colorada al vértela tan negra?

Todos mis argumentos fueron inútiles. El negro no se dejó convencer. Cada día está más negro.

Londres está lleno de negros. Cantantes, bailadores de *cake-wal*, *groms*, lacayos boxeadores... En los restaurants puede verse a todas horas este espectáculo que ocho años atrás produjo el asombro y la indignación de un filósofo: el de un negro servido por un blanco. La victoria de Jhonson les ha animado. Sus ademanes

son retadores. Parece que quieren conquistar el mundo a puñetazos. Hace algunos años, si un médico hubiera podido despintar a los negros, hubiera realizado la obra más humanitaria del mundo. En vano algunos espíritus generosos trataban de demostrar entonces que los negros eran iguales a los blancos. Para que fuesen iguales había que desteñirlos. En aquellos días, el gabinete de ese doctor que se anuncia en el *Daily Telegraph* se hubiese visto invadido de negros. Si el procedimiento resultaba eficaz, el doctor podría guardar la tinta extraída a sus clientes, montar una fábrica de betún y ganar millones. Por una puerta entrarían a su casa los negros y por otra saldrían blancos. Estos negros blanqueados, con el pelo áspero, los labios gruesos y las narices achatadas, vendrían a ser una cosa así como Rubén Darío.

Pero ahora, los negros están orgullosos de ser negros. No parece sino que Jhonson le hubiera devuelto a la raza blanca ese puñetazo ideal que aplasta las narices de los negros. Los artistas y los luchadores cuidan su cara como un presumido cuida unas botas de charol. Yo nunca he visto negros tan relucientes. Como esas monedas que brillan mucho, a mí algunos negros me parecen falsos. Presumo que el anuncio del *Daily Telegraph* no tendrá éxito,

y es una lástima, toda esa tinta nos manchará a nosotros. Lo negro se mezclará con lo blanco, y el porvenir será turbio. De una blanca inglesa y un negro charolado, saldrá un mulato. Dentro de cincuenta años no se encontrará un negro *bien reusi* ni por un ojo de la cara. El negociante que se dedique hoy a cultivar unos cuantos negros, está llamado a ganar un dineral.

EL DISCURSO DE ORBANEJA

La oratoria es explosiva.

Oyendo a los oradores de Marble Arch, yo me hacía ayer las siguientes reflexiones:

¿Por qué no se deja en España hablar a la gente? ¿Qué le puede importar al ministro de la Gobernación de lo que diga un ciudadano cualquiera en un momento de entusiasmo? Todas las revoluciones han sido promovidas por hombres a los que no se les ha dejado colocar sus discursos.

Un discurso embotellado es como una de las fuerzas de la Naturaleza: tiene que salir, y cuanto más tiempo transcurra, más violenta será la salida. El ciudadano Orbaneja lee un día el fondo de *El País*, allí encuentra dos o tres frases que le enamoran: son completa-

mente de su gusto en cuanto a la forma y sintetizan de un modo sorprendente sus ideas generales sobre la política del día. El ciudadano Orbaneja se olvida en seguida del artículo, pero ha absorbido ya las tres o cuatro frases perniciosas. Esas tres o cuatro frases son la semilla de un discurso. Poco a poco el discurso va germinando, va haciéndose por sí solo dentro de Orbaneja. Un día, Orbaneja le coloca un párrafo a su mujer; otro día, le salen dos o tres párrafos en un café de la calle de Toledo. Orbaneja es irresponsable. El discurso puede más que él. Pasan días. Orbaneja comienza a frecuentar el Casino del distrito.

Por fin, una noche pide la palabra y comienza a hablar. ¿Qué dice? ¿Que hay que hacer una degollina general? ¿Que las sociedades, como los individuos, tienen sus años de cobardía, pero tienen también sus horas de heroismo? ¿Que es preciso cortar las siete cabezas de la hidra reaccionaria? No juzguen ustedes por ello mal al ciudadano Orbaneja, que es un hombre de ideas avanzadas pero de sentimientos pacíficos. Todo eso le sale ello solo de dentro del cuerpo, sin que Orbaneja se dé cuenta, como pudiera salirle una erupción cutánea.

La prueba de la inocencia de Orbaneja al hablar de la hidra revolucionaria es que Orba-

neja no sabe lo que es una hidra. No precisamente al ciudadano Orbaneja, sino al diputado republicano señor Nougués le oí yo esta frase en el Congreso: «Aquellos árboles centenarios que lo menos tendrían treinta o cuarenta años cada uno...»

Los ingleses comprenden lo que es un discurso y lo dejan salir. Si usted le dice a un guardia cualquier impertinencia en un tono familiar, está usted perdido; pero si usted emplea el tono oratorio puede decirle horrores. El guardia sabe perfectamente que no es el orador quien dirige el discurso, sino que este discurso se ha elaborado por sí solo en el espíritu del orador y que tiene que salir a la calle. Es una ley fisiológica como la de la maternidad.

En España no se comprende nada de esto, y cuando un ciudadano comienza a hablar violentamente, el representante de la autoridad le corta la palabra. De ahí que nuestra historia está llena de motines y pronunciamientos. El ciudadano que tiene un discurso dentro acaba siempre por largarlo. Ni los guardias de Seguridad ni el 14.° tercio de la Guardia civil, ni la Infantería, ni la Caballería, ni la Artillería son capaces de evitar que un hombre puesto a decir que el árbol de la reacción nos impide ver el sol de la justicia, no lo diga. Sigamos con Orbaneja. Si en pleno énfasis, el delegado le

impide decir lo de la hidra, Orbaneja es capaz de dejarse matar como un mártir. Al día siguiente todo el barrio estaría en conmoción:

—¡Orbaneja! ¡Un hombre tan pacífico!

—Es el poseedor de las ideas—dirían sus correligionarios.

No. Es el poder del discurso reprimido; la explosión violenta del tópico encerrado. Un discurso que sale a la luz por sus vías naturales no ofrece peligro ninguno; pero que en cuanto comienza a salir se le obstruya el cauce, y entonces puede ocurrir todo: el suicidio heroico del orador, el motín popular y, en fin, la revolución.

Aquí, como se deja hablar a todo el mundo, no hay revoluciones. ¡Y es ahí, en el país de la elocuencia, donde no se les deja a las gentes echar discursos.

ODIO DE POETA NADA MAS

Mandad un filósofo.

Hace muchos años, un poeta extranjero se detuvo en la esquina de Cheapside, ante una tienda de estampas. Un cuadro llamó particularmente su atención, y el poeta, con la boca abierta, lo miraba y soñaba. Seguramente en el mundo entero no hay un sitio menos a propósito que la esquina de Cheapside, y tan sólo un poeta recién llegado puede cometer la tontería de irse a soñar allí; los poetas avecindados en Londres, si por azar descubren en algún escaparate de Cheapside un cuadro más o menos romántico, en todo caso lo compra y se lo lleva a su casa para soñar tranquilamente delante de él. Cheapside es la gran arteria de la City, y por Cheapside se va a la Bolsa.

¿Es que un hombre que tiene negocios en la Bolsa va a detenerse en su carrera para no tropezar con un poeta que está soñando delante de un escaparate? Y después de todo, ¿quién le asegura al bolsista que ese hombre es un poeta y no un vago? Si fuera un poeta, no estaría desocupado y con la boca abierta; iría corriendo hacia su *office* de poeta a hacer poesías hasta la una; a la una almorzaría, y a las dos volvería al *office,* donde permanecería hasta las siete. Eso deben hacer los poetas los días laborables.

—*¡Gooddam! ¡Gooddam...!*

El pobre poeta fué empujado por todo el mundo. Por último, un pisotón de un hombre de negocios le arrancó de la contemplación del cuadro a la contemplación de la calle. El cuadro representaba el paso del Beresina por los franceses, y el poeta, al contar su impresión de aquel momento, dice: «Entonces me pareció que todo Londres era un enorme puente del Beresina, donde cada uno, en una inquietud delirante, quiere abrirse paso para prolongar un pequeño resto de vida, donde el insolente jinete aplasta al pobre que va a pie, donde el que cae está perdido para siempre, donde los mejores amigos corren sin piedad los unos sobre los cadáveres de los otros, donde millares de hombres extenuados y cubiertos de sangre,

que han querido, pero en vano, asirse a los tablones del puente, caen a la fosa glacial de la muerte.»

Aquel poeta venía de Alemania y se llamaba Enrique Heine. Su odio a Inglaterra no era odio de alemán. «Yo—declaró Heine en un libro—les doy a ustedes mi palabra de honor de que no soy patriota.» Era odio de poeta. Un poeta es un hombre que va despacio, y, en Londres, los hombres de negocios atropellan a los poetas. Ya sé que los poetas están expuestos en todas partes a morir aplastados bajo las ruedas de un camión, y así murió en París M. Corunti, el introductor de la última estética en España.

Si el inglés puede definirse como un hombre completamente refractario a la poesía lírica, habrá que reconocer que estos hombres existen en todo el mundo y que, para el poeta español, francés o alemán, buena parte de sus compatriotas son ingleses. Sin embargo, en ninguna parte hay tantos ingleses como en Inglaterra. En París o Madrid, cuando el poeta ha sufrido muchos empujones, no tiene más que dejarse caer sobre un banco de la plaza pública y ponerse a soñar. Aquí los *squares* están rodeados de verja, y únicamente los propietarios de las casas colindantes tienen derecho a entrar en ellos. ¿Soñar bajo los árboles?

Y ¿con qué derecho va a soñar el hombre que no tiene en donde caerse muerto? ¡A la City! ¡A Cheapside! ¡De prisa! ¡Muy de prisa...! Y si usted es un poeta, es decir, un soñador de profesión, como aquí la vida es carísima, pues tendría usted que empezar a soñar muy temprano. Tendrá usted que soñar como un negro desde por la mañana hasta por la noche, y, a veces, hasta tendrá usted que soñar dormido.

A raíz de su aventura de Cheapside, Heine escribió a Alemania diciendo: «Mandad un filósofo a Londres, pero por el amor de Dios no mandéis un poeta.» Si en Madrid hubiera filósofos disponibles, yo pediría alguno; pero presumo que ahí no hay más que poetas. Yo mismo en el fondo soy probablemente un poeta. Cuando me aventuro por las calles de la City, los ingleses me empujan con tanto desprecio como si no hubiese duda de que lo soy, y no de que soy un poeta cualquiera, sino un gran poeta.

—¡Gooddam! *¡Gooddam!*

Es el grito con que Londres echa a los perros y a los pobres poetas. ¡Los pobres poetas! ¿Por qué esa crueldad con ellos? A este propósito he interrogado a un hombre de negocios de la City, que me ha hecho declaraciones de gran importancia. Mañana o pasado las conocerán ustedes.

LA ACCION DE LOS POETAS

El virus corrosivo.

—¿Los poetas?—me dijo el hombre de la City—. Pero ¿usted cree que esa chusma sirve para algo?

Yo le expuse modestamente mi opinión. Los poetas—no tiene duda—sirven para poetizar la vida. ¡Si costasen muy caro...! Pero no comen casi nada. Un pueblo como Inglaterra podría sostener, sin gran sacrificio, una porción de poetas.

—¿Para que nos poetizaran la vida?—me preguntó el hombre de la City.

—Precisamente.

—Los poetas nos humanizarían, nos impregnarían de ternura, nos harían sentimentales, ¿no es eso?

—Eso es.

—Pero ¿usted no ve que entonces nuestros negocios irían de cabeza? ¡Ah, los poetas! ¡Taifa de vagos y de embusteros! Les hacen versos a las muchachas, las seducen ofreciéndolas oro y piedras preciosas y no tienen un penique en el bolsillo. Si los poetas lograran tomar tierra entre nosotros, a la vuelta de unos cuantos años habrían corrompido toda la energía anglosajona. Empezarían a cantar las puestas de sol y los amaneceres, los árboles, las flores y los pájaros. Nuestra juventud se distraería con todas esas cosas y no haría nada de provecho. A pretexto de poetizar la vida la ablandarían. Exaltarían el amor maternal, el filial y el fraternal, la vida del hogar, etc. Los jóvenes empleados de la City harían versos estúpidos en sus ratos de ocio. Los muchachos que hoy van a buscar fortuna al Transvaal o a la India se enternecerían mucho antes de abandonar la casa paternal y buena parte de ellos se quedaría en Londres, donde no les aguarda porvenir ninguno. En fin, sería la ruina, ¿no le parece a usted?

Y escuchaba al hombre de la City y me hacía, por milésima vez desde que estoy en Londres, la siguiente reflexión: —Estos ingleses son los hombres más prácticos del mundo.

—Hay que cerrar las costas de Inglaterra a

toda irrupción poética—continuó el hombre de la City—. Una invasión de poetas será mucho más peligrosa para nosotros que una invasión de alemanes. Por fortuna, nosotros no dejamos desembarcar en ningún territorio inglés a ningún viajero de tercera clase que venga sin dinero. En esta medida nos garantiza en cierto modo contra los poetas del Continente.

—Pero ¿no temen ustedes que se produzcan poetas aquí mismo? ¿Qué medidas han tomado ustedes contra los poetas de Inglaterra?

El hombre de la City sonrió:

—Los ingleses—me dijo luego—somos unos hombres muy serios... No digo que algún inglés, después de haber vivido en Italia o por allá, no pueda volverse un poco poeta. Las malas compañías..., el calor..., la ociosidad..., el cielo azul..., los ojos negros... Pero el inglés es por naturaleza un hombre serio, veraz y metódico. El inglés, señor mío, es completamente, pero completamente incapaz de emoción y de imaginación.. El peligro está fuera. Por fortuna, la mar nos aisla de la poesía.

¡Ah! ¡Los poetas...!—continuó el hombre de la City—. Los poetas nos llevarían a la revolución. Esa gente dice cosas terribles de una manera muy dulce. No respetan el orden social y se proclaman reyes dentro de sus andrajos. Sobre todo, hablan mal de los hombres de ne-

gocios, de los industriales y del pequeño comercio.

Y señalando a un poeta invisible, como bajo el influjo de una pesadilla, el hombre de la City exclamó:

—¡Gooddam!

Yo le pregunté si había leído a Platón, y él me dijo:

—¿Quién es Platón? ¿Algún poeta? No, señor. No lo he leído ni lo leeré jamás.

EL ORO Y EL ARMIÑO, EL HIERRO Y EL ACERO

Un millón de toneladas.

Estos días ha sido el oro, la púrpura, el armiño, las piedras preciosas. Hoy será el hierro y el acero; 167 buques de la Armada británica, desplazando un millón veintiun mil quinientas diez toneladas, serán revistados en aguas de Spithead por *the sailor kins*—el rey marino—, mucho más rey de los mares que de la tierra, y cuyo cetro, como el de Neptuno, debiera ser tridente y formidable. Al lado de la revista naval de Spithead, todo lo demás es pálido. El coste total de los buques que va a revistar el rey Jorge representa cien millones de libras esterlinas, es decir, dos mil qui-

nientos millones de francos. ¡Qué cohibidos van a sentirse en Spithead los buques extranjeros y qué terribles son las crueldades protocolares! Esa Francia fanfarrona, esa fachendosa Alemania, esos ruidosos Estados Unidos y ese mismo Japón, recién llegado, van a encontrarse allí como se encontraban los poetas de Madrid en las reuniones del marqués de Hoyos. Nosotros hemos enviado a nuestro pobre *Reina Regente*, que pasará un mal rato.

Muchas veces, visitando los Museos de Londres, yo he observado que la gran preocupación inglesa es el mar. Los ingleses o pintan retratos de mujeres rubias o cuadros de naufragios, batallas navales y escenas de pesca. Nada de esa terrible inquietud mística que nos ha atormentado a nosotros durante tantos siglos y que tiene también su explicación geográfica. Inquietud de isleños, cuyos caminos ideales se extienden sobre el mar. Inglaterra es como un enorme cetáceo flotando en aguas de Europa, y uno se encuentra aquí a la manera de aquellos náufragos antiguos refugiados en el lomo gigantesco de ballenas dormidas, que ellos tomaban por islotes. Mañana o pasado, el formidable pez puede ponerse en marcha, ¡y desgraciados entonces los pobres marinos que se encuentren a su paso! No hay balas ni espolones que atraviesen la piel de este pueblo

pez, con costumbres de pez, con aspiraciones de pez y que está falto de corazón, lo mismo que los peces.

La revista naval de Spithead comienza hoy a las doce y termina a las cinco y media. Por la noche las aguas de Spithead reflejarán las luces de los 167 navíos británicos iluminados de gala. El momento culminante de las fiestas termina hoy. Días después llegarán a Londres los aviadores del circuito europeo, e Inglaterra los mirará con ojos de asombro. Los peces nunca han comprendido a las aves. Inglaterra no había mirado jamás al cielo. ¡Es tan triste, tan bajo, tan frío, este cielo inglés! El cielo es un ideal de aves, e Inglaterra es un pueblo pez. Los aviadores se posarán un momento sobre Inglaterra, como una alegre y blanca bandada de gaviotas.

LOS BARBAROS DEL NORTE

Cuentan de Leconte de Lisle...

Gimnasia, natación, equitación, *canotage, criquet, lawn-tennis, foot-ball...* Con estos elementos principales es con los que se forma la moral del animal inglés. Sí, señores; la moral. Si el tiburón no fuera grande y fuerte, si no tuviera el estómago insaciable y los dientes afilados, tampoco tendría una moral de exterminio. El animal inglés es ágil, enérgico, musculoso, y tiene la moral de los animales que son así. Estos días pasados, en que tanto se habló de Inglaterra, ha salido a luz una anécdota de Leconte de Lisle, que define por completo la moral británica. Hensif de Regnier la ha oído a menudo de labios del poeta, que, según parece, se la contaba cada diez o doce días a

sus amigos. Hela aquí: «Leconte de Lisle encontrábase en una posada de la costa bretona. A la hora de almorzar lo instalaron ante un *gentleman* inglés *jonflu et rongeaud* mofletudo y colorado. El almuerzo concluía y la criada colocó sobre la mesa una fragante bandeja de fresas. Entonces el inglés, sin decir una palabra, se apoderó de la bandeja y la vació totalmente en su plato. La indignación de Leconte de Lisle estuvo a punto de alcanzar una grandeza épica.

—Perdone usted—le dijo al inglés—: a mí también me gustan las fresas.

—¡Oh! No tanto como a mí...

En la mesa redonda de las naciones, cuando aparece una fuente de apetitosas fresas, Inglaterra suele también servírsela por entero. ¡Qué quieren ustedes! Las fresas le gustan mucho. Los demás comensales podrán insultarla, que ella no dirá una palabra. Se despojará de su americana y mostrará los brazos atléticos en una actitud de *boxe*.

Sport, aire libre... Así se cultiva al lado de Europa el animal inglés. En Inglaterra, el inglés no hace mas que acumular energías para derrocharlas fuera. Aquí no hay placeres. Las mujeres son frías y las camas duras. Las comidas no tienen salsas. Los establecimientos públicos se cierran a media noche. A los vein-

te años el inglés sale de Inglaterra lleno de ímpetus, y si cualquier cosa le apetece la toma.

No hay más remedio que admirar la fuerza y la energía británicas; pero yo no les otorgo otra admiración que la que me inspiran los soldados de Atila. En un libro de viajes por Italia, Heine hablaba de los ingleses. «Cuando se ve este pueblo rubio—dice—, de mejillas encendidas, con sus brillantes carrozas maqueadas, sus lacayos galoneados, sus caballos de carrera espumantes y sus otros resplandecientes utensilios, descender, curioso y engaloneado, los Alpes, y atravesar toda la Italia, se cree ver una elegante emigración de bárbaros. Y realmente, el hijo de la Albión, aunque use blancas camisas y lo pague todo al contado, no es, sin embargo, mas que un bárbaro civilizado, en comparación con el italiano, que anuncia más bien una civilización limítrofe de la barbarie. En Granada, en Sevilla y en Córdoba, la gente mira humillada esas turbas de excursionistas ingleses, altos, bien vestidos, que van *Bœdeker* en mano, detrás de un representante de la agencia *Coock*. Algún chico desarrapado, en perfecta ignorancia de la política internacional, puede tirarles una piedra, que eso no significa nada. Generalmente, la gente se da cuenta de que esos ingleses tienen mucho dinero y de que tras ellos hay un cónsul,

un embajador, un Ejército y una Marina que es la primer Marina del mundo. Se los respeta, lo cual está bien; pero se les mira como un pueblo superior y son un pueblo de bárbaros, aunque seamos analfabetos. Un ingeniero inglés capaz de construír un puente formidable, me dará siempre la idea de un bárbaro al lado de un gañán andaluz que habla a la reja con su novia.

¡La gimnasia! ¡El *sport!* En Atenas también se hacía *sport*. La Grecia era un pueblo *sportivo*, y por eso alcanzó allí un esplendor tan grande la escultura. Pero como los ingleses no tienen el menor sentimiento de arte, la gimnasia no obtiene aquí ninguna aplicación escultórica. Aquí se cultivan hermosos modelos que no utiliza nadie, y es inútil que esos modelos vayan a comparar sus formas con las de tal o cual Apolo helénico. Aquel Apolo era probablemente un hombre espiritual, porque en los gimnasios de Atenas no sólo se hacían poleas con los músculos, sino también con la inteligencia. Allí se trabajaba y se conversaba. Los filósofos iban allí a desarrollar sus teorías entre la juventud. Aquellos muchachos, si con la belleza varonil de sus formas interesaban a las muchachas, sabían luego aumentar este interés hablándolas con esa sal ática de la que no se

sabe que exista un solo grano en todos los mares de Inglaterra.

Inglaterra es grande, es fuerte, es rica, es temible, sabe leer y escribir de corrido y está muy vestida; pero le falta el alma. La España pobre, sucia y analfabeta, puede llamarle bárbara. Es un consuelo melancólico.

¡SOY MUY FEMINISTA!

Un ama de llaves constitucional.

Yo no soy un enemigo del voto para las mujeres. Es más, yo creo que las mujeres debieran encargarse en absoluto de la gobernación del Estado. Las mujeres tienen muchísimo más desarrollada que el hombre la capacidad administrativa. El hombre produce y gasta. La mujer ahorra. La mujer es un animal conservador. Cuando se muere la señora de la casa y el papá se queda al frente de la familia, todo va de cabeza. Yo considero el cargo de jefe de Gobierno como el cargo de ama de llaves, y creo que ese cargo lo desempeñará siempre una mujer mucho mejor que un hombre. Yo soy partidario de una administración exclusivamente femenina. Tal vez la ministra de Hacienda car-

gase un poco la mano en la sisa; pero todo era cuestión de vigilarla. Además, ¿es que los ministros no sisan? De todos modos, no hay duda de que en un pueblo gobernado por mujeres se comerá infinitamente mejor que en los pueblos regidos por hombres. Nadie como las mujeres para confeccionar los presupuestos y para hacer las compras. Los ciudadanos aportaríamos lo que pudiéramos al fondo común y tendríamos en todo momento, buenas o malas, nuestras sopitas calientes.

Los hombres haríamos oposición a nombre de distintos ideales románticos. El romanticismo es un sentimiento masculino. Cuando un diputado pidiese guerra, las mujeres, que son pacíficas y metódicas, le calmarían. Cuando un diputado solicitase una suma de importancia para tal o cual cosa, la ministra de Hacienda le haría ver que no estábamos para esos gastos, que era preciso pagar la escuela de los chicos y que había que hacer economías. No se le sacaría fácilmente un céntimo al presupuesto. Ahorraríamos. Engordaríamos. Nos pondríamos a flote.

¿Qué es eso de decir que las mujeres no sirven para la gobernación del Estado? ¡Pero si ese es oficio de mujeres! Los que no sirven son los hombres. Los hombres—la fuerza productora y derrochadora—que trabajen, que albo-

roten, que hagan mítines y que pidan revoluciones o guerras. Las mujeres—la fuerza conservadora—que administren, que calmen, que nieguen, que resistan. Los hombres en la calle y las mujeres en casa. Los hombres de pie y las mujeres sentadas.

Sí, sí. Yo soy decididamente feminista. Yo no creo que las mujeres se salgan de su papel pidiendo políticamente lo que han tenido siempre en privado: la lucha, la cocina, la despensa y el guardarropa. Los que no intervenimos nunca en el presupuesto, los ciudadanos honrados, es decir, los chicos de la casa, cansados de comer mal y de llevar los zapatos rotos, debiéramos pedir a gritos la tutela femenina.

LA MORAL

Lo más gracioso.

Un *gentleman* es un hombre bien vestido y que no tiene deudas. En cuanto un inglés deja de pagar la casa ya no es un *gentleman*. Si un día se presenta con el traje estropeado, tampoco. ¡Qué diferencia tan grande entre el *gentleman* inglés y el caballero español! Porque el dinero no es condición indispensable de la caballerosidad española, y si lo fuera, España no hubiera pasado nunca por un pueblo caballeresco. El caballero español es caballero siempre, aunque no tenga dos reales. ¿Por qué? Por el alma, por el gesto. Un caballero español puede hacer todas las cosas que hace un pícaro español, sin llegar jamás a confundirse con él, y es que el caballero las hará de

un modo caballeresco. No creo que en ningún otro país que España haya una manera caballeresca de pedirle dos duros a un amigo o de marcharse de la fonda sin liquidar la cuenta. No. No la hay. Esa manera es la misma con que aquellos hidalgos de Toledo, de Burgos, de Avila, caían desfallecidos sobre los mendrugos que el criado había pedido a las almas caritativas y se los comían todos con una admirable indignación.

—No me gusta que implores limosna, Juan, porque alguien podrá creer que la imploras para tu amo...

Esta caballerosidad no será jamás comprendida de los ingleses, a quienes yo felicito por su incomprensión. «La moral—decía Taine—, buena o mala, es una moneda que todo el mundo debe poseer en Inglaterra.» No. La moneda, mala o buena, es una moral que en Inglaterra debe poseer todo el mundo.

Yo conozco aquí a una pareja de estudiantes rusos que el otro día se vieron obligados a hacer lo que en París se llama *demenagement á la cloche de bois*—una mudanza a la campana de madera—, es decir, una mudanza silenciosa, a la chita callando. Estas mudanzas son pintorescas en todas partes, menos aquí. Aquí el quedarse sin casa es una cosa muy desagradable. Los rusos pasaron las de Caín.

—En medio de todo—decía él—, esto no deja de ser divertido.

—No se lo cuente usted a ningún inglés—le contesté yo—. En el Barrio Latino, sus aventuras harían mucha gracia; pero no aquí. Aquí, al oirle a usted, todo el mundo se pondría muy serio y muy triste. Decirle a los ingleses: No he pagado la casa. He tenido que mudarme por el aire, y contarle todos los episodios subsiguientes, es hacerle pasar un mal rato. Para un inglés, lo más gracioso es que le digan: Ayer ha vencido mi alquiler, y yo lo pagué en el acto.

Es admirable, no cabe duda, esta moral inglesa. Es lógica, es práctica. Cuando yo tengo dinero la comprendo perfectamente. Entonces pienso que toda nuestra hidalguía es ridícula e inmoral, y probablemente en estos contados momentos es cuando tengo razón.

LA VIRTUD SE DERRITE

El calor en Londres

Si yo estuviera en Nueva York, yo estudiaría psicológicamente esta ola de calor que, según mis noticias, ha matado a ochenta personas. En Londres hace también un calor desproporcionado. En las plazas, el asfalto se pega a los pies del transeunte; muchos caballos caen, medio muertos, sobre el arroyo; en fin, una inglesa ha vitriolado ayer a su marido. Si el calor continúa, todas las virtudes inglesas van a desaparecer: la ecuanimidad, la laboriosidad, el espíritu de orden... Yo he visto a un inglés adormilado después del almuerzo, y este inglés me dijo que no tenía ganas de trabajar. Una inglesa, cerca de él, oía una tarantela que tocaban en la calle unos italianos y suspiraba.

—¿Está usted triste?

—No sé lo que me pasa...

Yo pienso a veces, ante estos estados anormales de temperatura, que es que Dios se entretiene en hacer experimentos con los pueblos. «Hombre—debe decirse el buen Dios, por ejemplo—, voy a ver qué pasa poniendo a los ingleses a 30 grados de calor.»

¡Qué experiencia tan curiosa si se prolongase durante algunos meses! Los ingleses se harían indolentes y violentos; las inglesas, lánguidas y apasionadas. No se tomaría más te en Inglaterra. No se preocuparía tanto la gente de guardar el *self-control*. Se les pondrían terrazas a los cafés para tomar el fresco por las tardes, y las calles de Londres perderían su aspecto utilitario. Habría paseantes. El carácter se haría excitable e impetuoso. Se discutiría a gritos, se accionaría. Se le pondrían reparos a las Ordenanzas del Municipio. Inglaterra iría perdiendo cohesión. Los maridos ingleses ya no dejarían a sus mujeres que fueran a cenar con chicos solteros. El caso de esa inglesa que ha vitriolado a su marido se repetiría con cierta frecuencia. ¡Hasta es posible que un día ocurriese en Londres un crimen pasional! Las virtudes inglesas son húmedas y frías, y yo estoy seguro de que no resistirían mucho tiempo una temperatura de 30 grados. No. Los

ingleses dejarían de ser fríos, y, a la larga, hasta dejarían de ser rubios. Hablarían mucho. Habría algunos ingleses elocuentes. Confiarían a la improvisación del momento lo que ahora tienen por medio del esfuerzo continuo. Pensarían en la gloria más que en el dinero. Por último, es posible que un empresario inglés construyese en Londres una Plaza de Toros, y a una temperatura de 30 grados, con la sangre en ebullición, sin brumas que empañasen la vistosa perspectiva, viendo brillar el oro de los trajes, ¿cómo no aplaudir el valor y la destreza de los lidiadores, aunque el espectáculo fuese cruel?

Un inglés inteligente miró hoy el termómetro en el comedor de nuestra casa común, y me dijo:

—A esta temperatura yo comprendo perfectamente a España.

También esa inglesa vitrioladora ha debido comprenderla. Yo no me canso de admirar su gesto. Resulta que así como una rana puesta en ciertas condiciones hace tal o cual tontería, una inglesa, puesta a 30 grados sobre cero, se siente celosa. Es un descubrimiento científico de la más alta importancia.

¿Qué harán los jueces con esa inglesa? En un día de calor puede que se sintieran indulgentes; pero en un día de frío, es indudable

que le aplicarán estrictamente la ley. ¡Los celos! Esos—como decía Stendhal—no son sentimientos de mujer rubia. ¡El corazón! Y ¿de cuándo acá un súbdito de Sus Majestades británicas se deja guiar por el corazón?

Pero la pobre muchacha puede decir:

—Aquel día el termómetro marcaba 30 grados. Esta temperatura no es nada inglesa. Yo perdí toda mi continencia nacional.

EL CIELO ES UNA COLONIA

¿Extranjeros aquí?

Los ingleses consideran al cielo como una colonia más. Yo estoy seguro de que cuando una de estas viejas inglesas beatas llega al paraíso, su indignación es terrible si ve que allí se le guarda la menor consideración a un francés, a un español, a un italiano o a cualquier otro bienaventurado que no hable inglés.

—¡Cómo! ¿Extranjeros aquí? ¿Hombres del podrido continente?

Yo conozco a una miss Jonnes que me lo decía con toda franqueza: «Sólo Inglaterra irá al cielo, porque sólo ella está limpia de pecado. El resto del mundo es una inmundicia: gula, pereza, champagne, juego, *jambes en*

l'aire, literatura libre y corridas de toros. *¡Horrible! ¡Basty!*»

Para esta miss Jonnes, el cielo, como la India, es una posesión británica. Puede que tenga razón. En esto de la conquista del cielo, los ingleses han procedido como en la de sus otros territorios: con mucha disciplina y con mucho dinero. Ha sido una conquista militar hecha a tambor batiente por el Ejército de Salvación. ¿Cómo es que, en las recientes fiestas, entre las tropas coloniales, este ejército no ha tenido representación ninguna? Es un ejército que cuenta más de seiscientos mil soldados en pie de guerra. Tiene cabos, sargentos, capitanes, coroneles, cuarteles enormes en toda Inglaterra y aliados en el mundo entero... Yo he visto muchas veces sus batallones desfilar á paso de carga por las calles londinenses. Un ruido enorme los precedía. Trompetas, tambores, cornetines, clarinetes, platillos... Detrás, perfectamente alineadas, venían una serie de inglesas altas y viejas, de apostura marcial, mostrando unas pantorrillas sin carne, con unos paraguas muy largos en la mano y unas plumas en el pelo, a manera de las que usan los salvajes para asustar al enemigo. ¿Quién osaría disputarle una parcela de cielo a tan aguerridos soldados? Yo no lo he intentado nunca. Al paso del Ejército de Salvación me he refu-

giado siempre en el quicio de una puerta, y me he dicho:

—Estos ingleses, después de apoderarse de los mares y de la tierra, se nos apoderarán también del cielo.

Yo ya me imagino lo que será el cielo en manos de los ingleses. A las ocho y media, los bienaventurados tomarán el *break-fast:* un huevo con jamón, pescado frito, te o café, pan y manteca; a las doce el *lunch: roast-beef* frío, ensalada de remolachas, *puding* y queso; a las cinco, te con pastas; a las siete, el *diuner:* sopa o pescado, *roast-beef* caliente, *puding* y queso. Todos los bienaventurados se pondrán el *smoking* para cenar. No se podrá fumar en el comedor. De vez en cuando se organizarán *gardens-partys*. Se hará mucho *sport*. Por las noches habrá *soirés* musicales. Los domingos, supresión de todo espectáculo y prohibición absoluta del juego. Inútil añadir que todo estará cerrado a las doce y media de la noche.

Los ingleses destruirán todo el encanto de la divina morada. Que hablen los indios. Ellos también tenían poesía y leyendas.

Llegará uno al cielo y le obligarán a afeitarse el bigote. Los *policeman,* grandes, enormes, impasibles, no le permitirán a uno la menor infracción a las Ordenanzas del Municipio celeste. El cielo no responderá, en modo al-

guno, a esta descripción encantadora que hizo de él un gran escritor cien años atrás, esto es, antes de la dominación inglesa: «Se come de la mañana a la noche; las aves, asadas, vuelan aquí y allá, con la fuente de la salsa en el pico, y se sienten muy agradecidas cuando alguien las coge para comérselas; las tortas mantecosas crecen en el campo; por todas partes se deslizan alegres arroyos de *consomé* y de *champagne*, circundados de árboles, en cuyas ramas flotan blanquísimas servilletas; se come, se enjuaga la boca y se come de nuevo sin que el estómago experimente la menor fatiga. Se cantan salmos, se juega y se bromea con los tiernos angelitos, o se va de paseo a la verde pradera del Aleluya. Ningún dolor, ninguna molestia, ni aun cuando un transeunte os pisa los callos.»

En aquellos tiempos valía la pena de ir al cielo; pero ahora aquello será una especie de *bording-hause* inglés. El clima seguirá siendo agradable; pero el régimen alimenticio dejará mucho que desear.

BRITANIA, IRREDUCTIBLE SIEMPRE ANGLOSAJONES

La marca inglesa.—Siempre isleños.—Un inglés es un inglés.—Un español en París.—La Humanidad futura.—Ingleses y no ingleses.

Todos los productos de la industria inglesa se caracterizan por su aspecto *finised*. El inglés no deja nunca las cosas a medio hacer; cuando empieza una la acaba, y la acaba completamente, de tal modo, que una cosa acabada en Londres parece mucho más acabada que si la hubiesen acabado, por ejemplo, en París. Así, los objetos más insignificantes tienen aquí un aspecto rotundo y definitivo. Un paraguas francés, pongamos por caso, no es nunca completamente un paraguas; es un término

medio entre el paraguas y la sombrilla, y, generalmente, sirve para el adorno de las señoras o para la continencia de los caballeros. Aquel francés que, viendo el cielo nubarrado, dejó el paraguas en su casa temiendo que se le mojase, procedió con muy buen sentido. En cambio, un paraguas inglés está exclusivamente organizado para defender al hombre contra la lluvia, y es inútil que se pretenda darle otra aplicación. Los ingleses no sacan el paraguas nada más que cuando llueve o cuando presumen que puede llover.

Todas las cosas inglesas están perfectamente rematadas; pero ninguna lo está tanto como el inglés mismo. Un inglés es un inglés, y no podrá ser otra cosa. Aunque viva medio siglo en el Extranjero seguirá siendo inglés. Si tiene hijos fuera de Inglaterra, estos hijos serán tan ingleses como él. Si estos hijos tienen a su vez otros hijos, también saldrán ingleses. El inglés es un producto admirablemente irreductible.

Ahora estamos en verano. Los ingleses salen de Inglaterra y se van por ahí. Se van a España, a Italia, a Egipto; invaden las playas elegantes; recorren medio mundo. Examínenlos ustedes. Van vestidos de ingleses y se les conoce a la legua. Allí donde llegan se organizan en una colonia aparte y hacen una vida com-

pletamente inglesa. Por el día, juegan al polo, al *criquet*, al *lawn-tennis;* por la noche, al *bridge* y *whist*. A las cinco de la tarde toman su te. En Sevilla o en Granada, en San Sebastián, en Ostende o en Trouville, en El Cairo o en Constantinopla, están como pudieran estar en Oxford Street.

En todas las *villes d'eau* francesas hay una colonia extranjera; en ella se mezclan rusos, españoles, sudamericanos y jóvenes turcos; los ingleses no pertenecen nunca a la colonia extranjera de ninguna parte. ¡Extranjero! He ahí un término vago y genérico con el que nunca se podrá definir a un inglés. Un inglés, en cualquier país donde se encuentre, es mucho más que un extranjero: es un inglés. Así, en todos los balnearios de buen tono hay una colonia extranjera que comprende a gentes de todo el mundo, y una colonia inglesa que no tiene nada que ver con la colonia extranjera.

Los españoles, los franceses, los mismos alemanes llegan a cualquier lado y se adaptan. No hablemos de Tartarín, que se pone un fez y unos pantalones bombachos para desembarcar en Argel, donde ya nadie usa esas prendas. Yo he conocido aquí a alemanes que, después de algunos años de residencia, se han identificado completamente con las costumbres del país. Los he conocido también en Fran-

cia, igualmente identificados con el medio, a pesar de la hostilidad general que encuentran en él. El alemán se entrega, a la larga o a la corta, y eso que Alemania es grande, fuerte, rica y que tiene mucho orgullo. El inglés no se entrega nunca.

No. Nunca. Un inglés es un inglés. Está hecho para ser inglés y no puede ser otra cosa. Se es más o menos francés, más o menos español, más o menos alemán, más o menos ruso... En España nos decimos frecuentemente: «Yo soy muy español.» «Yo soy tan español como el que mâs.» «Usted es muy poco español.» Como ustedes ven, en esto del españolismo hay grados. Nuestros padres no han sabido nunca hacer las cosas completamente, y al hacernos españoles no nos han concluído. ¿De cuándo acá a un inglés se le ocurrirá decir que es muy inglés? Es inglés, como una bola es redonda. Lo es de un modo categórico. Es inglés definitivamente.

Un inglés solo, en un país extranjero, está en muy malas condiciones para la lucha, porque no sabrá nunca adaptarse al medio. En este sentido le ganará siempre el español, o el francés, o el italiano, o el ruso. Un inglés no sirve mas que para hacer de inglés, y en cuanto tenga que hacer de otra cosa sucumbirá. Esta inferioridad individual de los ingleses es,

sin embargo, la base de su gran superioridad nacional. ¿Qué importa que un inglés sucumba por adaptación? Así no se podrá decir que Inglaterra ha perdido carácter en ninguno de sus hijos.

Yo he visto en París cómo una porción de españoles se iban, poco a poco, conformando al medio, cómo comenzaban a ganar su vida, cómo llegaban a dominar las erres y cómo se les desarrollaba en el mentón una perilla de corte galo. Ya en plena posesión de la perilla y de la erre, que él sonaba a su gusto, con una perfecta seguridad, uno de ellos me dijo un día que había conquistado París.

—No—le contesté yo—. Es París el que le ha conquistado a usted.

Discutimos un rato.

—En fin. El caso es que yo me guardo el dinero de los franceses.

—Pero, a cambio de ese dinero, los franceses le compran a usted.

—Yo tengo una novia francesa.

—Esa novia le dará a usted hijos franceses. Su hogar de usted será un hogar francés.

Por último, le apostrofé su erre y su perilla, y le dije:

—Usted está completamente influído por Francia. Es usted como una parte de España que nos hubieran ganado los franceses.

Yo ya sé que estas cosas no se pueden evitar. Cada día las diferencias esenciales entre los pueblos irán siendo menores, por razón de estas causas:

Primera. La rapidez de comunicaciones.

Segunda. El intercambio comercial.

Tercera. La identidad de la cocina.

Cuarta. El intercambio de placeres (españolas en Montmartre, francesas en la Bombilla, etcétera).

Y llegará un momento en el que la Humanidad se dividirá en dos únicas clases: a un lado, la Humanidad propiamente dicha, y al otro, los ingleses, que seguirán en su isla comiendo *rosbif* y hablando inglés.

LA PROTECTORA DE ANIMALES

El león perjudicado.

Mister James Ambrose Tallon, domador de leones, ha estado a punto de entrar en la cárcel o de pagar una fuerte multa por malos tratos a un león. Parece que mister Tallon le dió al león un puñetazo en un ojo; la Sociedad Protectora de animales se ha indignado. ¡El pobre león! ¡Se necesita tener mala sangre para hacerle sufrir! ¡Con lo delicados que son esos animalitos...! ¿Qué persona de buenos sentimientos osaría hacerle daño a un león? ¿Es que el lector, encerrado con un león en una jaula, sería capaz de exasperarle? Seguramente que no. Le daría mucha pena...

Yo comparto con la Sociedad Protectora de animales ese sentimiento de piedad para los

leones de circo. Me da mucha lástima ver a uno de estos reyes de la fuerza que en sus últimos días tienen que ganarse la vida haciendo volatines. Un león de circo es para mí algo semejante a esos viejos demagogos españoles que, en el Congreso o el mitin, sacan todavía, de cuando en cuando, una cara feroz, circundada de barbas, y rugen de un modo espantoso. El domador, o el jefe del Gobierno, hace restallar el látigo. Hay un estremecimiento en la galería. Sin embargo, los acostumbrados a este espectáculo no nos dejamos emocionar fácilmente. Sabemos muy bien que el peligro no es tan grande y que el trabajo del domador no tiene tanto mérito. En los tiempos de su romántica juventud, los leones que ahora vemos en el circo, y los demagogos que contemplamos en el Congreso, rugían tal vez con espontaneidad. Actualmente rugen por principio, y lo más probable es que alguien les ayude entre bastidores soplando en un tubo de quinqué.

Una corrida de toros es un espectáculo mil veces superior al que nos ofrece un domador en la jaula de los leones, porque los toros no están domados. Cuando en Francia se hacían corridas de toros, con prohibición de la última suerte, los toros y los toreros iban juntos de Plaza en Plaza y se conocían entre sí a las mil maravillas. El toro sabía tanto como el torero,

y muchas veces, engañado por un toque de corneta, hacía antes de tiempo todos los gestos del toro que recibe un par de banderillas. Aquellos toros embestían sin convicción, y seguían las capas porque sabían que a eso estaban; pero sabiendo perfectamente que detrás de la capa no iban a encontrarse al torero. ¿Qué emoción puede haber en una corrida así? Pues el trabajo de los domadores de leones es una cosa idéntica. Un león amaestrado no tiene interés alguno.

Si a un león de las selvas le dijeran que en Europa un hombre le había hinchado un ojo a otro león, y que la Sociedad Protectora de animales, en nombre del león maltratado, había llevado a los Tribunales al agresor, ¡qué rugido terrible acogería la noticia! Porque en las selvas, los leones todavía tienen vergüenza y desprecian completamente esta legislación británica, que les parece ridícula.

EL «GIN» EN LAS TABERNAS

Psicología británica.

De paso por una calle excéntrica entro en uno de estos bares que Poe llamaba «los templos del demonio *gin*». El demonio *gin* es pálido, flaco y sombrío, a diferencia de nuestro dios Baco, tan alegre, tan gordo, tan hablador y de una divinidad tan campechana. En la puerta, unos cuantos chicos andrajosos aguardan a sus madres, que beben dentro. Las que ya no pueden tenerse en pie, están sentadas sobre un banco de pino. En torno del mostrador, los parroquianos se disputan los taburetes. Todo el mundo está borracho y nadie dice una palabra, como no sea para pedir una consumación.

Yo me fijo en una muchacha, muy blanca y

muy rubia, que está sentada ante el mostrador, en un extremo de la sala. De cuando en cuando se hace rellenar su vaso y bebe. Tiene los ojos azules y puros, de una pureza ideal. Me acerco a ella y la oigo decir:

—*One gin, please.*

Y la voz es tan dulce, tan armoniosa, tan inocente, como lo sería la de una chica que pidiese agua.

¿Es posible que esta muchacha se emborrache de *gin* como un cargador de los docks? Porque no cabe duda de que está borracha, y si no lo estuviera, al paso que va no tardaría en estarlo. ¿Y esa mirada tan cándida? ¿Y ese aspecto angelical? Un viejo se acerca en esto a la muchacha y regatea un rato con ella. Al cabo de un momento salen juntos a la calle. La mirada de la muchacha es la misma.

Y es que esa muchacha es realmente cándida y engelical, aunque se entregue a un comercio innoble y a una bebida degradante. Esto no se ve más que en Inglaterra. En ninguna otra parte hay estos ojos ni estas almas.

Una muchacha inglesa confraterniza en un *public-house* con las gentes más abyectas del mundo. Bebe. Se emborracha. Oye proposiciones infames, y, si le convienen, las acepta. Sin embargo, esta muchacha no pierde nunca la pureza de su espíritu. ¿Es una inconscien-

te? Yo no trataré de explicarlo, porque yo mismo no lo entiendo. Es una inglesa, y nosotros no estamos organizados para comprender a las inglesas. Tal vez si al día siguiente se encuentra uno a la misma muchacha que salió del brazo con el viejo y le dice una cosa algo atrevida, ella quizá se escandalice, diciendo:

—*¡Schoking!*

Y, en este caso, se nos ocurra pensar que es una hipócrita. No. Se escandaliza sincera y profundamente.

Se puede llegar a entender el inglés en más o en menos tiempo; pero a los ingleses no los entenderemos nunca.

CONTRA LAS DE CAIN

Hay que hacerse ruso.

Resulta que no nos espera un gran porvenir con las inglesas casadas. Esto es tanto más lamentable cuanto que tampoco es muy halagüeño el que nos reservan las solteras. Una frase imprudente, como, por ejemplo, «yo estoy enamorado de usted», puede costarle a uno varios centenares de libras. O se casa uno o indemniza. Es admirable, ¿eh, señoritas de Caín?

Para poder divertirse un poco en Londres yo no veo mas que una solución: hacerse ruso. Los periódicos publicaron recientemente la historia de un ruso que se casó cinco veces en Inglaterra. Este ruso veía en la calle una muchacha que le gustaba, se iba a ella y le decía:

—¿Quiere usted casarse conmigo?

La inglesa creía, tal vez, que el ruso bromeaba; pero como estas bromas se cotizan aquí de un modo muy serio, ella le cogía la palabra.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, señorita.

De este modo el ruso se casó con una bailarina, con una vendedora de cacahuets, con una chica de un bar, con una enfermera y con una dactilógrafa. Ultimamente volvió a casarse en París, y sus cinco mujeres anteriores entablaron, por la vía diplomática, cinco peticiones de indemnización.

Todo fué inútil. Las autoridades rusas no le reconocen validez al matrimonio de ningún ruso como este matrimonio no se haya hecho ante un sacerdote de la religión ortodoxa. Gracias a esta circunstancia, los rusos pueden casarse a diario en Inglaterra con una perfecta impunidad.

Por eso me parece a mí muy conveniente en Londres hacerse ruso, ya que es completamente inútil hacerse el sueco. Aquí hay un exceso enorme de mujeres, y el Estado inglés es como uno de esos padres cargados de hijas incasables. Algo así como el señor Caín de los hermanos Quintero. Hay que colocar a las chicas de un modo o de otro. Se dan reuniones, se hacen *soirées* musicales, se invita a los jóvenes a tomar el te, se juega a juegos de prendas...

Y en cuanto el pobre extranjero se descuida, el Estado le coloca una delicada criatura de treinta y cinco o cuarenta años que parece un espárrago.

EL VERDADERO PELIGRO AMARILLO

Los mestizos aumentan.

La población de Cardiff ha lynchado a los chinos. Ha saqueado sus tiendas, ha incendiado sus casas. Si no existiese en Inglaterra un odio nacional contra los chinos, el pueblo no los hubiese tratado con tanta violencia por haber sustituído a los huelguistas en el puerto de Cardiff.

Los chinos son el peligro interior de Inglaterra. En Londres hay un barrio chino mucho más grande que una ciudad española. En Liverpool la población china asciende a un millón. En Cardiff el número de chinos es enorme. Los chinos se reproducen como una sarna en la piel suave de Inglaterra. No hay manera de exterminarlos. Allí donde quede un

chino, un solo chino, a la vuelta de veinticinco años habrá quinientos. Trabajan mucho, comen poco y se multiplican fabulosamente. De una cazuelita de arroz, un chino es capaz de sacar una nueva china.

Por donde pasan los chinos, la mano de obra se abarata y los salarios disminuyen. Su ocupación principal es el levado de la ropa. En Liverpool han casi monopolizado esta industria. Amarillos como son, sienten una inclinación especial a dejar blancas las prendas de uso interior. En Cardiff, los primeros establecimientos chinos que ha incendiado la multitud han sido los talleres de lavado.

La población de Cardiff, como la de Liverpool, acusa a los lavanderos chinos de especular clandestinamente con las inglesas pobres. Su industria, a lo que parece, no es muy limpia, por mucho jabón que inviertan en ella. El *London Magazine* dice francamente que los hombres amarillos se dedican a la trata de blancas.

Todo esto sería, sin embargo, *pecatta minútta*. Lo peor es que los chinos se muestran directamente de una peligrosa iniciativa con las inglesas. No. Aquí los chinos no se entretienen únicamente en lo que dice el chiste. Algunas inglesas se casan, y entonces empiezan a brotar mestizos en una proporción fabulosa.

Londres, Cardiff, Liverpool están llenos de mestizos. Este es el peligro: el peligro amarillo. Inglaterra va á perder sus hermosos colores.

Tantos esfuerzos como se han hecho para evitar la procreación de mestizos en las colonias británicas, y he aquí que los mestizos surgen, innumerables, en la propia isla de mister Jon Bull. ¡Ah, no! Hay que matar a los chinos. Hay que quemarlos. Que no queden ni las coletas...

Inglaterra es un pueblo muy limpio, y esta sucia invasión china le produce un efecto de repugnancia invencible, como si fuese una enfermedad de la piel. Las pomadas más violentas le parecerían dulces para curarse.

Y esto es lo que explica los lynchamientos de Cardiff.

AL HOMBRE NO LE GUSTA TRABAJAR

El dinero y la creencia.

—Yo no creo en las Bolsas de Trabajo, ni en el arbitraje industrial, ni en nada. Los políticos del socialismo prescinden siempre de una cuestión fundamental, que es ésta: al hombre no le gusta trabajar.

Estas palabras son casi increíbles en labios de un inglés. Es, sin embargo, un inglés el que las ha dicho, y un inglés de calidad: mister H. G. Wells.

Wells sigue siendo inglés, a pesar de haberse dedicado a hacer novelas de imaginación. Su fantasía es puramente científica. La ciencia que aherrojaba la imaginación de Julio Verne es la base de todas las imaginaciones de Wells; Wells sueña como pudiera hacerlo un boticario

genial. Como sociólogo, Wells ha dado brillantes pruebas de su talento y de su buena fe. Ha pertenecido, durante muchos años, a la Sociedad Fabiana, y ha escrito libros verdaderamente admirables. Entre ellos figuran las *Anticipaciones, La utopia moderna, La Humanidad en formación* y *Primeras y últimas cosas.*

Pues Wells no cree que se pueda resolver la cuestión social aumentando el salario del obrero, ni disminuyendo sus horas de trabajo, ni suprimiendo el alcohol, ni asegurándole a toda la clase obrera un empleo constante en talleres del Estado, ni instalando a cada trabajador en una casita con jardín. No. «El hombre odia el trabajo—dice Wells—, y ésta es toda la cuestión.» «Después del reposo semanal—añade—, innumerables millones de personas experimentan la angustia intolerable de tener que volver a uncirse al yugo. El obrero está horripilado de su trabajo. Le repugna el hacer cosas en las cuales él no tiene ningún interés particular: rieles para los caminos de hierro del Perú, tejidos para el Congo o ladrillos para un nuevo inmueble de los bulevares. ¿Qué se le importa a él de todo eso?»

Wells no cree que el trabajo lleve en sí su recompensa y que haya que amar el trabajo por el trabajo. Todas esas cosas le parecen sofismas y tonterías. «El hombre es vago.»

El hombre, y también el inglés. Que el español era vago, lo sabíamos todos. La vagancia les hacía aparecer como una degeneración de la Humanidad. Pues no. La vagancia es un instinto humano. Al hombre le aterra el tener que trabajar. Supongamos que llegue una época en la cual no tenga que trabajar mas que una hora diaria. Pues en esa misma época trabajará de mala gana, hará huelgas, pedirá una reducción en la jornada y un aumento de salario. «Porque—dice Wells—el obrero no sabe establecer el diagnóstico preciso de su caso y expresa su descontento en exigencias inadecuadas.»

La declaración de Wells es desoladora. ¡Adiós utopia! ¡Adiós futura ciudad del Buen Acuerdo! Destruído el principio de que el trabajo ės una necesidad fisiológica, todo lo demás se viene a tierra. Los hombres seguirán trabajando a disgusto, o bien dejarán de trabajar y se irán a España, donde el genio de la pereza ha levantado templos tan maravillosos como la Alhambra de Granada.

Porque Wells tiene razón. El trabajo es una cosa muy desagradable. Cuando los he necesitado, yo he encontrado argumentos para justificar mis faltas de asiduidad en el trabajo. Frecuentemente, estos argumentos me han convencido a mí mismo. Algunas veces, sin embargo, en la

soledad de mi alcoba, con un calcetín en una mano, después de reflexionar largamente, he tenido un rasgo de valentía, y me he dicho:

—Lo cierto es que yo no soy un prodigio de actividad.

Y animado por esta primera declaración, ante la cual yo había bajado la cabeza, como un hombre que empieza a increpar a otro y ve que el otro se achanta, he añadido:

—Decididamente, yo soy un vago.

Wells habla de los grandes ideales, que pueden constituír motivos de trabajo. «Cuando el hombre trabaje por una creencia.» No nos engañemos con una nueva mentira. El único móvil del trabajo es el dinero. El hombre es un vago que no quiere hacer absolutamente nada.

LOS BARBEROS BRITÁNICOS SON TAMBIÉN VERDUGOS

El barbero francés.

Heine habla de un barbero de Londres que, mientras le jabonaba la cara, despotricaba ferozmente contra lord Wéllington; el barbero pasaba su brocha por las mejillas del poeta «con una espuma de rabia».

—¡Ah!—decía—. Si yo le tuviera debajo de mi navaja como le tengo a usted...

Por fortuna, este tipo de barbero no abunda en Londres. El barbero inglés carece, en general, de opiniones políticas, y cuando le da a usted jabón, no es ni rabiosamente, como el barbero de Heine, ni tampoco a la manera aduladora de los barberos franceses. El barbero

inglés es rápido y serio. Coge la cabeza del parroquiano y no se preocupa absolutamente nada por lo que puede haber dentro de ella. Le jabona en dos brochazos, le afeita en dos pases de navaja y le alisa el pelo en dos golpes de cepillo. Es bien inglés el barbero inglés. Para él, una cabeza no debe distinguirse de otra. El barbero inglés cogería la cabeza de un poeta español y, en dos minutos, la dejaría igual a la de un negociante inglés. El se encarga de igualar por fuera las cabezas que la educación ha igualado ya por dentro; esta tarea del barbero inglés es tan importante, que, sin él, no sería completa la uniformidad británica.

Comparen ustedes este tipo de barbero con el barbero francés. Todos los franceses son un poco barberos en el fondo, y los barberos profesionales son admirables. Yo creo que son barberos por naturaleza, y así me explico que se llamen artistas barberos. En sus maneras y en sus palabras hay algo jabonoso. Cogen con gran cuidado la cabeza del cliente y la interrogan poco a poco. Luego, según las declaraciones políticas o estéticas de la cabeza en cuestión, ellos le arreglan los cabellos de una u otra manera. Usted puede hacerle sin recelo entrega provisional de su cabeza a un barbero francés. El barbero francés respeta

siempre la autonomía de las cabezas que le confían sus clientes. El sabe que unas cabezas son conservadoras y otras revolucionarias; que unas gustan de caracterizarse por medio de una perilla y otras por medio de una mosca. Así, no contraría nunca ni las ideas ni los peinados de sus clientes. *¡Vive la liberté, quoi...!*

¡Ah, barbero francés! Barbero alegre y exuberante. Eres un poco pegajoso, como el cosmético. Haces elocuencia como haces espuma de jabón. Resultas insoportable; pero, en fin, el barbero debe ser un poco insoportable. ¿Qué es esto de unos barberos serios y silenciosos, que cogen una cabeza humana sin demostrarle interés ninguno, que la mondan y la dejan como si fuese una bola?

Barberos así, yo estoy seguro de que no los hay mas que en Inglaterra, el país donde a ninguna cabeza le es lícito distinguirse de otra ni por las opiniones ni por los cabellos. Cuando la ejecución de Crippen, los periódicos publicaron el retrato de un barbero inglés, que es verdugo al mismo tiempo que barbero. Este barbero ahorca las malas cabezas como alisa los cabellos rebeldes, todo ello para la buena armonía del Imperio británico. En realidad, su oficio de verdugo no es mas que un complemento de su oficio de barbero. De ordinario, él se encarga de uniformar las cabezas de su

clientela, y si por casualidad una de ellas es irreductible, entonces el barbero la suprime. No debe haber cabezas independientes en Inglaterra. Todas deben aceptar las mismas leyes y el mismo cosmético.

¿Comprenden ustedes ahora por qué son tan serios los barberos ingleses? Pues porque todos ellos son un poco verdugos.

UNA ESCUELA DE ESPERANTO

Mister Harvey, óptico.—Venga usted a mi casa.—Lo que pretende un polaco.—La mosca, la cerveza y los bebedores.—El idioma común y el sentimiento diverso.

Mister Harvey tiene un taller de óptica y relojería en Blackerfrias, al Sur de Londres, un barrio obrero lleno de *restaurants* baratos. Yo conocí a mister Harvey en Hyde-Parck, donde me quedé solo oyéndole pronunciar un discurso de propaganda esperantista. Aunque mister Harvey se esforzaba en creer que tenía un gran público, acabó por venir a la realidad, y, descendiendo de la silla, abandonó el tono oratorio. Me dió gracias por el interés que yo había demostrado al escucharle, y yo no me atreví a decirle que era que no le entendía.

—Venga usted a mi casa—me dijo—. Allí se reúne todos los lunes un grupo cosmopolita de esperantistas. Se podrá usted hacer algunas relaciones interesantes.

Mister Harvey es un inglés muy alto y muy delgado. Usa una barbita en punta que comienza a ser gris, y lleva unas gafas sujetas a las orejas. Tipo de grabador, de relojero o de iluminador de postales. Detrás de la tienda tiene una salita con una gran mesa, diez o doce sillas diferentes, un sofá cojo y una hija insignificante. Su señora, pequeña, regordeta y vivaracha, va y viene entre la tienda, la sala y las otras habitaciones de la casa.

El relojero esperantista me presentó primero a su señora y su hija, y luego una de las sillas que le merecían más confianza.

—Es un poco temprano—me dijo—; pero no tardarán en venir los camaradas. Hay uno que vive arriba. Es un doctor polaco, muy popular en el barrio. Voy a llamarle.

El doctor polaco me saludó en esperanto. Hombre pequeño y mal vestido, genio vivo, buena voz. Tiene una cabeza muy gorda y lleva el pelo rizado. Cuando canta, apoya la cabeza en el hombro izquierdo, se pone una mano sobre el corazón y ladea el cuerpo acompasadamente, de una manera muy ridícula. Sus dos grandes pasiones son la Humanidad y la músi-

ca italiana. Se llama Herchieff. Me destrozó una mano en una forma perfectamente cordial y me cantó un trozo de *Carmen:* «*Toreador, toreador...*» Luego me habló de la Humanidad y mandó pedir unas botellas de cerveza.

A todo esto empezaron a llegar esperantistas. Conocí a un periodista holandés, de edad indefinible, con el pelo rubio, de un rubio cáñamo, casi blanco, la mirada incolora y un hilito de voz muy tímida; a un fotógrafo francés, muy enfático, y a una señorita danesa con anteojos. Había unos cuantos esperantistas ingleses sin personalidad ninguna. El doctor polaco hizo traer más cerveza. Observé que ningún esperantista se podía expresar en esperanto. El esperanto se producía por sí solo, de la mezcla de tantos ingleses distintos.

—Una sola patria. Un solo idioma. ¡Viva la Humanidad!—gritaba el doctor polaco.

Y acto continuo se llevaba la mano al corazón y dejaba caer la cabeza sobre el hombro izquierdo.

—Voy a recitarles a ustedes una fábula en esperanto—dijo mister Harvey—. Mi hija la irá traduciendo al inglés.

Mister Harvey se levantó y comenzó a declamar con muchos gestos. Su hija traducía. A mí me hacía mucha gracia el ver que se utilizaba

un idioma tan difícil como el inglés para explicar el esperanto.

—En torno de una mesa están sentados...—decía mister Harvey.

—(En torno de una mesa están sentados...)—traducía su hija.

—Un inglés, un francés, un español...

—(Un inglés, un francés, un español...)

—Un alemán, un ruso y un chino.

—(Un alemán, un ruso y un chino.)

—Cada uno tiene delante un vaso de cerveza. Hace mucho calor. Una mosca cae en el vaso del inglés. Otra mosca cae en el vaso del francés. Otra mosca cae en el vaso del español. Otra mosca cae en el vaso del alemán. Otra mosca cae en el vaso del ruso y otra mosca cae en el vaso del chino.

Mister Harvey hace una pausa y apura su propia cerveza, en la que no ha caído ninguna mosca. En seguida continúa:

—El inglés va a beber y se encuentra con la mosca; coge su vaso, vierte la cerveza y se lo da al camarero para que le traiga más cerveza. El francés, al ver una mosca en su vaso, se pone frenético; jura, da gritos y no hace nada. El español mira su mosca, hace un gesto desdeñoso, se cala el sombrero y abandona el lugar con mucho orgullo. El alemán retira la mosca de su vaso y se bebe la cerveza tranquila-

mente. El ruso se bebe la cerveza y la mosca. Por último, el chino coge la mosca con los dedos, la contempla un instante y se la come. Luego apura la cerveza.

Mister Harvey recita y acciona imitando la cólera del francés y el orgullo del español de una manera muy cómica. Su señora se muere de risa. Al final, todo el mundo aplaude.

—¿Ve usted—le digo yo al relojero—, cómo el sueño de los esperantistas es una quimera? Aunque todos los hombres tengamos un idioma común, las moscas nos inspirarán siempre sentimientos distintos.

Nos ponemos a discutir estos sentimientos. Yo elogio el desprecio magnífico del español.

—Ese gesto que usted ha descrito en esperanto, mister Harvey, y que su hija de usted ha traducido al inglés, ha hecho reír a estos señores, como si careciera en absoluto de trascendencia, y, sin embargo, ese gesto es toda España. Es una lástima que usted lo haya reproducido con un hongo inglés. Los hongos ingleses carecen de arrogancia.

—Pero ese gesto es absurdo—interrumpe la señorita danesa—. La medida del inglés es la más práctica de todos.

—Perdone usted, señorita. En punto a medidas prácticas ninguna lo es tanto como la del chino.

—¡Oh! *¡Shocking!*—exclaman los ingleses.

—*Shocking*, pero práctico. Ustedes tienen el sentimiento de la limpieza, como nosotros tenemos el de la hidalguía; pero para práctico nadie como el chino.

—¿Y el alemán? ¿Qué me dicen ustedes de ese sucio alemán?—pregunta el fotógrafo francés.

Más o menos, todas las actitudes de los bebedores parecen lógicas, menos la del francés. El fotógrafo se enfada y grita.

La verdad es que la fábula de mister Harvey tiene cierta gracia. Con ella se podría hacer un gran artículo de fondo sobre la cuestión de Marruecos.

Se pasa a hablar de otras cosas. El doctor polaco nos lleva a su casa, encima de la relojería. Mientras la señorita danesa toca el piano, él canta. Un inglés me dice que el doctor es un loco muy divertido.

—¿Y mister Harvey?

El inglés tuerce el gesto.

—Es que cuando en una reunión cosmopolita hay alguien que está loco, si es un compatriota de usted, a usted no le hace mucha gracia.

La reunión se prolonga hasta media noche. Yo salgo cargado de papeles esperantistas y

subo a la imperial de un ómnibus, con un vago sentimiento de tristeza por carecer de ilusión bastante para creer en el esperanto y en la Humanidad.

EL ARTE DE LA INTERVIÚ

El calor y la actualidad.

Los periódicos de Madrid se quejan, simultáneamente, del exceso de calor y de la falta de asuntos. «Ha llegado el verano. No pasa nada.» En el invierno tampoco pasa nada; pero hay la política. Los periódicos españoles viven de la política, como la mayoría de los ciudadanos. Ahí los periódicos no hablan mas que de política, y las gentes tampoco. En cuanto dos españoles se reúnen ya están hablando de política. Todos los españoles son políticos, y esta es, probablemente, la causa de que España esté tan mal gobernada. En el verano se acaba la política, y es como si se acabara el mundo.

Se habla de la elocuencia española como de una cosa meridional, efecto del sol que enar-

dece los espíritus, y, sin embargo, toda esa elocuencia se produce durante los meses de invierno. El sol no influye casi nada en la vida española, y los periódicos lo demuestran bien a las claras. Treinta y cinco grados de calor, y los periodistas madrileños se pasan meses y meses aguardando un crimen pasional. Los periodistas, sin embargo, no pueden dirigirle reproche ninguno a los criminales, porque los criminales les dirían:

—¿Que no hacemos nada? Inventen ustedes. ¿Cómo quieren ustedes que el sol nos enardezca la sangre cuando no ejerce el menor influjo en la imaginación de los periodistas?

Con un verano tórrido, y en España, ni ocurre nada ni se inventa nada. Los extranjeros, sin embargo, seguirán hablando de España como de un país meridional, de imaginación exuberante y de pasiones avasalladoras. Que vean los periódicos. Los periodistas persiguen a los políticos en sus residencias de verano y les colocan delante una línea de puntos suspensivos:

—«¿...?»

—«Sí. Las circunstancias actuales...»

—«¿...?»

—«Indudablemente. Yo entiendo...»

Por mi parte, yo sé que en la mayoría de estas interviús al político no se le ocurre nada,

y es el periodista quien lo dice todo. Así, me parece que sería mucho más justo poner en puntos suspensivos las respuetas del político:

—«¿No le parece a usted que en las circunstancias actuales...?»

—«...»

—«Porque, indudablemente, ustedes, en esta situación política, no pueden menos de...»

—«...»

Los franceses, de cuyo Mediodía son proverbiales la fantasía y la exageración, le llaman a España el *midi* et *demi*. No. *Midi moins quart* más bien. Y si entiende la palabra *midi* como hroa de comer, nadie más lejos del *midi* que los españoles.

CLEOPATRA EN LONDRES

La idea de ser uno de tantos.

El *Daily Mail*—8 de Agosto—publica una lista de los objetos que se van a colocar bajo el obelisco de Cleopatra, en el Tkames Embankment.

Factura de los gastos originados por la traslación del obelisco.

Diversos productos industriales.

Monedas inglesas.

Monedas indias.

Una traducción de los hieroglifos del obelisco.

Un estandarte.

Un retrato de la reina Victoria.

Biblias en varios idiomas.

El Pentateuco en hebreo.

La Guía de Londres.

El almanaque Whifakers.

Traducción de un trozo de San Juan en 215 idiomas.

Una guía del camino de hierro de Bradshavo's.

Una navaja de afeitar.

Una caja de cigarros y pipas.

Un bote de horquillas para el pelo.

Otro con varios artículos de *toilette*.

Una fiambrera con provisiones alimenticias.

Juguetes.

Un mapa de Londres.

Fotografías de mujeres bonitas.

Un par de patines.

No falta más que un ejemplar de los viajes morrocotudos de Pérez Zúñiga. Esta omisión, sin embargo, es perfectamente disculpable, dada la poca popularidad de que el ilustre humorista disfruta en Inglaterra. Dentro de mil ó de dos mil años, los hombres que se encuentren los objetos depositados bajo el obelisco de Cleopatra se formarán una idea bastante completa de los actuales londinenses. Verán, por el par de patines, que eran aficionados al *sport*, y por la caja de juguetes, que tenían un espíritu infantil. Comprenderán que se afeitaban a menudo y que su lectura predilecta era la Biblia. Lo que no podrán comprender es que

comiesen esa porquería de *roast-beef*, pero la fiambrera no les dejará ninguna duda de que, en efecto, lo comían.

A propósito de la estatua de Cleopatra, el otro día se lamentaba un escritor de las pocas estatuas que hay en Londres. Es que éste es un país opaco. Las estatuas necesitan un cielo muy alto y un aire muy transparente. Es inútil ser grande hombre en Inglaterra: si le levantan a usted una estatua, la niebla la hará invisible. Además, un inglés no debe ser un grande hombre. Nunca más grande que los otros, a fin de no destruír la uniformidad colectiva. En otras partes, las estatuas sirven de estímulo a los ciudadanos, para destacarse del anónimo. Aquí el anónimo es la fuerza principal, y distinguirse, sobresalir, hacer cosas grandes, constituye casi un crimen. En España, en Francia o en Italia, los mancebos de botica, los estudiantes de latín y los dependientes de mercería, descabezan de cuando en cuando sueños heroicos. Sueñan con escribir grandes poemas o con ganar grandes batallas para asombrar al mundo. Pues un adolescente inglés, cuando se siente muy seguro de sí mismo y con una gran ambición, sueña que es un ciudadano como los otros, que no hace nada contrario a las leyes ni a las costumbres, que no se diferencia de los demás y que contribuye, como todos, a la

buena armonía del Imperio británico. Son ideas de país de nieblas.

En Trafalgar Square, en torno de la columna de Nelson, hay un pedestal para una estatua ecuestre, que debe hacer *pendant* con otra. Los años pasan y el pedestal sigue vacío. A nadie se le ocurre conquistarlo, aunque sólo sea para simetría de la plaza.

¡Y pensar que en París los grandes hombres entorpecen la circulación de los pequeños, que un *Botín* de hombres ilustres abultaría más que el *Botín* de los ciudadanos vulgares y que hay que mandar las estatuas a las fortificaciones para que no dificulten el tráfico de las calles céntricas...! Allí todos son grandes hombres, y hacen bien. Aquí no hay grande hombre ninguno. El resultado es el mismo.

GUERRA CONTRA LAS MOSCAS

Una heroína de ocho años.

El amigo Pickwick—*How are yon mi dear Pickwick*—recordaba el otro día, con una vaga nostalgia, aquellos tiempos en que los periodistas españoles, a falta de otros asuntos, podían emocionar a sus lectores hablándoles de la serpiente de mar. «La serpiente de mar ha muerto, y nosotros la hemos matado»; pero hay todavía muchas bestias feroces en el mundo: por ejemplo, las moscas. ¿Por qué no hablan ustedes de las moscas? Los periódicos yanquis han iniciado contra ellas una campaña implacable, y los periódicos ingleses la han secundado. Las moscas son el vehículo más importante de todas las enfermedades contagiosas. «Matad a las moscas—dicen los periódi-

cos—, si no quereis que las moscas os maten a vosotros.» Los periódicos ingleses parecen papeles matamoscas. Publican contra las mosças toda clase de artículos ilustrados con fotografías ampliadas en una proporción gigantesca, y organizan concursos para premiar a los chicos que maten un mayor número de moscas. Hasta los periódicos más templados piden la guerra a las moscas, y periodistas muy sesudos, que tratan todas las cosas con una perfecta ecuanimidad, manifiestan con respecto a las moscas una virulencia terrible. Esto se debe, probablemente, a la calvicie de esos señores periodistas. Las moscas aman las calvas, como otros bichos aman las melenas, porque estos bichos son líricos y las moscas son sabias. Yo he trabajado mucho tiempo en una redacción frente a un hombre lleno de ciencia: las moscas le asediaban tenazmente, y una vez me aseguró que el aguijón de una de ellas le había llegado hasta el cerebro.

—Debe ser una mosca joven—le dije yo—que esté estudiando economía política.

La guerra contra las moscas, iniciada por los periódicos ya ha trascendido al público. Comienzan a constituirse Sociedades contra las moscas, y los ingleses le preguntan a uno si es amigo o enemigo de las moscas. En Hyde-Park, los oradores claman contra las moscas.

Los carteros inundan las casas de proclamas incitando al exterminio de las moscas. ¡Abajo la mosca!

Una niña de ocho años ha matado este verano tres mil moscas, y los periódicos publican su retrato como el de una heroína. La criatura sonríe dulcemente después de tan horrible matanza, como si no hubiese cometido crimen ninguno. Yo no experimento la menor simpatía hacia ese prodigio insecticida. Me lo imagino con las manos tintas en sangre de moscas, y esto me repugna. Yo no me dedicaría nunca a matar moscas, y no por piedad hacia ellas, sino por decoro de mí mismo. A un inglés matamoscas se lo dije el otro día.

—Me resulta mucho más noble matar toros que matar moscas. Yo le parezco a usted un monstruo de crueldad porque defiendo las corridas de toros. Pues, en cambio, estas matanzas de moscas me horripilan.

Es decir: a mí me gustaría la supresión científica de las moscas, pero me repugna el que se las aplaste o se las decapite. Yo también odio a las moscas. Las profeso un odio personal más que científico. Lo de que propaguen gérmenes morbosos es secundario para mí. Ante todo me indignan sus picaduras. Yo considero a la mosca como un bicho de mala in-

tención que se goza en irritarle a uno y en ponerle en ridículo haciéndole dar bofetadas al aire. Soy capaz de pedir contra ellas el veneno, pero no creo que la sociedad debe mancharse las manos en sangre de moscas.

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Los ingleses convertidos en postes.

He pasado unos días de campo en casa de mistress Watts, a orillas del Támesis. A mistress Watts le parecía que yo me levantaba muy tarde y que no disfrutaba de las mañanas.

—Es usted un dormilón—me decía.

—Yo no duermo, señora. Trabajo. Hago sueños para escribir artículos.

—Muy gracioso. Y, ¿con qué sueña usted? ¿Con el amor o con la justicia?

—Por el momento sueño con los ingleses.

—Mal hecho. Debiera usted soñar con las inglesas.

—Es muy peligroso. Imagínese que sueño en voz alta y que un padre o un marido me oye...

Yo no estoy dispuesto a pagar quinientas libras por un sueño, sobre todo cuando la realidad es tan barata.

—Pero, ¿cómo puede usted soñar con los ingleses? Puesto que es usted español, yo le creía a usted un poco poeta.

—Los ingleses, señora, han sido siempre una pesadilla para los poetas españoles.

—En fin, ¿quire usted decirme lo que sueña usted de los ingleses?

—Sueño cosas muy razonables, señora. Anoche he soñado que llegaba a los docks un barco español, y que este barco comenzaba a cargar ingleses: unos ingleses muy duros, muy altos, muy secos, que parecían palos. Los estibadores iban apilándolos en la bodega, en sentido horizontal. Terminada la cargazón, el barco partía. Luego llegaba a un puerto español y descargaba. Me acuerdo de unos obreros que trataron de levantar a un inglés cogiéndole por ambos extremos. El inglés no se cimbreaba. —¡Cuánto pesa!—dijo un obrero—. ¡Esto sí que es sólido!—añadió otro—. Luego, en una carretera, unos hombres provistos de palas, azadones y picos, iban haciendo hoyos a distancias iguales, y otros hombres sacaban los ingleses de un carro y los plantaban en aquellos hoyos. Los ingleses se quedaban allí muy tiesos, muy serios y muy correctos. Entonces

comprendí que los españoles habían decidido utilizar a los ingleses como postes de telégrafo; ya ve usted si mi sueño era razonable. Una vez plantados los ingleses en dos filas a lo largo de la carretera, los obreros se encaramaban a ellos y les pasaban un alambre muy gordo por las orejas. Yo no sé cuántos años abarcaba mi sueño. Ello es que llegué a ver a España cubierta por una red telegráfica a la que servían de postes los ingleses; y esto me pareció muy bien; porque en España las comunicaciones telegráficas escasean de un modo lamentable. Mister Watts estaba en el kilómetro 20 de la carretera de Segovia. Nadie mejor que usted conoce su carácter inflexible y su escrupulosidad en los negocios. Era uno de los postes más firmes de toda la red. Usted lo echaba de menos y comenzó a ponerle telegramas para que volviese a Londres. ¿Y su trabajo? *Business ist Business*... Los telegramas de usted le entraban a mister Watts por un oído y le salían por el otro. Desolada, usted corrió a la carretera de Segovia, kilómetro 20. Mister Watts estaba allí, tan digno como de costumbre. Usted le abrazó; pero mister Watts permaneció inconmovible. Ningún otro poste podía jactarse de un mayor dominio de sí mismo. ¡Qué dignidad! ¡Qué *self control* tan admirable! Entonces usted se puso a decirle cosas; pero mister Watts

no respondía. —¡Mírame! ¡Háblame!—le gritaba usted. Y un peón caminero que pasaba por allí exclamó: —Pero, ¿no ve usted, señora, que es un poste?— Por último, usted se enderezó sobre las puntas de los pies y aplicó su oído al pecho de mister Watts. Usted quería ver si estaba vivo o muerto. No lo averiguó usted. Oyó un ruido especial, y usted no supo nunca si era el corazón de mister Watts o si era más bien la vibración del hilo telegráfico.

Mistress Watts acogió la narración de mi sueño con una gran indulgencia, si bien lo encontró un tanto irrespetuoso.

—¿Y hace usted artículos con esos sueños?—me preguntó.

—Sí, milady. Yo sueño para un periódico diario de Madrid.

—Se van a formar allí una idea muy extraña de los ingleses. De vez en cuando debiera usted hacer un sueño un poco romántico.

—¿En una cama inglesa? Es muy difícil. Sin embargo, a veces me duermo del lado del corazón, y sueño.

—¿Qué sueña usted?

—Estupideces, señora. Nada más que estupideces. Son sueños aburridísimos. No me los tomarían en ningún periódico, ni aunque los pusiera en verso.

CARRASCOSA EN LONDRES

Un profesional de los viajes.

Ayer, paseándome por Picadilly, me encontré al gran Carrascosa.

—¡Hombre! ¡Usted por aquí!

Esta sorpresa no fué muy del agrado de Carrascosa, que es un hombre cosmopolita y que ya había venido anteriormente a Londres. Carrascosa aspira a ser encontrado sin emoción ninguna en los lugares más importantes del mundo, como si su presencia en éstos fuese la cosa más natural.

—¡Psh! ¡Aquí me tiene usted! El mundo es pequeño.

El mundo es pequeño para Carrascosa. Le pregunté qué hacía, dónde se hospedaba, etcétera. Carrascosa está muy ocupado. «Hotel

Cecil»—dijo con un gran énfasis. Hace un año, Carrascosa se ha disgustado con el *Savoy*, y por eso se hospeda ahora en el *Cecil*. Carrascosa no tiene queja del *Cecil*. Buena cocina, amabilidad, *confort*...

—El *Cecil* es grande...

El *Cecil* es grande y el mundo es pequeño.

—A ver si nos vemos—dice Carrascosa—. Mañana...

Mañana Carrascosa no se pertenece. Unos amigos antiguos le han retenido. Tal vez por la noche... En obsequio mío, Carrascosa, que tiene tantos compromisos en Londres, se quedará libre por la noche y me llevará a alguna parte.

Carrascosa es un hombre de mundo. Yo también. Por eso le gusto a Carrascosa. Ese Madrid es una porquería. Hay que salir fuera, como Carrascosa y como yo. ¿Para qué? Probablemente Carrascosa no sabe para qué; pero él está convencido de que hay que salir fuera, y como yo he salido fuera, por eso le inspiro cierta consideración a Carrascosa. Carrascosa es un hombre admirable en el acto de pedir una consumación o de llamar un coche. Se advierte en seguida que ha pedido una consumación y que ha llamado un coche en otras épocas de su vida. ¡Qué seguridad! ¡Qué gesto! ¡Qué dominio de la situación!

He pasado una noche con Carrascosa y lo he dejado entregado a sus numerosas ocupaciones. Carrascosa no tiene más que tres o cuatro días que pasar aquí. Asuntos de gran urgencia le aguardan en París. Uno no es dueño de sí mismo. Sobre todo, cuando se llama Carrascosa.

Cuando Carrascosa entró en el gran *hall* del *Cecil*, mi admiración le seguía. Carrascosa es un hombre de gran hotel, de tren de lujo y de trasatlántico. Probablemente, si se le da una edición curiosa de algún libro notable, Carrascosa no sabrá estimarla. En cambio, ¡hay que verle coger una guía de ferrocarriles! Carrascosa es uno de esos hombres que uno encuentra en el tren y con los que consulta todas las dudas del itinerario, en la seguridad de que conoce perfectamente la línea. Si un día Carrascosa llegase tarde a la estación o se le extraviara una maleta, se consideraría completamente desprestigiado. Por fortuna, esto no le ocurrirá jamás. Carrascosa sabe desenvolverse, ha visto mundo, ha salido fuera.

LA SENSIBILIDAD DE LOS INGLESES

La fuente de los dolores.

Yo he conocido a un ciego que era un hombre feliz. Era feliz precisamente porque era ciego, y no a pesar de serlo, y esto es lo importante del caso. De aquí no voy a deducir que para hacer la felicidad de los hombres haya que vaciarles los ojos. Sin embargo, como procedimiento político, éste no sería ni el más doloroso ni el más disparatado. En Francia, los fabricantes de *foiegras* le saltan los ojos a los patos, y los patos engordan de una manera fabulosa. Tal vez resultase menos cruel cerrarnos los ojos de lo que resulta el abrírnoslos, ya que entre los hombres y los patos la diferencia apenas si existe.

El ciego de que yo hablo era feliz por limi-

tación. No conocía muchos placeres, y por eso ignoraba muchos dolores. El mundo visible no existía para él. Su sensibilidad era más pequeña que la nuestra. Vivía tranquilo, con una mujer gorda, perfectamente insoportable para un hombre que pudiese verla, y de cuando en cuando se entretenía tocando la ocarina. Yo les aseguro a ustedes que aquel hombre disfrutaba toda la felicidad que se puede obtener en la calle de Jacometrezo, que era donde habitaba.

La felicidad inglesa es muy parecida a la felicidad de aquel ciego. Los ingleses tienen también muy limitada su sensibilidad. Carecen de paladar y de corazón. Desconocen los placeres de la mesa y los de otros componentes de su mobiliario. Comen por necesidad y aman por higiene. Que un plato esté mejor o peor condimentado, lo mismo les da, con tal que les nutra. Que una mujer sea más o menos agradable, el caso es que sea mujer. Desde la invasión romana hasta nuestros días, los ingleses han tomado sin sal ni pimienta sus patatas y sus señoras. No se divierten, pero no se aburren. No gozan, pero no sufren.

—Pero entonces—puede objetarme alguien—, entonces, en vez de ser felices deben ser muy desdichados.

Y si no fuera por temor de hacer el ridículo,

yo contestaría esta supuesta interrupción con las palabras del Eclesiastés: «Quien añade ciencia añade dolor.» Cada nueva conquista del progreso es una nueva fuente de dolores. A medida que refinamos y que extendemos nuestra sensibilidad, aumentamos nuestras desgracias. El hombre es más desgraciado que el mono, y el poeta lírico más que el tendero de comestibles, y el vidente más que el ciego, y el italiano más que el inglés.

El inglés ha hecho conquistas industriales, pero su emotividad ha permanecido estacionaria. ¿A cuántos placeres es insensible el inglés? Pues por cada uno de esos placeres pongan ustedes un infinito de dolores. La felicidad no es, como la representan muchos artistas, una figura estática del placer. No. Uno de estos ingleses que se sientan en una silla inglesa y que se están allí muy serios horas y horas sin hablar una palabra, la representaría mucho mejor.

UNA RELIGION PARA INGLATERRA

La divinización del padre.

El mormonismo es una religión de zarzuela sicalíptica, y yo no me explico cómo es que el señor Lleó no la ha puesto ya en música.

Los mormones
son unos pirandones.

Y luego:

¡Ay, que mormones!
¡Ay, que mormones!

Sin embargo, los ingleses no toman al mormonismo tan en broma. En Inglaterra hay ochenta templos mormonistas. Los agentes de propaganda vienen aquí y se llevan las *girls* inglesas a orillas del *Lago Salado*. El Parlamento

se ha ocupado ya de la cuestión, y la Prensa la trata muy a menudo.

Los mormones son polígamos, como se sabe. Según ellos, cada mujer está rodeada de espíritus que quieren nacer a la vida humana. Por eso cada hombre debe tener varias mujeres, al fin de poder lanzar todos los años unos cuantos espíritus al mundo. Un mormonista es tanto más santo cuantos más hijos tiene, y en fuerza de tener hijos puede llegar a ser dios de los mormones. Franck Russel, autor de un estudio muy interesante sobre el asunto, dice: «Esta idea teológica es idéntica al sistema político de los americanos. En los Estados Unidos. cada ciudadano es un posible presidente. Y cada mormón un posible dios.» El mismo escritor insulta al dios de los mormones llamándole *Eustful*, que quiere decir impúdico. Indudablemente no es un prodigio de castidad; pero esto no importa. Es un dios alegre y prolífico. que le da trabajo a los redactores del Bailly Bailliere del Lago Salado. En Francia, por ejemplo, ya harían falta algunos templos y algunos sacerdotes mormónicos para aumentar un poco el censo municipal. Todos los periódicos franceses se ocuparon no hace mucho de un carpintero que había tenido seis hijos, y *Le Petit Parisién* decía: «*Un morceau de ruban ne ferait pas mal dans la boutoniciere de ce brave*

homme.» En el fondo, esto es mormonismo puro. Si se condecora al padre de seis hijos, no se está lejos de reconocerle dios al padre de cincuenta y siete.

Yo no sé si hace falta un poder divino para tener cincuenta y siete hijos o si bastará simplemente el uso del cinturón eléctrico; pero si no se es dios por el hecho de enviar tantas criaturas al mundo se puede ser, indudablemente, por el de mantenerlas. Hace falta una fe que no desmerece en nada de los primeros cristianos.

Thomas Maybank cuenta la historia de un mormón que había llegado a tener cuarenta y tres hijos. Su importancia era grandísima entre los mormones. Estaba ya a dos dedos de la divinidad. Un día se demostró que ni uno solo de los cuarenta y tres hijos le pertenecía, y que todas sus mujeres le eran infieles. La fe mormónica sufrió entonces un gran quebranto.

¿Por qué le harán los ingleses una oposición tan seria a las propagandas mormónicas? En Inglaterra hay un exceso de mujeres. Casando a cada hombre con una mujer, quedará siempre un enorme sobrante de inglesas solteras. No hay más que un recurso, y es la poligamia. Ya que no sea posible arbitrar un marido para cada mujer, que cada marido se divida entre dos. La medida es un poco *Schocking*, pero necesidad no tiene ley.

LOS «CLUBS» DE MUJERES SOLAS

La superstición mediterránea.

Se ha hablado mucho de nuestras reuniones de hombres solos. Son verdaderamente horribles, y yo no he visto en el mundo mas que una cosa peor; los *clubs* de mujeres solas. En Londres hay una enormidad de estos *clubs*. Las *bachelor girls* matan en ellos el tiempo y el sexo.

¿*Bachelor girls*? Girl, muchacha, es el sustantivo. *Bachelor* quiere decir soltera y también bachillera. Las *Bachelor girls* son *bachelor* en las dos acepciones de la palabra.

Estas *bachelor girls* no quieren aceptar el yugo masculino. Son solteras por principio y son bachilleras por consecuencia. Se visten en casa del sastre más que en la de la modis-

ta. Usan cuello y corbata. Sus abrigos son amplios y sus tacones bajos. Juegan al billar, fuman y tienen opiniones. Si por casualidad cenan o van al teatro con un hombre, ellas se pagan lo suyo.

Londres es la ciudad ideal para las *bachelor girls*. En primer lugar, aquí se las respeta. Luego, en ninguna otra parte encontrarían tantas distracciones que las permitieran olvidarse de que son mujeres. Aquí tienen alrededor de unas quinientas religiones, toda clase de *sports*. Sociedades humanitarias y Sociedades veterinarias, credos frescos cada día, teorías científicas, sistemas filosóficos, escuelas estéticas, etc., etc.

Un *reporter* inglés habla de la casa de la *bachelor girl*. ¡Espantoso! Generalmente, la cama está sustituída por un sofá. Papeles por todas partes. El último libro de Anatole France no falta nunca. Un cenicero lleno de colillas... La *bachelor girl* vive en la calle, porque es una mujer independiente. La casa es la prisión de las mujeres que no son independientes.

El mismo *reporter* añade que la *bachelor girl* tiene algún dinero. Más pronto o más tarde, sin embargo, este dinero se le acaba. Su independencia peligra. La *bachelor girl* no sabe coser ni guisar. Se da de baja en el *club* y comienza a frecuentar los *smockingrums* de

los cafés. Allí fuma pitillos y lee periódicos. Se alimenta irregularmente con *sandwichs* de jamón y de *rosbif*. Al entrar en su casa, calienta un par de huevos a la llama del gas. Algunas se hacen vegetarianas. La que encuentra un empleo de tenedora de libros o dactilógrafa, lo deja pronto si en la oficina la prohiben fumar. En cuanto a buscar un marido, eso nunca.

Los hombres solos son groseros, violentos e irritables. Las mujeres solas no son siquiera mujeres. La *bachelor girl* carece en realidad de sexo. No tiene caderas ni las necesita. El hombre le parece una superstición mediterránea. Los hombres solos hablan con frecuencia de mujeres. Las *bachelor girls* no hablan mas que de ciencia, de política o de literatura.

Este tipo *bachelor girl* no existe ni puede existir mas que en Londres.

LA COCINA DE LA HUELGA

Una miss en estofado.

En vez del par de huevos de todos los días, la criada me ha subido esta mañana al cuarto dos tomates con jamón. Yo no estoy acostumbrado a estas fantasías culinarias, y le pregunto a la muchacha si es día de fiesta. No es día de fiesta, sino día de huelga. Me desayuno, me visto y bajo al salón cantando.

Tomate, niño, tomate:
cómprame unos tomatitos...

—Está usted muy contento—me dicen—. ¿Es que no ha visto usted los periódicos? La huelga se extiende...

—¡Bendita sea!—exclamo—. Los huelguistas

modificarán un poco la vida de Londres. Por de pronto, la cocina de casa comienza a reformarse. Es posible que mañana no haya rosbif. ¡Viva la huelga!

—¿Y el día en que no tengamos nada que comer?

—Ese día nos comeremos los unos a los otros—digo por salir del paso.

Sin embargo, esta perspectiva no me entusiasma. Las inglesas son flacas, poco apetitosas. Habrá que echarles una barbaridad de mostaza. Prefiero los ingleses: estos ingleses encarnados que parece que ya están cocidos. Yo creo que están cocidos en realidad. El ejercicio puede colorear las mejillas, pero no la frente ni la calva. Estos colores son los colores de la cocción. Los ingleses se cuecen a fuego lento en el baño de todos los días.

—¿Y si le toca a usted la bola negra—me pregunta una señorita—, nosotros nos le comemos a usted?

—En ese caso, les deseo a ustedes un buen apetito. La cocina española no está tan mal que digamos. Modestia a un lado, yo me considero bastante apetecible. Soy tierno todavía, y tengo bocados muy recomendables.

—¡Quién le diría a usted que iba a ser devorado por las inglesas!

—La verdad, yo no me lo esperaba. Las

inglesas saben comer con una gran delicadeza, lo cual me agrada; pero parece que nunca tienen apetito, y esto me humilla. Algunas inglesas poseen una garganta admirable, y a mí me gustaría mucho pasar por allí; pero me mortifica mucho el pensar que esas gargantas son insensibles. Las inglesas carecen de paladar y no saben hacer los honores de un plato delicado. Están acostumbradas a las comidas frías y no tienen la menor idea de la cocina española. Comen por necesidad y no por placer.

Hay una vieja muy peripuesta que me dirige una mirada *gourmande:*

—¿Cuál es—me pregunta—el mejor plato de la cocina española?

—Señora: la recomiendo a usted los callos.

La conversación sigue por este camino.

—¿Y si me toca a mí dejarme guisar?—dice desde un rincón otra miss.

Es el mejor bocado de la casa.

—¿Qué? ¿Protestaría usted?

—Yo, no, si no se había hecho trampa; pero gritaría mucho.

—Eso no sería extraño.

—¿Y cómo me preferirían ustedes?

—Yo, a la *mode*—dice un inglés que es un poco *snob*.

—Yo, al natural—dice otro inglés.

—¿Y usted?—me pregunta ella a mí.

—¿Yo? Yo soy un *gourmet* sentimental. Yo le pondría a usted mucha cebolla. La cebolla enternece las comidas hasta el punto de que los comensales muy sensibles no pueden contener las lágrimas. Los italianos, que son gentes blandas de corazón, usan la cebolla en todos sus guisos. Usted estaría muy bien con cebolla, señorita.

—¿Y de beber? ¿Me comería usted con cerveza?

—¡Oh, no! Con un vino romántico.

El auditorio sonríe. Sin embargo, llegado el caso de no tener alimentos, yo estoy perfectamente convencido de que en esta casa inglesa nos comeríamos los unos a los otros.

POR INSTINTO DE CONSERVACION

Un terrible peligro.

Me he quedado desolado al recibir hoy la prensa con noticias del accidente que han sufrido en Santander la señora Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza y Emilio Thuillier. ¡Casi todo el teatro español! A los cronistas de Madrid, y en especial a los críticos teatrales, dejo el análisis de la tragedia y la descripción del decorado. Alguno habrá capaz de ponerle reparos a los ayes de Thuillier, diciendo que han carecido de emoción, o de afirmar que Fernando no ha caído bien. Quizá no falte tampoco un adulador que le envíe un aplauso a la Guerrero.

Yo miro el suceso desde un punto de vista más elevado. En España tenemos muy pocos

grandes hombres: dos o tres en la política, dos o tres en la literatura, dos o tres en el teatro, dos o tres en la medicina... Que uno de ellos se meta en un automóvil, pase; pero que se metan los dos o tres, eso no. Un descuido del *chauffeur*, y el teatro, la medicina, la política o la literatura se pueden quedar sin cabeza en menos de un minuto.

Creo que fué en una asamblea de intelectuales, convocada por Pío Baroja en un café de la calle de Toledo. La sala era pequeña, y, sin embargo, allí estaba toda la masa encefálica de España, como aquel que dice. Yo observé que Palomero, hombre de un natural alegre, se encontraba un poco pensativo:

—¿Qué le pasa a usted?

—Estoy aterrado ante la idea de que se hunda el techo ante nosotros—me dijo—. ¡Qué desgracia tan grande para España!

Debiera hacerse una ley que prohibiera la reunión de grandes hombres, sobre todo para empresas tan temerarias como esa de hacer una excursión en automóvil por carreteras españolas. El señor Mendoza, por ejemplo, podría viajar en automóvil con la señora Guerrero, como señora suya que es; pero no como gran trágica. En concepto de gran trágica, la señora Guerrero tomaría otro automóvil. Lo de que el señor Mendoza se hiciese acompañar del se-

ñor Thuillier estaría absolutamente prohibido. El señor Thuiller, que no es completamente insigne, viajaría, en todo caso, con otro actor de su misma categoría, a fin de que, en caso de catástrofe, España no perdiese entre los dos actores mas que un actor ilustre. Según esta ley, el señor Mendoza viajaría casi siempre con el señor Cayuela..

Ustedes, si quieren, pueden tomar la cosa a broma. Yo no lo digo sin cierta seriedad. Imagínense ustedes que Maura y Romanones se van juntos a hacer una excursión en automóvil, que ocurre una catástrofe y que los dos mueren. ¿Quién se encargaría del Gobierno? Ya pueden ustedes echarse a buscar, que no encontrarán un hombre. Sería la anarquía.

En otros países todavía se pueden permitir reuniones de tres, cuatro, hasta media docena de grandes hombres. En España, no. Que ellos quieren juntarse, bueno; pero el Estado se lo debe prohibir. Los grandes hombres se pertenecen a su patria.

Yo les doy a ustedes el grito de alarma. El accidente de Santander, por fortuna, no ha tenido graves consecuencias; pero no por eso se deriva de él una lección menos digna de ser recogida. ¿Vamos a esperar a una catástrofe irremediable?

Yo me lo temo. Yo estoy viendo que un día

llega a mi casa el cartero con los periódicos españoles y me entero de que, de la noche a la mañana, España se ha quedado en absoluto sin política, sin teatro, sin ciencia, sin pintura o sin literatura

HAY QUE HACER NÚMEROS

Me voy a poner serio.

Muchas veces, desde que ando por el mundo, he sentido deseos de coger la pluma y enviar a España mi dimisión de humorista. España está actualmente como estaba la casa de cierto amigo mío un día en que se le había muerto su madre, y él no tenía dinero para enterrarla. Yo había ido a verle en compañía de otro amigo, hombre muy espiritual, que nunca despegaba los labios como no fuese para decir una frase de ingenio. En aquellas circunstancias trágicas, el amigo ingenioso estuvo a la altura de siempre. Se puso a hacer chistes, y él creía que de ese modo iba a distraer un tanto la tristeza que reinaba en la casa. El resultado fué contradictorio. La tristeza del po-

bre chico, a quien se le había muerto su madre, aumentaba visiblemente, y yo mismo comenzaba a sentir una sorda irritación contra aquel ingenio tan inoportuno.

—¿Cómo es posible—me decía yo—que un hombre inteligente se ponga a decir cosas espirituales en este momento? Hay circunstancias en las que sólo un estúpido terrible puede ser ingenioso.

Poco después llegó otro amigo, y a aquel sí que no se le podía acusar de ser espiritual. Para divertir al afligido muchacho comenzó a decirle que la vida es muy triste y que no existía en el mundo desgracia mayor que la de perder una madre. Yo estoy completamente seguro de que estas reflexiones no eran nada alegres. Sin embargo, el muchacho se consolaba escuchándolas.

Pues yo creo que, actualmente, para hacer humorismos en España, para decir cosas llenas de gracia y de ingenio, se necesita ser completamente idiota. La juventud española está hoy en el caso de esos muchachos que, por una serie de circunstancias, tienen que hacerse cargo de una casa destartalada y ponerla a flote. Hay que renunciar a toda clase de diversiones, sacrificar la juventud y trabajar en firme. Para los jóvenes intelectuales españoles, esta perspectiva no es muy halagüeña. La

mayoría preferiría hacer cuentos gallegos o versos eróticos, comedias mundanas o cultivar cualquier otro género de pura literatura. ¡Qué le vamos a hacer! Hay que renunciar a todo eso y meterse a trabajar como comerciantes en los negocios de la casa. Tenemos que preocuparnos de la agricultura y de la política, estudiar los precios de los cereales, hacer números... Las circunstancias lo exigen así, y toda protesta será inútil. El que se ponga ahora a hacer arte puro en España perderá su tiempo y su talento.

Por mi parte, ya he dicho que muchas veces me siento inclinado a enviarles a ustedes mi dimisión de humorista.

—Voy a ponerme serio, muy serio—me digo en esos momentos—. Voy a coger un libro muy grande, voy a encender una vela y me voy a pasar toda la noche estudiando. A la noche siguiente haré lo mismo, y seguiré así durante meses y años. Perderé la vista, me compraré unos anteojos y continuaré estudiando. Estudiaré unas ciencias muy áridas, que me harán enfermar del estómago y agriarán mi carácter. Entonces escribiré unos artículos violentos, que es lo que hace falta escribir en España, y atiborrados de números.

Es muy triste verse obligado a hacer esto. El que más y el que menos de todos nosotros

había soñado con el dulce ideal de no saber nunca nada de economía política. Que se encarguen de los negocios los políticos profesionales, y, mientras tanto, nosotros haríamos tranquilamente nuestros versos y nuestros cuentos. ¡Ay! Las cosas se han puesto de tal manera que nos es absolutamente preciso abandonar esas ilusiones. Dejemos el arte puro como una diversión para países más felices que el nuestro. Nosotros no tenemos tiempo disponible para divertirnos.

UNAS MUJERES FEMENINAS...

Historia de Charley Wilson.

El *Daily Chronicle* recuerda hoy un suceso que, en su tiempo, ha producido gran sensación en Inglaterra: una mujer que se hizo pasar por hombre durante muchos años. La historia se ha transformado en novela, bajo la pluma de Charles Reade, quien acaba de lanzarla a la publicidad con el título de *Charley Wilson.*

Charley Wilson, cuyo verdadero nombre era Catalina Coombe, adoptó el traje masculino y se dedicó a pintar puertas. En Belford conoció a una inglesa sentimental, miss Nelly Smith, aprendiza en una fábrica de sombreros de paja. Nelly se enamoró perdidamente de Catalina, a quien llamaba *my dear Charley*. Le escribía

cartas y le hacía versos. El *Daily Chronicle* publica los siguientes:

Mi seno respira con delicia,
las rosas embalsaman el aire,
el pichón murmura dulcemente
y la vida es bella para mí.

Así es como sienten el amor las mujeres inglesas. Como una cosa dulce y agradable que huele a rosas. Entre nosotros huele de una manera más eficaz. El amor inglés es algo así como un vaso de agua con azúcar, mientras que el español es como un vino de Jerez y el francés como un ajenjo.

Por eso la embriaguez amorosa de una inglesa es tan inocente. En sus sueños ve pichones. Una inglesa puede enamorarse muy bien de un muchacho, que resulta que es una muchacha. Va vestida de muchacho, y esa diferencia la satisface por completo.

La historia de Charley y de Nelly tiene su psicología. No se trata de una de esas pasiones inconfesables que, en Francia, en España y en todo el mundo, han trascendido de vez en cuando a los periódicos y hasta han llegado a tener una literatura propia. El *Charley Wilson,* de Charles Reade, no se parece en nada a *Mademoiselle de Maupin.* La ingenua

Nelly Smith se enamoró de Catalina Coombe de una manera perfectamente ideal. Por las noches cogía las manos de su novio, y por el día hacía sombreros de paja, sin perder a ninguna hora su pureza de espíritu. Estuvo enamorada varios años, se fugó de la casa paterna por seguir a su amado, y nunca llegó a descubrir la superchería.

En cuanto a Catalina o a Charley, yo creo que su figura no es nada extraña en Inglaterra. Aquí son muy pocas las mujeres verdaderamente femeninas. Más o menos, casi todas las muchachas inglesas se visten de muchachos: tacones bajos, cuellos postizos, corbatas. Sus pasos son largos y rectos. Le dan a uno la mano, y se la destrozan de un modo totalmente varonil. Siguen la política internacional. Fuman. Nadan. Pagan su gasto en todas partes. Beben *whyskys end soda...*

Como muchachas, no son lo más a propósito para inspirar pasiones; pero como muchachos deben resultar irresistibles. Por eso yo me explico la pasión de esa pobre miss Nelly hacia Catalina Coombe. Charles Reade, el novelista de sus aventuras, dice en el *Daily Chronicle*: «Yo no tengo corazón para burlarme a expensas de esta inocente *girl.*» Yo tampoco. Y creo que Dios, que hace siempre un sitio en

el cielo para los que han amado bien, y que manda al infierno a los protagonistas de amores impuros, enviará a miss Nelly al limbo de los niños, con una recomendación especial para que la traten lo mejor posible.

POR EL DECORO BRITANICO

Ni ladridos, ni bocinas, ni taponazos.

Acaban de ser aprobados dos proyectos municipales: uno, contra los ladridos de los perros, y otro, contra los bocinazos de los automóviles. Que los perros muerdan a los transeuntes, que los automóviles les aplasten, pase; el caso es que lo hagan silenciosamente, sin anuncio y sin escándao, como conviene a la moral inglesa. De esto a sofocar con una multa los gritos de los heridos, no hay más que un paso.

En Inglaterra es mucho peor hablar que hacer. Una inglesa se asusta mucho más de la palabra que de la cosa. De ahí es de donde ha salido esa hipócrita costumbre de descorchar las botellas de Champagne sin que se oigan

los taponazos. La moral inglesa acepta perfectamente el Champagne; pero se siente ultrajada por el ruido de los tapones. So pena de ser expulsado de Inglaterra, el Champagne ha tenido que hacerse aquí un poco puritano. Su espíritu es el mismo, y sus proyectos los de siempre; pero el Champagne ha imitado a las bebidas inglesas, que hacen todo lo que él, y mucho más, sin llamar nunca la atención de los vecinos. La moral del Champagne no hubiera asustado a nadie en país del *whisky*. Antes de salir de Francia, el Champagne se creía ser un calavera espantoso, cuando en el fondo—en el fondo de la botella—es sencillamente un *bon enfant*, alegre y simpático, llamado siempre a tener éxito con las mujeres, pero más fanfarrón que dañino. En Inglaterra lo cogieron por el pescuezo, le sujetaron el corcho y le dijeron:

—¡Chist...! Aquí no se escandaliza. Si llama usted la atención de la gente, lo echamos...

Y actualmente el Champagne tiene en Londres un aspecto tan serio, tan sencillo, tan inocente, como el puritano *ginger ber*, que se bebe en los *restaurants* de templanza.

El lector sabrá perdonarme esta digresión sobre las costumbres del Champagne en Inglaterra. Yo lo he hecho para añadir un dato más a la tesis de que aquí lo pecaminoso es hablar y no hacer. Esto es tan exacto, que a un mudo

le sería totalmente imposible faltar a la moral inglesa.

Según uno de los edictos municipales que acaban de ser aprobados, el perro que se ponga a ladrar en público pagará cinco chelines de multa. No sé si tendrá que pagar algo por morder, pero es posible que, si muerde silenciosamente, no pague nada. ¿Qué es eso de que los perros ladren en Inglaterra? Los perros ingleses deben ser muy callados y muy serios. No deben menear la cola, ni aguzar las orejas, ni dar saltos al ver a su amo. No. Ante todo el *self-control*, el dominio de sí mismo. Ni deben tampoco lanzar aullidos lastimeros cuando se muere alguien. El perro inglés tiene que estar por encima de estas debilidades sentimentales, a las que son tan accesibles los perros del Continente.

Y a poco ingleses que sean los perros en Inglaterra, es indudable que acatarán la ley, sin que los perros policías se vean obligados a enseñarles los dientes.

LOS HOMBRES-PECES

Burgess en el agua.

A mí no me produce emoción ninguna eso de que Burgess haya atravesado a nado el canal de la Mancha. Yo no lo atravesaré nunca de la misma manera, aunque me quede sin dinero en Londres y no tenga otro medio de salir. Cuando Bleriot hizo en aeroplano el mismo viaje que acaba de hacer Burgess a nado, la cosa era distinta. Bleriot no había arriesgado su vida inútilmente. Aquello constituía un ensayo para la Humanidad. Gracias a las proezas de los aviadores, la aviación llegará a ser un día una cosa práctica y todos podremos volar. En cambio, la hazaña de un nadador, aunque sea tan grande como ésta de Burgess, carece en absoluto de interés social.

Burgess ha atravesado el canal de la Mancha en veintitrés horas y cuarenta minutos. Nuestros padres han traducido *Manche,* que quiere decir mango, por mancha, y los franceses nos echan en cara este error de traducción con bastante frecuencia. Yo rectificaré escribiendo «canal de la Manga» en cuanto los franceses a su vez digan «Don Quixotte de la Fache» y no de la manga (de la Mancha).

¡Veintitrés horas y cuarenta minutos en el agua! Indudablemente ese Burgess es un pez. Por el aspecto parece un barbo. En sus manifestaciones a los periodistas expresó que no las tenía todas consigo antes de zambullirse y que estaba muy escamado.

Otro nadador que anteriormente había intentado sin éxito atravesar el canal, dice que Burgess ha triunfado por sus *doggeless. Dog* es perro, en inglés, y *doggeles*—perrería—significa obstinación. No; Burgess no tiene ninguna cualidad de perro. Es un pez. Yo he dicho en un artículo que Inglaterra es un pueblo-pez, y que todas sus virtudes—la limpieza, la frialdad, la falta de sentimentalismo, etc.—, así como sus ideales, sintetizados en el gran ideal de dominar los mares, son ideales y virtudes de pez. Cada inglés es un poco pez, y Burgess es un pez representativo. Su hazaña ha suscitado un

entusiasmo formidable, y el rey le ha enviado un telegrama de felicitación.

Yo creo que, así como en España los chicos sueñan con ser pájaros y prueban a meterse un alfiler en la cabeza para que les salgan alas, los chicos ingleses sueñan con ser peces. No sé si se meten alfileres o no; pero muchos se salen con la suya.

Burgess cuenta que cerca de la costa de Francia una porción de pececillos comenzaron a seguirle, y que algunos le mordían los pies. Era de entusiasmo seguramente.

LA OTRA VICTIMA

En un pueblecillo inglés que se llama Kent un picapedrero estaba nadando tranquilamente. Se disponía ya a volver a la playa cuando vió a una señorita cerca de sus ropas. ¿Cómo presentarse desnudo ante ella? El picapedrero, aterrado ante esta idea tan *schocking*, volvió a zambullirse y se ahogó con una perfecta convicción.

Ese picapedrero era, decididamente, un hombre muy modesto. Debía tener una idea muy poco halagüeña de sí mismo. Yo conozco historias de santos que no revelan un mayor sentimiento de humildad cristiana.

¡Lástima que los periódicos no publiquen el nombre del picapedrero de Kent para esculpirlo, con su propio pico, en un trozo de roca bien inglesa! «Aquí yace Fulano de Tal, que

murió por no infringir la moral británica.» La moral británica es, en realidad, la que ha ahogado al picapedrero de Kent, esta moral fría e implacable.

Es decir, tal vez el picapedrero haya tomado heroicamente la resolución de ahogarse aterrado ante la fealdad de la *miss* que estaba sentada en la playa. «Si me presento desnudo—se habrá dicho—ella va a emocionarse, y no vale la pena. Mejor será que me ahogue.» Hay *mises* en presencia de las cuales una determinación como ésta revelaría un alto sentido de prudencia. Sin embargo, los ingleses no suelen ser muy quisquillosos con respecto a las inglesas. Que sean feas o guapas, igual da.

Indudablemente el picapedrero se ha ahogado por disciplina, para no infringir las Ordenanzas municipales, que prohiben a los hombres aparecer desnudos ante las mujeres. En su caso, un buen súbdito inglés no podía hacer otra cosa. *It is all right.*

Pero si los ingleses encuentran muy natural el suicidio del picapedrero, yo tengo todavía un poco de corazón para compadecerle. Al mismo tiempo, yo compadezco también a la miss de la playa. ¿Qué esperaba allí junto a las ropas de un hombre? ¿No será ella también otra víctima de la moral inglesa?

EL PÚBLICO DE TEATRO

Para hacer la psicología del público inglés lo primordial no es entrar en el teatro; basta en un principio con pasearse en torno de él y ver la compacta multitud que aguarda silenciosamente la apertura de las puertas. Que haga bueno o mal tiempo, que llueva o que granice, la multitud no protesta jamás. Es paciente y disciplinada. Durante una o dos horas permanece en la calle. Cada uno guarda su turno, y no pretende nunca avanzar ilegalmente en la fila, aunque delante de él esté una vieja, un cojo, un chico o un paleto, fáciles de suplantar. Los derechos adquiridos son sagrados en Inglaterra, aun para el público frívolo de los *music-halls*.

Viendo este orden con que el público inglés se produce antes de entrar en el teatro se puede suponer fácilmente lo resignado que será una vez dentro. Es el público ideal para un

autor. El último de nuestros *currinches* puede tener la seguridad absoluta de que, traducido al inglés, sería aplaudido en la patria de Shakespeare. Aquí las obras y hasta los números más insignificantes de *variétés* se sostienen en el cartel meses y meses. En primer lugar, en Londres hay siete millones y medio de habitantes. Es decir, que el público de los teatros puede renovarse por entero cada noche durante una temporada. Además, el público inglés no necesita cambiar. Así como no cambia de alimentación, puede también pasarse perfectamente sin cambiar de espectáculo.

Yo no he visto nunca protestar a este público, y he recordado con horror esos horribles pateos madrileños. Ahí se va a los estrenos como se iría a las barricadas. Los *reventadores* se ponen unas botas de doble suela y se proveen de unos garrotes hercúleos. Los cómicos salen a escena temblando. Ahí se machacan las obras a garrotazos y se las aplasta con los tacones de un modo feroz. Para ver la crueldad española no es necesario ir a los toros. Basta y sobra con asistir a un estreno en la capital de España. El pobre autor, con los cabellos erizados, corre entre bastidores. Los golpes los siente directamente en la cabeza, y muchas veces en el estómago.

¿Por qué esa bárbara saña del público de

Madrid? Aparte razones de temperamento, hay una razón práctica de gran importancia, que si no la justifica a lo menos la explica. En Madrid son cuatro o cinco los teatros, y el público que va a ellos es siempre el mismo. «Si yo dejo pasar esta obra—se dice el espectador madrileño—ya no podré librarme de ella. So pena de quedarme en casa a hacer juegos de prendas, tendré que sufrirla una noche sí y otra no, o poco menos, durante ocho meses.» La cosa es grave. Se trata de asegurarse el solaz de todo el invierno, y el madrileño, que no es hombre para quedarse en casa por la noche, se arma con la maza de Hércules y va directamente al teatro dispuesto a pulverizar al autor en el caso de que la obra que se estrena no sea completamente genial.

Cómicos que han recorrido todo el mundo dicen que no hay público más difícil que el de Madrid. El que resiste al público de Madrid, como el que resiste el clima de Madrid, puede resistir todos los públicos y todos los climas. Este público y este clima tienen fama de fríos. Tal vez lo sean; pero nunca son bruscos ni violentos como el clima y el público de Madrid. Yo creo que los autores pateados en España debían sindicarse, tomar un teatro en Londres y hacer representar sus obras en inglés. Ganarían el dinero a espuertas.

EL TELÉFONO

El teléfono es nuestro tirano. Es un tirano arbitrario, irritable y neurasténico que nos llama con su voz gangosa en los momentos más solemnes de nuestra vida. Ha acabado uno de almorzar y se ha sentido invadido por un dulce sopor; ha subido a su cuarto, se ha aligerado de ropa y se ha echado sobre la cama; sus párpados se han entornado, su imaginación se ha perdido en un camino ideal. Inmediatamente se oye llamar a la puerta:

—Baje usted en seguida—dice la criada—; le llaman a usted por teléfono...

Ha cogido uno las manos de una señorita que le trae a uno loco. El momento es solemne, y si lo deja uno pasar, todo estará perdido. —Señorita—dice uno. Y a media declaración, la criada se presenta jadeante: —El teléfono. Vaya usted corriendo.

Hace mucho calor. Se mete uno en el cuarto de baño, gradúa la temperatura del agua, se desnuda... Ya está. Avanza uno un pie, luego el otro, y en este mismo instante la criada que golpea a la puerta: —El teléfono, señorito... Baje usted... En el acto...

¿Y cuando es uno mismo el que necesita hablar con un señor? Ha salido al aparato una persona cualquiera de la casa y le ha dicho a uno:

—¿Don Fulano? Ahora mismo estaba aquí. Aguarde usted dos minutos.

Don Fulano mientras tanto ha salido a la calle, ha comprado un periódico y se ha detenido a leerlo en una esquina. Uno vuelve a sonar: *rin, rin*... Don Fulano dobla su periódico y sigue andando por la calle. Tropieza con un amigo.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Ha leído usted los telegramas de hoy?

Otra vuelta a la manivela. *Rin... Rin, rin. Rim...*

Don Fulano se despide lentamente de su amigo. Entra en un establecimiento. Pide un aperitivo.

—¿Terminó usted ya?—le pregunta a uno la telefonista.

Don Fulano paladea su aperitivo a peque-

ños sorbos, porque es un hombre epicúreo. Echa un párrafo con el camarero.

—¿Don Fulano?—grita uno, cargado de electricidad telefónica.

Don Fulano paga y se dirige a su casa poco a poco, gozando del espectáculo de la calle. Cuando llega le dicen que un señor le aguarda al teléfono. Don Fulano coge el auricular.

—¿Con quién hablo?

Con nadie; uno ha tenido un ataque de locura violenta y ha comenzado a golpes con el teléfono. Para sacarle de allí ha sido preciso ponerle una camisa de fuerza.

Abdul-Hamid, el ex sultán de Turquía, se había opuesto siempre a la instalación del teléfono en Constantinopla, porque temía que los revolucionarios lo utilizasen para conspirar contra él. Yo no creo gran cosa en la utilidad revolucionaria del teléfono; pero sí opino que el teléfono exacerba a los ciudadanos, que les hace irritables y violentos, y que en un país donde exista una red telefónica su Sultán no puede estar completamente tranquilo.

Ahora un sabio inglés anuncia que ha descubierto el aerófono, o sea el teléfono sin hilos. Ya no habrá cruces. Ya nunca le pedirá a uno por teléfono una remesa de camisas, ni le darán una cita amorosa, ni le revelarán un secreto de

Estado. El teléfono sin hilos. ¿Qué van a hacer los *saboteurs* y los *vaudevillistas*?

Va a desaparecer la parte pintoresca del teléfono; pero no su odiosa, su implacable, su arbitraria tiranía.

LA CARNICERIA DE LERROUX

Abierto en canal.

Un periódico inglés anuncia que Lerroux va a hacer uno de estos días la revolución en España. Los periódicos ingleses no le sacan a Lerroux en el apellido tantas erratas como los periódicos franceses. Por regla general, en Inglaterra se habla de nosotros con más conocimiento de causa y con menos literatura que en Francia. Sin embargo, aquí, como allí, se cree que Lerroux va a hacer la revolución.

Muchos años atrás, en un pueblo de la provincia de Pontevedra, se creía también que Lerroux iba a hacer la revolución. Al maestro de escuela no le cabía le menor duda, y mientras mi padre barajaba las cartas para continuar la diaria partida de tute, él miraba con es-

panto, sobre un periódico de Madrid, la figura terrible del caudillo. Aquella figura fué mi pesadilla de toda la noche. A mí Lerroux me pareció un hombre ordinario y brutal, una especie de carnicero, y me dormí, soñando que había puesto en el pueblo una carnicería revolucionaria. En esta carnicería estaba Lerroux, desabrochada la camisa, sobre un pecho muy peludo y con los brazos remangados, que chorreaban sangre. Colgados a la entrada había tres o cuatro cerdos enormes, con el vientre rajado, que unos cuantos listones, metidos por dentro en dirección horizontal, mantenían abierto. ¿Cuál no sería mi horror al reconocer en uno de estos cerdos al bondadoso don Jerónimo, el cura párroco, que en el día de mi primera comunión me había decorado de sus propias manos con una medalla de hojalata? La carnicería estaba concurridísima. Todos los obreros de las fábricas de conservas iban allí a comprar carne de cura, capitaneados por Pepe, el zapatero librepensador. Lerroux no daba abasto. Con una mano blandía una gran cuchilla y con la otra cogía puñados de perras gordas, que pasaban al cajón untadas de sangre. Pepe el zapatero, que había sido siempre un hombre muy flaco, empezaba a ponerse gordo, y con él todos los radicales del pueblo.

—La carne de cura alimenta mucho—decía

Pepe—. ¡Je, je! Este don Jerónimo estaba bien cebado.

En cambio, las chicas beatas, las que de cuando en cuando traían al púlpito parroquial oradores de Santiago pagados a sus expensas, enflaquecían y se ponían amarillas como cirios Al pasar ante la carnicería de Lerroux se santiguaban y seguían muy de prisa entre las chacotas volterianas de Pepe, que las decía:

—No valía la pena de haber estado alimentando tan bien a los curas para luego no comerlos. ¡Vaya! Entren ustedes por un poquito de carne. Yo nunca he catado cerdo tan sabroso.

Las pobres señoras preferían pasar hambre y se alimentaban nada más que de verduras. El pueblo estaba trastornado. Las viejas rezaban a escondidas, y en los rincones de las casas se pasaban las horas cuchicheando. Yo no entendía lo que decían; pero las veía santiguarse de tiempo en tiempo, y esto me hacía comprender la gravedad de las circunstancias. Las personas de principios no podían salir a la calle. La gente baja, antes tan humilde, se había impuesto y no respetaba ni aun al pobre maestro de escuela, quien continuaba sin comer. Se hacían burlas soeces y se cantaban canciones brutales. Un gaitero de fama había sido traído desde muy lejos, y quieras que no

tenía que tocar *La Marsellesa* en su vieja gaita pastoril. Se bailaba el agarrado en el atrio de la iglesia, para escarnio de la memoria de don Jerónimo, que desde el presbiterio había llamado un domingo a ese baile «invención de Satán». El escándalo subió de punto cuando *Sabelita,* la sobrina del cura, que antes de la revolución caminaba siempre muy quedito, con las manos entrelazadas y los ojos bajos, se puso a bailar descaradamente una mazurca en unión de Antonio el tonelero, que era un demagogo espantoso.

El sueño de aquella noche yo no lo olvidaré nunca. La verdad es que ese Lerroux hubiera hecho un carnicero magnífico. Con la camisa entreabierta, con los brazos desnudos, con un delantal salpicado de sangre, con una cuchilla en la mano, hercúleo, colorado, ordinario y brutal, su tipo estaría completo. Esta es, por otro lado, la representación del ideal que se hacen de él muchos admiradores, los cuales esperan que, de un momento a otro, Lerroux va a abrir su tan anunciada carnicería y que el pueblo va a encontrar en ella a bajo precio carne de cura y de burgués en abundancia suficiente para saciar su hambre milenaria. Algunos hasta le han adelantado dinero para la instalación...

LA ACTIVIDAD DE LOS YANQUIS

Los multimillonarios.

El incidente del día es el choque de un crucero inglés con el *Olimpic* a la vista de Spithead. El *Olimpic* es el trasatlántico más formidable del Mundo. Hay tres o cuatro trasatlánticos, cada uno de los cuales es el más formidable del Mundo, y entre ellos figura el *Olimpic*, que se dirigía de Southampton a Cheburgo, donde debía recoger un buen número de pasajeros para Nueva York. Gente enérgica y trasatlántica, hombres de grandes negocios, que viajan siempre con arreglo a la última velocidad obtenida. En el momento del choque había tres mil personas a bordo del *Olimpic*, entre pasajeros y tripulantes. Veinte de esas tres mil personas eran millonarias, cosa perfec-

tamente natural en un buque que hace la travesía de Nueva York. Se calcula que las veinte fortunas reunidas hacen un total de dos mil quinientos millones.

El *Hawke,* que tal es el nombre del crucero inglés, chocó de proa con el *Olimpic,* abriéndole una gran hendidura en el casco. Los dos buques se pararon instantáneamente. En el *Olimpic* nadie gritó, ni siquiera las señoras. Casi todas eran americanas. Un redactor de *Evening News* ha interviuvado a una de ellas.

—¿Qué emoción ha experimentado en el momento del choque?—le preguntó.

Y ella le dijo:

—Ninguna.

Pero el tiempo es oro para los americanos. La avería del *Olimpic* ocasionaba un retraso considerable en el viaje de los veinte multimillonarios. Había que recobrar el tiempo perdido. ¡Pronto! ¡A tierra! Mister Magec, rey de los cerdos, le dió dos libras a un botero. Mister Shelldon, presidente de la *United States Mortgage Company,* le dió tres libras a otro. El mismo día zarpaba de Liverpool el *Adriático.* Se telefoneó en seguida encargando los camarotes. Por desgracia ya no había trenes para Liverpool. ¡Qué importaba! No existe nada imposible para un americano. ¿Cuánto cuesta un tren especial? ¿Cien, doscientas libras? ¡Ahí van! A

la velocidad ordinaria estos trenes no podrán alcanzar al *Adriático*.

—Yo pagaré una velocidad extraordinaria—dijo mister Magee con el talonario en la mano.

Comenzaron a llegar periodistas. Mister Shelldon les dió dos minutos. Mister Magee, tres. Y una hora después de la catástrofe los trenes especiales volaban para Liverpool.

Este suceso puede constituír, si ustedes quieren, una pintoresca lección de energía. La voluntad triunfa en todo, especialmente la voluntad de los multimillonarios. Sin embargo, yo no les deseo a mister Magee ni a mister Shelldon un descarrilamiento en nuestra Mancha. Con toda su voluntad y con todos sus millones no conseguirían poner aquéllo en actividad.

QUÉ COSA ES EL ESPAÑOL

El tranvía en caso de apuro.

Con relación al inglés o al alemán, el español es un hombrecillo débil y violento, uno de esos cascarrabias chiquirritines, con los ojos saltones y los bigotes revueltos, que asestan puñetazos heroicos sobre las mesas de los cafés y luego comienzan a dar gritos porque se han hecho daño, que agitan los brazos en el vacío, que patalean y que vociferan hasta que se ven sujetados por los brazos y en absoluta imposibilidad de moverse. Uno de esos hombrecillos tropezó una vez en la calle de Fuencarral con un señor que marchaba en dirección contraria a la suya.

—¿No tiene usted ojos en la cara?—le dijo—.

Si no sabe usted andar quédese usted en su casa.

El señor le presentó sus excusas; pero el hombrecillo estaba furioso:

—¡Usted se merece una lección!—gritaba.

El señor empezó a impacientarse. El hombrecillo seguía chillando con una voz muy aguda. Se reunió gente. «Si le doy un golpe a este hombre—pensaba el señor—le voy a hacer mucho daño.» En esto bajaba un tranvía, y el señor tuvo una idea luminosa. Le hizo seña al conductor, cogió al hombrecillo por un brazo y lo depositó en la plataforma del tranvía, mientras con la mano libre sacaba una perra gorda del bolsillo.

—Este caballero—exclamó—hasta la Puerta del Sol.

Yo he visto varias veces a compatriotas insignificantes enfurecerse de un modo suicida en Londres ante estos ingleses tan tranquilos, tan serenos y tan fuertes, que les veían boxear contra las mesas, con ojos de asombro, como se ve al hombre que está realizando un acto exento de toda lógica.

Y lo peor no es que la generalidad de los españoles sean así. Lo peor es que, socialmente, España le dé al mundo el espectáculo de uno de esos hombres chiquitines e irritables que se pasan la vida gritando sin ton ni son y moviendo

los brazos en el vacío. Todos nuestros motines, todos nuestros pronunciamientos, todas nuestras algaradas son una cosa ridícula. Un pueblo serio y fuerte no arma esos escándalos inútiles, en los que gasta la energía y se pierde la fuerza moral. «¡Vamos a hacer! ¡Vamos a acontecer!» ¡Quién le hace caso al cascarrabias consuetudinario que vocifera, en una indignación continua, desde por la mañana hasta por la noche!

Todo el mundo sabe que en el fondo es un pobre hombre y que su cólera es la cólera de la impotencia, de la falta de fuerza y de confianza en sí mismo para tomar una determinación y seguirla serenamente. Esta es la cólera de España, y España es actualmente un bien pobre país. Desde un medio como éste se ven los sucesos de España tal cual son. Yo leo los periódicos, me tumbo en un diván, y—medio dormido, medio despierto—España se me aparece como un hombre con más cólera que energía, sin voluntad ninguna e incapaz de dominarse a sí mismo. Un hombre muy pequeño, y muy débil, muy débil, que se muerde los bigotes haciendo muchos gestos, que sopla, que tose, que se da un puñetazo en el hongo y se lo abolla de un modo lamentable, que le tira un puntapié a una mesa y se estro-

pea el pie y que, por fin, rendido, extenuado y sin haber conseguido nada de provecho, se deja caer en una butaca.

Es triste y es ridículo, y es así.

EL PASADO DE LOS YANQUIS

Los monumentos y el dinero.

El día de mañana un americano verá una Catedral y dirá:

—¿Cuánto?

—¿...?

—Muy bien—añadirá al saber el precio—. Desármela usted cuidadosamente. Me la voy a llevar a San Francisco.

«¡Qué tontería!», dirán ustedes. ¿Tontería? Uno de los castillos más antiguos de Inglaterra, el castillo de Farttershall, ha sido recientemente adquirido por un millonario yanqui. Al otro día, el millonario dió orden de echarlo abajo. Las piedras serán transportadas a Norte América, y allí, el millonario se entreten-

drá pacientemente en hacer de nuevo el viejo castillo.

«Un puzzle original», titula esta noticia el *Daily Sketch*. Sí. Un *puzzle* yanqui. Un *puzzle* de millonarios. No falta quien suponga también que, a estas horas, un millonario trasatlántico está jugando al *puzzle* con la *Gioconda*. Toda entera, la *Gioconda* era muy difícil de transportar. Así, es perfectamente posible que la hayan recortado en trozos muy pequeños y que la hayan metido en una caja, como un juego de *puzzle*. Un americano no va a jugar al *puzzle* con una obra cualquiera. No. Hay que jugar con obras maestras. Hay que comprar *puzzles* que valgan millones y millones.

A los americanos no les falta más que una cosa: el pasado. Carecen de tradición, de abolengo, de genealogía. Son un pueblo de *parvenus*. Les es absolutamente necesario envejecer, y los americanos no son hombres para envejecer lentamente, dejando pasar los años y los siglos. En América las cosas se hacen muy de prisa y con el dinero por delante. «¿Cuánto cuesta un pasado? Aquí está el cheque.»

La hija de un rey del aceite, del tocino o de las judías se casa con el hijo de un rey de Europa. Si no bastan cincuenta millones de dote se ponen cien. De esta manera es como el

censo municipal de las ciudades de la Unión va llenándose de nombres arcaicos. Nuestros cuadros, nuestras estatuas, nuestras reliquias, los americanos las compran y se las llevan. Hay que tener cosas viejas en América, para que no se diga que los americanos carecen de pasado. Ahora comienzan a llevarse también los venerables monumentos de Europa. Aguardar a que los rascacielos envejezcan y se arruinen por sí mismos es una cosa muy larga. Más vale comprar los edificios ya arruinados, ya cubiertos de pátina, y colocarlos inmediatamente bajo la bandera de la Unión.

Dentro de algunos años no quedará en Europa ni una sola ruina. Todo estará en América. Entonces habrá que ir allí en peregrinación artística, como ahora se va a Italia. Los Estados Unidos serán el pueblo más evocador, más lleno de recuerdos del mundo. ¡Ah, esos yanquis! «Nosotros no comprendemos la palabra imposible», suelen decir. Todo lo hacen, todo lo obtienen, todo lo vencen con la voluntad y con el dinero. Lo improvisan todo en media hora. ¡Hasta un pasado de siglos!

LA GALANTERIA TRADICIONAL Y LOS DERECHOS POLITICOS

España es feliz.

Ayer, en uno de los restaurants más elegantes de Londres, una señora, disgustada por el servicio, se puso a protestar:

—Esto es un antro, una cueva. No se puede venir aquí.

El camarero se lo dijo al gerente, el gerente se acercó a la señora y la rogó que abandonara el local. La señora, indignada, no quiso obedecer. Acto continuo compareció el portero, uno de estos porteros ingleses, formidables e implacables como el Destino. El portero cogió a la señora por la cintura, y la arrastró hasta la puerta. La señora gritaba, arañaba, pata-

leaba. El salón estaba lleno de *gentleman*, que contemplaban la escena con una vaga curiosidad.

Yo me encontraba en el establecimiento con un amigo español.

—Pero, ¿nadie toma aquí la defensa de esa señora?—me decía mi amigo—. ¿Es ésta la caballerosidad inglesa?

—La caballerosidad inglesa—le contesté—consiste en estar bien vestido y bien peinado y en someterse al principio de autoridad. Aquí, el principio de autoridad está representado por el portero, y si usted se coloca en contra del portero, todo el mundo le dirá que no es usted un *gentleman*.

—Es decir que aquí, para defender a una señora, no basta el hecho de que sea señora, sino que, además, es necesario que tenga razón.

—Precisamente.

—Es repugnante.

Un articulista inglés se expresaba el otro día en el mismo sentido que mi amigo, aunque con menos violencia. Según este articulista, los ingleses han sido, relativamente, galantes en otra época. Ahora, no. «Ya nadie le cede su asiento a una señora en el tranvía», decía el articulista.

Pero la mitad de la culpa la tienen las señoras mismas. Es natural que la galantería masculina se haya relajado en Inglaterra más que en

ningún otro país, porque Londres es el foco del feminismo universal. Aquí es donde las mujeres han conquistado más derechos, y en donde los hombres están menos obligados a ser galantes con ellas. «Nosotras no somos débiles—dicen todos los días las sufragistas inglesas—. Nosotras tenemos la misma inteligencia que el hombre, la misma capacidad política que el hombre, la misma fuerza que el hombre.» ¿Cómo se va a ser galante con mujeres de esta clase?

—¿Usted es fuerte? ¿Usted es inteligente?—dice el inglés que espera su ómnibus al lado de una inglesa—. Pues si no hay más que un sitio libre en el tranvía vamos a ver quién lo consigue.

Y, como es natural, lo consigue el inglés y no la inglesa.

El país mejor del Mundo para las mujeres es España, porque ahí las mujeres no tienen derechos ningunos. En España todavía se le deja siempre a las señoras el lado de la pared para defenderla contra los peligros de la calle. Se las cede el asiento en el tranvía o en el *cine*, y no se las permite pagar en ninguna parte. Si—lo que yo no les deseo—las españolas llegan a emanciparse alguna vez, van a ver lo desagradable, lo caro y lo incómodo que es eso de tener derechos políticos.

CUANDO SE ACABE EL CARBON

El auditorio helado.

Dentro de tres mil seiscientos setenta y cinco años un hombre se dirigirá a los otros con estas palabras terribles:

—Señores, se acabó el carbón.

Y el auditorio entonces se quedará helado.

Los sabios, en efecto, anuncian que el carbón va a acabarse dentro de tres mil seiscientos setenta y cinco años. En estos últimos meses todos los periódicos de Londres publican artículos acerca del asunto. La cosa no era para menos.

Pero ahora resulta que los sabios han cometido un pequeño error de fecha. El carbón no se acabará dentro de tres mil seiscientos setenta y cinco años, sino dentro de unos cuan-

tos días. Lo dicen los carboneros, que, en esto del carbón, saben mucho más que todos los matemáticos del mundo. Los carboneros ingleses van a declararse en huelga y van a anticipar en cerca de treinta y siete siglos la declaración aterradora:

—¡Se acabó el carbón!

—Estamos trabajando como unos negros—dicen los carboneros—, y esto no puede seguir así.

Ante la amenaza todo Londres se ha estremecido, mitad de frío y mitad de terror. Londres es una máquina, una grande, enorme, una formidable máquina devoradora de carbón. El día que no haya carbón para alimentarla, la máquina dejará de funcionar. Toda la actividad, toda la energía inglesa son producto del carbón. Si los ingleses se mueven como las personas es porque el carbón los pone en marcha. El poco calor que tiene la vida inglesa es exclusivamente calor de carbón. Todo el calor de Inglaterra sale del carbón, así el calor industrial como el calor sentimental.

Con la chimenea apagada, no hay ternura ninguna en el hogar inglés. En Londres se calcula que hay siete millones y medio de chimeneas—una por habitante—, y cuando una de estas chimeneas no echa humo, si se mira por ellas se verá en una habitación un inglés

muerto o, por lo menos, dormido. Mientras el inglés está en actividad su chimenea echa humo, y si el humo es muy negro y muy espeso, es que los *business* del inglés son de una gran importancia.

En ningún país sería tan importante como en Londres una huelga de carboneros. Si los carboneros logran sostenerse en huelga hasta que se agoten todas las reservas de carbón existentes en Londres, Londres se paralizará de pronto, en un solo minuto, como una gigantesca máquina de reloj.

Hasta que el conflicto se solucione, y que unos trenes muy grandes depositen en las estaciones de Londres toneladas y toneladas de carbón. Este nuevo carbón encendido, cada inglés volverá a ponerse en movimiento, y la enorme máquina volverá á funcionar como antes, muy negra por el día, muy roja por la noche, como las ciudades imaginarias de que hablaba el poeta.

LAS NIEBLAS LONDINENSES

Me asomo a la ventana.

Con las primeras nieblas, Londres vuelve a tomar su carácter londinense. A las cuatro de la tarde ya están encendidos los faroles. Los faroles en Londres no alumbran; pero sirven de puntos de orientación para los transeúntes. Son como faros en medio de este enorme Océano tan frío. Debajo de cada farol, un guardia dirige la circulación. Sin un orden perfecto, sin una disciplina inflexible, los accidentes serían innumerables. Los transeúntes van de prisa y en silencio. Si acaso, alguno de ellos se detiene para entrar en un bar, toman un *whisky* caliente y sigue su camino. Las muchachas se recogen sin coquetería, debatiendo en el barro unas pantorrillas muy flacas. Terminados los nego-

cios, todo el mundo se apresura a entrar a casa. Se prefiere el interior a la imperial de los tranvías, y los ferrocarriles subterráneos al interior. En casa se tomá un baño templado, se embuten los piés en unas zapatillas y se desdobla un periódico muy conservador al lado de una chimenea muy confortable.

El que venga a Londres en el verano no podrá hacerse una idea de la gran ciudad. Yo me acuerdo de un cronista que llegó aquí en el invierno y envió a su periódico esta página humorística: «He llegado a Londres. Hace una niebla espesísima. Me he asomado a la ventana de mi cuarto y no he visto mas que una cosa muy obscura.» Pues esa cosa muy obscura es Londres. Esperar para ver a Londres a que haga sol es algo así como encender una cerilla para ver la obscuridad de una cueva. Cuando la niebla es tan densa en Londres que el viajero no puede ver nada, es cuando ve mejor a Londres, porque ese Londres impenetrable y misterioso, húmedo y frío, ese es el Londres de verdad.

Con sol, Londres resulta absurdo, y uno no se lo explica. ¿Por qué no hay paseantes en Londres? ¿Por qué no hay terrazas? ¿Por qué las calles son tan feas? ¿Por qué eso del *home, sweef home*—hogar, dulce hogar—? Pero la niebla es la gran definición de Londres. La nie-

bla lo explica todo: el amor de la vida doméstica, el horror de la calle, el aislamiento en que vive este pueblo, la disciplina, el *whisky*, la falta de interés para todo lo que ocurre a dos metros de uno, el egoísmo, los *clubs*, el *spleen*, el baile inglés y la *box inglesa*, que son dos reactivos poderosos; la falta de iniciativa, la poca exuberancia del inglés, el hecho de que todos los ingleses sean iguales y de que ninguno quiera distinguirse de los demás, el te, etc., etc.

Inglaterra es un pueblo completamente aparte de los otros. Es un pueblo extraño, que habla inglés, que está rodeado de mar y envuelto en nieblas.

ADORNO DEL SOMBRERO

Plumas y sentimientos.

Una importante ciudad francesa se dirigió recientemente al presidente de la República en son de protesta contra los modistos de París. Los firmantes de la protesta eran todos ellos fabricantes de paños, y decían que la moda actual les arruinaba. Una mujer, en efecto, se viste hoy con la quinta parte de tela que necesitaba antes. La parte moral del asunto, que tanto se ha discutido, no significa nada. Lo importante es la parte económica. Los industriales textiles de Francia solicitan la protección del Estado contra la moda, más peligrosa que todas las concurrencias extranjeras. Que monsieur Fallieres hace un decreto ordenando que ninguna mujer salga a la calle vestida con me-

nos de diez metros de tela, y que madame Fallieres se ponga un miriñaque para dar el ejemplo.

Pero ¿y los *restaurants* de noche de París? ¿Y los *mussic-halls*? ¿Y los bailes? ¿Y los *cabarets*? Todo eso constituye en Francia—en París, por lo menos—una industria mucho más importante que la industria textil, y todo eso vive de las mujeres. Ahora bien; si envuelve completamente a estas mujeres en la producción textil de Francia, nadie que pase por París se detendrá expresamente para verlas, y nadie, sobre todo, irá a París ex profeso.

Los bailes, los *cabarets*, los *mussic-halls* y los *restaurants* de noche se quedarán desiertos, y París perderá un ingreso diario de millones.

Yo ya había supuesto que en la moda actual entraba por mucho la economía. Nada de enaguas, de encajes ni de frufús. Nada más que un vestidito muy apretado y muy corto. Es una moda ideal para los maridos, que visten a sus mujeres con cuatro cuartos, y para los amigos de los maridos, que pueden contemplarlas a su gusto. Una moda contraria tendrá la oposición de todos los hombres ordenados y administrativos.

En Londres, la moda consiste ahora en no llevar plumas en los sombreros. Hace tiempo se fundó una Liga en contra de las plumas.

Como es costumbre cuando se constituye una nueva Liga, se echaron discursos en Hidepark y se repartieron proclamas a domicilio. Se decía que eso de matar a «inocentes y tiernos pajarillos» para adornarse es una cosa salvaje. Todas las inglesas que no podían comprar plumas se adhirieron a la Liga. Las inglesas ricas, sin embargo, siguen comprando plumas, y hay que ver con qué sonrisa cruel miran a las otras.

¡Tiernos e inocentes pajarillos! Se necesita muy buena voluntad para llamarle tierno e inocente pajarillo a un avestruz, que es capaz de comerse entera a una de las inglesas de la Liga, con sombrero y todo. Ya sé que hay inglesas con bastante dinero para comprarse plumas de avestruz, y bastante absurdas para dejar de comprarlas por razones sentimentales. Sin embargo, el origen del movimiento contra las plumas en los sombreros de las mujeres, es puramente económico. En el fondo se trata de adornar el sombrero con una teoría, ya que no se pueda poner una pluma. La teoría es generosa, indudablemente; pero yo encuentro que la pluma es mucho más bonita.

De todos modos, siempre se encuentra más consuelo para todos los males en un país crédulo y sencillo, como éste, que no en el nuestro.

LUZ DEL SOL EN LONDRES

Siempre acatarrado.

Desde la ventana de mi cuarto yo veo el Sol todas las mañanas. Está a dos pasos de mí, colgado en un cielo muy bajo. Yo lo miro fijamente, y con tanto desprecio, que, a veces, el Sol se achanta y se tapa la cara con una nube. El Sol inglés no tiene dignidad personal. ¿De cuándo acá nuestro Sol hubiera tolerado más de un segundo la mirada de nadie? Entre nosotros, sólo un gran poeta puede alzar su vista a la altura del Sol, y si le dirige la palabra, ha de ser en verso, de once sílabas por lo menos.

Yo no soy un gran poeta, sino un simple periodista, y, sin embargo, yo puedo ponerme a hablar mano a mano con el Sol desde la ventana de mi cuarto, al Noroeste de Londres. El

otro día, despreciando sus rayos fementidos, encendí la chimenea en sus mismas narices y le dije:

—Acércate un poco y te calentarás.

El sol español me hubiera abrasado ante una ofensa tamaña. El sol inglés no tiene ya orgullo ninguno. Ha perdido toda su fuerza moral en el firmamento, de tal modo, que algunas estrellas salen muchas veces y se ponen a brillar a su lado, con una impertinencia insoportable. Yo creo que padece del reuma. Por lo menos, está siempre acatarrado. Cuando lo veo asomar tímidamente a mi ventana, con la nariz encarnada, como la mía, me dan ganas de ofrecerle un sorbito de *whisky* para hacerle entrar en reacción.

¿Cómo quieren ustedes que los ingleses no sean patosos y que las inglesas no sean frías si el Sol de Inglaterra está tan mal imitado? Este país nunca podrá dar gran cosa de sí. Aquí no habrá jamás revoluciones románticas ni crímenes pasionales, y, sobre todo, no habrá generosidad. Se es mucho más generoso en el verano que en el invierno, y en Madrid que en Londres. Los grandes móviles de la generosidad humana son el Sol y el vino de Jerez. El invierno es la época del egoísmo. El hombre se hace casero, es decir, conservador, y no se mueve de al lado de la chimenea. Atiza los ti-

zones y se siente encantado de su propio bienestar al pensar que, en la calle, una infinidad de desgraciados se soplan los dedos para meterlos en calor.

¡Ah! ¡Sol inglés...! Tú no serás nunca el Sol de la libertad, como lo ha sido el Sol de Francia, ni el Sol de la alegría, ni el Sol del amor, ni el Sol de la fe. Hay quien dice que eres el Sol de la Justicia. Tal vez. En todo caso, la Justicia es una misión demasiado fría y demasiado metódica para una cosa tan magnífica, tan brillante, tan ardiente y tan generosa como debe ser un Sol.

LA MASA BRITANICA ES LA MAS REFINADA

Ciudadanos a España.

Las calles céntricas de Londres se llenaron ayer de hombres-sandwichs, en cuyos grandes carteles se leía esta inscripción: *Menphis wants good citizens.* (Menfis necesita buenos ciudadanos.) Menfis es una ciudad del Teunessee, en los Estados Unidos de América. El *Daily Sketch* publica hoy una fotografía de la manifestación de hombres-*sandwichs,* y la acompaña del siguiente comentario: «Evidentemente, cuando los yanquis necesitan buenos ciudadanos saben dónde los deben ir a buscar.»

Esto quiere decir que Inglaterra es el país que produce mejores ciudadanos. El *Daily Sketch*

puede vanagloriarse de ello. Yo soy totalmente de su opinión. Aquí se dan los ciudadanos más respetuosos, los más trabajadores y los más sufridos de todo el mundo. No se puede añadir que son los más económicos; pero ya se sabe que lo barato es caro. Un español resultará siempre más barato que un inglés; pero el español es un ciudadano de pésima calidad. En esto no podremos nunca competir con el mercado extranjero. El ciudadano español ni acata debidamente las leyes ni da la cantidad de trabajo necesaria. A un pueblo tan experto en los negocios y con tanto dinero disponible como los Estados Unidos, no se le puede ocurrir la idea de alquilar por economía ciudadanos españoles.

El español es un hombre admirable; pero no como ciudadano. Como ciudadano el inglés. El inglés observará escrupulosamente las leyes del país adonde vaya, sean malas o buenas; trabajará con tanta conciencia como una máquina; se acostará temprano; madrugará; le pagará puntualmente a la patrona o al casero y nunca les dará disgustos a los guardias de Orden público.

Yo creo que España, como Menfis, necesita unos cuantos millares de ciudadanos ingleses. Para regenerar a España, lo de menos es tener un buen Gobierno, sino tener buenos ciudada-

nos. Los nuestros no sirven. ¿Por qué no venir a buscar otros aquí como hacen los yanquis? Me parece que la cosa no puede ser más sencilla.

Los ciudadanos ingleses acatarían a pie juntillas las leyes españolas. ¿Que nuestras leyes son malas? Las leyes no son malas ni buenas. El caso es que la gente las observe. Una ley estúpida, observada con unanimidad, da un resultado admirable.

No hay trastornos ni pejigueras. Todo marcha bien en el país. En cambio, es completamente inútil hacer leyes buenas para que la gente no las siga.

Nuestros dirigentes están empeñados en llevar a España las leyes inglesas. Yo les propongo que se lleven a los ciudadanos ingleses. Preparen ustedes una cantidad de hombres-*sandwichs* con cartelones que digan: *Spain wants good citizens*, y mándelos a Inglaterra. Pero, ¡mucho ojo hasta que la expedición salga de España! Alrededor de esos ministerios hay fieras capaces de devorar en un solo bocado unas cuantas docenas de hombres-*sandwichs*.

INFLUENCIA LATINA

Son el vino y el amor.

La influencia latina que había decaído temporalmente en Inglaterra, desde 1870, ¿saben ustedes por qué ha renacido? Por la difusión que han alcanzado en las islas británicas los vinos franceses, italianos y españoles. Tal es, a lo menos, la opinión de un sabio inglés. Con los vinos latinos ha venido a Inglaterra el espíritu latino. El vino es sangre, y el vino latino es sangre latina. En Burdeos, cualquier cosechero hace más por la hegemonía de lo que hizo aquel bordelés genial que se llamaba Montagne. Un inglés se emborracha con una botella de Burdeos, de Jerez o de Chianti, y en su borrachera tartamudea las palabras inglesas de origen latino, con preferencia a las de

origen sajón. A poco versado que esté uno en el inglés, le entiende fácilmente. En cambio, un inglés que se haya emborrachado con *whisky* es perfectamente incomprensible.

Yo añado esta observación personal a la teoría de mister Crowe, que es el sabio inglés a quien he aludido más arriba. Si entre él y yo pudiéramos convencerles a ustedes, entonces yo me lanzaría a proponer la candidatura de González Byass, por ejemplo, Ramos Power, o del marqués del Riscal, para la Real Academia de la Lengua. Por el momento, la idea es tal vez un poco prematura, y yo la abandono para mejor ocasión.

Sin embargo, la teoría de mister Crowe tiene mucha importancia, y yo se la brindo a los amigos del vino para que la esgriman contra los señores que hacen propaganda antialcohólica. Se habla del alcohol con muy poco respeto. Es cierto que se le deben muchos males, pero se le deben también muchos beneficios. Si Inglaterra es un pueblo muy casto, es porque es un pueblo muy borracho. Un individuo, por excepción, puede ser casto y sobrio y trabajador, y hasta puede saber tocar el piano, todo al mismo tiempo; pero un pueblo tiene que ser borracho o lujurioso. Aquí está terminantemente prohibida la trata de blancas, pero se permite la venta del alcohol. En Francia, donde hay

tantos establecimientos dedicados a la trata de blancas como en Inglaterra hay *public-houses,* se ha tratado, no hace mucho, de prohibir la venta del ajenjo. El gran vicio de Francia es la mujer. El gran vicio de Inglaterra es el alcohol. Cada pueblo se envicia, se encanalla y se arruina la salud a su modo. Decirle a un pueblo que no sea borracho o que no sea cochino, está bien; pero decirle que no sea borracho ni cochino, que le guarde fidelidad a la mujer propia, que trabaje mucho, que no fume, que no juegue y que se convierta en un modelo de virtudes, es perder el tiempo. «Embriágate siempre, embriágate de amor, de poesía, o de vino, pero embriágate», decía Baudelaire. El pueblo sabe dónde puede embriagarse de amor o de vino y por cuánto dinero. Si no se embriaga nunca de poesía, es porque ignora dónde la venden.

En Londres existe una secta de borrachos que le dan al alcohol una interpretación casi religiosa. Según la doctrina de esta secta, las palabras de Cristo, al decir que el hombre no debe vivir sólo de pan significan que, a más del pan, el hombre necesita vino, cerveza o cualquier otra bebida. El alcohol es una manera de intrepretar, de poner en ejecución nuestras almas. Hay almas ardientes, ruidosas, entusiastas, transparentes, que se manifiestan por

medio de un vino generoso; almas pesadas, opacas y frías; almas húmedas que sólo reaccionan al contacto del whisky, y así sucesivamente. Si hay hombres que no son borrachos, es, al decir de los sectarios de la religión del alcohol, porque sus almas no han encontrado aún la bebida que les corresponde. Ciertas almas rechazan ciertas bebidas. Los médicos dicen que no son las almas las que las rechazan sino los estómagos. «¿Es que está demostrado—preguntan los nuevos sectarios—que el estómago no es la residencia del alma?»

La religión del alcohol no es una broma, como pudieran creer algunos de ustedes, sino una cosa muy seria. ¿Por qué no? Aquí donde se hacen tantas religiones, ¿por qué no había de hacerse una más con el alcohol? El alcohol tiene todos los elementos de misterio, de exaltación y de milagrería que necesita una divinidad. La creencia en el alcohol existía ya; los templos, también. Sólo faltaba la teoría. Ahora ya la hay y yo creo que es lo bastante buena para convencer a los borrachos. A quienes no se convencerá tan fácilmente es a las mujeres de los borrachos.

UNA PÓLIZA DE FELICIDAD

El incendio de la pasión.

Si un agente de Seguros fuese en España a ver a un recién casado y le propusiera que se asegurase contra las infidelidades de su esposa, el recién casado se creería en el deber de echar a patadas al agente. Sin embargo, la infidelidad de la esposa es una calamidad mucho más frecuente en los hogares que el incendio. En Inglaterra las estadísticas demuestran que, por cada diez maridos, siete son engañados, mientras que, por cada diez casas sólo arde una décima de casa. En España es muy raro que el marido ventile públicamente ante los Tribunales la infidelidad de su mujer; así es que no hay estadísticas sobre el asunto.

En Nueva York existe una Compañía de Se-

guros para hombres casados, contra la infidelidad de sus esposas, y parece que está haciendo un negocio formidable. Aquella gente es toda ella gente de negocios. El recién casado se asegura por una cuota mayor o menor, y llega el día que su mujer le engaña. Si no estuviera asegurado, el marido se encontraría en una situación verdaderamente embarazosa; tendría que provocar una escena ridícula con su mujer, desafiar al amante, dejar de ir a la tertulia para evitar el trato de los amigos, y meterse en un pleito. Estando asegurado la Compañía se encarga de todo. Es de una comodidad admirable.

—¿Conque me has engañado?—le dice el marido a su mujer—. ¿Cuando menos, tú te creerás que eso me importa algo? ¿No? Pues me tiene completamente sin cuidado: estoy asegurado.

Como primera providencia la Compañía le entrega una indemnización al marido. Luego, entabla una demanda de divorcio, y si el marido sale condenado la Compañía paga.

Supongo que por ciertas mujeres se pagará una cuota más alta que por otras, y que, antes de aflojar el dinero de la indemnización, la Compañía tratará de averiguar si el engaño del marido ha sido casual o no. El funcionamiento de la Compañía de Seguros contra las infideli-

dades conyugales parece en un todo semejante al de las Compañías de Seguros contra incendios. Después de todo, y como dijo Shakespeare, «¿qué es la pasión más que un incendio voraz?».

Entre nosotros las Compañías de Seguros hacen un negocio detestable. El español es un hombre que vive al día. Del porvenir le importa un comino. ¿Sacrificar el presente por el porvenir? No. Al revés. Sacrificar el porvenir al presente. La prueba está en el poco desarrollo alcanzado en España por las Compañías de Seguros, y en el desarrollo bárbaro que ahí han obtenido siempre las casas de préstamos.

En el caso especial de los Seguros contra las infidelidades conyugales, yo estoy seguro de que la Compañía norteamericana no encontraría un solo cliente en el país de Calderón. En vano los agentes harían ver a los hombres casados la comodidad de estar asegurados, la ventaja de percibir una indemnización en caso de desgracia, etc., etc.

—¡Váyase usted de aquí!—le diría al agente el español.

Y el agente pensaría luego:

—España es un país perdido. Esta gente no entiende nada de negocios.

EL CORAZON DEL MUNDO

Una idea de folletín.

Los dos amigos iban por las calles de la City. Uno de ellos era un sentimental. El otro era un hombre práctico. Al sentimental le molestaba mucho aquel movimiento, aquella baraunda, aquel ir y venir de gente, de coches, de automóviles, de bicicletas, de tranvías, de carros...

—Esta City—dijo sentimentalmente—es una porquería.

—Tú dirás lo que quieras de la City. La City es el corazón del mundo.

—¿El corazón?—exclamó indignado el sentimental—. ¿El corazón del mundo? Dime que es el ombligo del mundo, o si el ombligo te parece poco, dime que es la cabeza. Dime que aquí se plantean los negocios y se gana el pan; pero

no me digas que éste es el corazón del mundo. El corazón del mundo será un sitio donde haya mucha ternura, mucha generosidad, mucho desinterés. París, por ejemplo. A pesar de todo, París es una ciudad que se conmueve con las desgracias ajenas, que se echa a la calle para protestar de lo que le parece una injusticia, que reúne dinero cuando le hace falta a una nación asolada por una gran calamidad. Y además...

—Y además, las parisienses son más sentimentales que las londinenses.

—Y además, eso, sí, señor. Y además la necesidad te obliga a hacer una pequeña incorrección, a mudarte del hotel sin pagar, pongo por caso, y París tiene indulgencia para ti, y nadie te huye como se le huye a un apestado. En París se comprenden los desarreglos de la juventud y no se les condena de esta manera despiadada que se usa aquí. Allí un hombre que es simpático tiene hecho la mitad de su camino. Aquí no hay hombres simpáticos y antipáticos, sino correctos e incorrectos. Este es un pueblo frío. París es un pueblo de corazón. Yo no digo que el corazón de París sea precisamente el corazón del mundo. Lo que digo es que el corazón del mundo no puede estar en la City.

—Pero es que tú tienes acerca del corazón una idea de folletín. Tú te crees que el cora-

zón es un órgano muy delicado y muy poético.

—Naturalmente.

—Pues ese es el error. El corazón es un músculo formidable. El trabajo del corazón es más duro que el trabajo del estómago. El corazón lleva y trae la sangre por todo el cuerpo incesantemente, y no tiene tiempo para sentir esas cosas tan poéticas que le atribuís vosotros. Esas cosas se le ocurren a la cabeza. El corazón es una especie de Rafael Gasset del cuerpo humano y está desprovisto de todo lirismo No te quepa duda, el corazón del mundo es la City.

—¡Vamos, hombre!

—¿Pero qué idea tienes tú del mundo, vamos a ver, cuando quieres atribuírle un corazón tan tierno? Tú te crees que el mundo está mecido por una especie de *Vals de las olas* y que todo son en él ternezas y delicadezas, ¿no es así? Pues, no, señor. En el mundo no se toca el *Vals de las olas* mas que muy de tarde en tarde. El mundo está lleno de egoísmo y de brutalidad. Y el mundo necesita un corazón como la City, fuerte, formidable e infatigable. Con otro corazón, el mundo se moriría de anemia.

—Tanto mejor—añadió el amigo sentimental.

LA CATEDRAL Y LA CAPILLA

Los gastos de instalación.

El otro día he acompañado a una señorita hasta la iglesia. Llegamos a Abington Street, y ella se dispuso a buscar el número.

—Es el 15 o el 25. Creo que es el 25. Aquí está.

Nos detuvimos ante una casa como las otras. En el piso bajo había una sastrería. En el principal, un dentista americano. La iglesia estaba en el segundo, a la derecha.

—Hasta luego—me dijo mi amiga.

—Adiós.

Indudablemente, el protestantismo es una religión muy práctica. Por lo pronto, no requiere grandes gastos de instalación. Tiene muy pocos santos y muy pocos bártulos. En un país en que

los alquileres son tan crecidos, esto es de una estimable comodidad. El sacerdote puede vivir en la misma iglesia, con su mujer y con sus chicos, y a la hora de recibir a los fieles le bastará ocultar la cama detrás de un biombo. Si un día se encuentra en *déficit* con la patrona, nada le será más fácil que organizar una mudanza a la *cloche de bois*, metiéndose debajo de la sotana los utensilios domésticos y los objetos del culto.

Sí. No cabe duda. El protestantismo es una religión muy práctica. Es la religión más conveniente para los hombres de negocios. El catolicismo sería imposible en un pueblo tan metódico como éste. Es una religión ardiente, exaltada, llena de milagros y muy poco práctica, Es, casi, casi, una religión anarquista, y éste es un pueblo muy conservador.

Exige grandes gastos de instalación, lleva mucho tiempo, predispone al ensueño y le aparta a uno la imaginación de los negocios. El claroscuro de las catedrales, las altas bóvedas, los ventanales góticos, el oro, la púrpura; todo eso constituye un ambiente que al inglés no le impresiona absolutamente nada; pero que le parece absurdo. Al inglés le gustan las religiones sensatas. El inglés quiere ir a casa del cura como va a casa del médico. Si el médico le recibiese en una catedral, vestido con un traje

fantástico y haciendo gestos extraños, el inglés daría media vuelta, diciendo que todo aquello era muy poco razonable. Pues la misma reflexión se le ocurre al trasponer el umbral de una iglesia católica.

«El catolicismo—decía un personaje de Enrique Heine—es una religión muy buena para un hombre de mundo, y, sobre todo, para un aficionado a las artes; pero no sirve para un hamburgués, y mucho menos para un administrador de loterías.»

Tampoco sirve para un inglés. El inglés carece de tiempo y de imaginación para ser católico. Cuando un inglés está muy enamorado, se sienta al lado de su novia y la dice:

—¿Sabe usted, señorita, que hace un tiempo muy desagradable?

Y cuando se siente poseído de una gran fe religiosa, de una gran exaltación mística, se va a una casa, sube cuarenta y siete escaleras, toca un timbre, pregunta por el cura y despacha el asunto mano a mano con él, en un tono perfectamente familiar y en menos de cinco minutos.

Time is money.

EL BASTON DE MISTER BELL

Un instrumento de orden.

Si yo fuera un filósofo, ¡qué gran artículo escribiría sobre el bastón de mister Bell! Yo he descubierto la filosofía de este bastón hace apenas veinticuatro horas, y ardo ya en deseo de divulgarla. Ayer, mister Bell y yo nos fuimos a las inmediaciones de Buckinghan Palace para asistir a la despedida de los Reyes. Es decir, mister Bell, el bastón de mister Bell y yo. La calle estaba llena de gente. Había que esperar un par de horas. Entonces, mister Bell destornilló el puño de su bastón, que es redondo, y se lo metió en el bolsillo; acto seguido sacó de otro bolsillo una tablita, con un agujero en el centro, y se la adosó al bastón; luego plantó el bastón en el suelo y se sentó encima. Y allí

permaneció mister Bell hasta que llegaron los Reyes.

Yo iba, venía y, de vez en cuando, mister Bell me decía:

—¿Quiere usted sentarse? Tenga mi bastón.

—No. Muchas gracias.

—¿Por qué no?

—Porque yo no soy digno de sentarme ahí, mister Bell. No tengo para ello bastante espíritu de disciplina.

¿Cómo podría un español aguardar pacientemente durante dos horas, sentado sobre un bastón, el paso de los Reyes? No. Un español no podría nunca hacer eso, aunque los Reyes esperados no fuesen precisamente los suyos. Pero la filosofía de un inglés se aviene maravillosamente con la filosofía de los bastones sillas. Así, mister Bell permanece sentado horas y horas sobre su bastón, aguantando el frío y la lluvia, para esperar su turno a la puerta de los teatros, y nunca se le ocurre la menor protesta. Es un hombre paciente, disciplinado y respetuoso con las leyes y con las costumbres.

—Yo que usted—le dije a mister Bell mientras llegaban los Reyes—, me sacaría del bolsillo el puño del bastón y me entretendría haciendo con él juegos malabares.

—No es necesario—me contestó mister Bell—. Yo no me aburro.

Por fin llegaron los Reyes. Hubo un gran rumor entre la multitud. Mister Bell se levantó, sacó la tablita que le había adosado al bastón y la substituyó por el puño.

—*¡Hip! ¡Hip! ¡Hurrah...!*

—*¡Hurrah!*—exclamaba mister Bell a grito pelado.

Terminó el espectáculo, y mister Bell, este hombre tan paciente, se metió el bastón debajo del brazo y echó a andar muy de prisa. Yo le seguía dificultosamente.

—Amaine usted un poco, mister Bell.

—¿Es que quiere usted que vayamos como dos papanatas?

—¡Hombre! Después de haber estado más de dos horas sentado encima de su bastón, no querrá usted hacerme creer que es usted un hombre muy activo.

—¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro? ¿Qué actividad iba yo a desarrollar esperando al Rey? Allí yo no podía hacer más que aguardar, y aguardé tranquilamente. Ahora necesito llegar a casa y voy de prisa. En obsequio a usted amainaré un poco, sin embargo.

Y como yo no cesaba de hablarle del bastón, mister Bell me dijo:

—¿Pero es que en España no usan ustedes estos bastones para ir a las manifestaciones y a los teatros?

—No, mister Bell. Estos son los bastones de un pueblo disciplinado, y España es una anarquía. Allí los bastones tienen una filosofía completamente revolucionaria. En los teatros, golpean las obras que se estrenan, y en las manifestaciones, dan garrotazos.

—Es que—me respondió mister Bell—, si hace un momento, alguien se hubiera permitido un grito o un ademán contra los Reyes, yo no hubiese vacilado en darle en la cabeza con este sólido bastón de orden y de respeto.

UNA REUNIÓN EN CAXTON-HALL

Lo que enciende la sangre.

En Caxton-Hall se ha celebrado un mitin contra la pornografía. Un mitin contra la pornografía tiene en Londres todo el carácter de un mitin contra el extranjero. Los ingleses no se avienen a reconocer que en Londres haya pornografía ninguna, puesto que la pornografía carece aquí de existencia legal. Hablar contra la pornografía es hablar contra el Continente y contra su influencia en Inglaterra.

Por lo demás, ya se puede imaginar el lector la gente que acudió al mitin Caxton-Hall: inglesas viejas, altas, flacas, horribles; puritanos vestidos de negro, maridos divorciados... Yo recuerdo una reunión antipornográfica en París, donde se dijeron cosas monstruosas. En Pa-

rís nunca se deja ir a las reuniones antipornográficas a una muchacha «como es debido», y se la envía de preferencia a un *music-hall.* No hay escritores más inmorales que los moralistas, ni asambleas más escandalosas que los mitines antipornográficos. En honor de la verdad debo decir, no obstante, que el mitin antipornográfico de Caxton-Hall fué de lo menos pornográfico que yo he visto.

Organizaron el acto catorce Sociedades, y pronunció un gran discurso miss Clarck. El *Matin,* de París, que acoge en sus columnas un gran extracto del mitin para su campaña contra la pornografía del *Journal,* le llama simpática a miss Clarck. Este adjetivo no es, sin embargo, el más adecuado para una oradora antipornográfica. Yo creo que resultaría más moral decir: «La antipática miss Tal.»

En general, casi todos los oradores afirmaron que en Londres no existe la pornografía mas que como un producto extranjero, que si hay ingleses pornográficos es de la misma manera que hay ingleses afrancesados, y que el temperamento inglés es antipornográfico por razón del clima, etc. Esto podría ser objeto de una larga discusión. Por razón del clima, el temperamento inglés es frío; pero se puede ser frío y ser vicioso. La pornografía y el vicio no son nunca cosas de temperamento, sino desviacio-

nes de temperamento. El que un español sea más ardiente que un inglés no quiere decir que sea más pornográfico, sino que es más ardiente. Tal vez lo que en el hombre ardiente no constituye vicio, lo constituya las más de las veces en el hombre frío e inglés. Un joven de veinte años suele hacer muchísimo más de lo que hace un viejo libidinoso, y, a pesar de ello, el libidinoso es el viejo. Los ingleses están, por naturaleza, a la misma temperatura sensual de ese viejo hipotético.

Como de costumbre, en el mitin de Caxton-Hall se pidieron leyes contra los escritores pornográficos. Sobre este punto yo puedo ofrecerle también al lector una cuantas ideas, que, si no son completamente nuevas, están todavía en buen uso y pueden hacer un gran papel en Madrid. Yo creo que los escritores más peligrosos para la juventud no son, precisamente, los escritores pornográficos, sino más bien esos tiernos y lánguidos escritores sentimentales, cuyos libros entran en todas las casas. *El corazón de una virgen*, pongo por caso; *Las infamias del adulterio, El conde Rigoberto* o *La honesta pastorcilla*; esos son los libros que desvelan a las cándidas muchachas y que excitan su imaginación. Mucho más, no les quepa a ustedes duda, que el execrado *No mascar cebollas*.

Un escritor francés decía, no hace mucho,

que los moralizadores piden siempre leyes contra los literatos y nunca contra los músicos, y citaba ciertos pasajes musicales de una pornografía patente. Yo recogí la teoría en un artículo y pedí el procesamiento del Sr. Lleó, en virtud de las mismas razones que otros alegan para solicitar el del Sr. Paso. Evidentemente, el señor Lleó es un músico pornográfico; pero en música sucede lo mismo que en literatura, esto es: que la música pornográfica no es, en realidad, la más condenable. El *babilonio* puede exaltar a los bailarines de la Bombilla; pero no me parece que sea en la Bombilla donde hay que velar por la inocencia de los adolescentes. Los valses lánguidos, melancólicos y las romanzas sentimentales; eso es lo malo. Yo me aterro al pensar en las imaginaciones que habrá trastornado el *Vals de las olas*. ¡Cuántas muchachas no se habrán perdido por su culpa! ¡Cuántos raptos hubieran sido irrealizables sin su concurso!

Para acabar con la pornografía lo primro es acabar con la hipocresía. Hay que facilitar, antes que nada, el contacto entre el hombre y la mujer, porque mientras los sentimientos humanos no se puedan desenvolver libremente, es indudable que se desenvolverán de una manera pornográfica. Con libros de Felipe Trigo o con libros del padre Coloma; con música de

Lleó o del organista de San Francisco el Grande, ellos se desenvolverán. Yo soy un gran enemigo de la pornografía, que considera eminentemente pornográficas todas las leyes antipornográficas.

LA ESCULTURA EN LONDRES

Lloyd George y los caseros.

Hace algún tiempo se decía que lo mejor de Londres es la niebla.

—¿Por qué?—preguntaba uno cándidamente.

—Pues porque impide ver todo lo demás.

Ahora, un londinense que acaba de llegar a Londres, después de una larga ausencia, se manifiesta maravillado ante las suntuosas decoraciones exteriores de los edificios modernos. «No se construye actualmente en Londres ningún edificio de importancia—dice—sin su correspondiente grupo de figuras alegóricas.» En este renacimiento de la escultura es probable que no haya dejado de ejercer cierta influencia la política de Lloid George. Hasta ahora, todo era provisional en Londres. Ya saben ustedes que el que compraba en Londres un solar debía

reintegrarlo al cabo de cien años a los lores que se lo habían vendido, dándoles de propina cuanto hubiese puesto o edificado en él. ¿Así quién iba a perder su dinero edificando edificios magníficos, ni cómo iba a desarrollarse la escultura en esas condiciones? La escultura es tal vez la más noble de todas las artes, porque su idea inicial es la idea de la eternidad. Los pueblos en donde el arte de la escultura ha alcanzado un desarrollo mayor son aquellos que han sentido más intensamente el anhelo de sobrevivirse a sí mismos. Egipto, Grecia, Roma, son eternos por sus mármoles.

En Inglaterra no ha podido existir nunca el concepto de eternidad. La eternidad está representada aquí por plazos de cien años. La propiedad de la tierra es interina, provisional, y esto la ha hecho, hasta ahora, incompatible con las magnificencias de la arquitectura y de la escultura, artes inmortales. Hoy parece que esas artes comienzan a florecer en Londres, y yo me pregunto si ello no se deberá, en gran parte, a la política de Lloyd George, que ha hecho entrever para un plazo muy próximo la derrota de los principios del lorismo. Este aspecto artístico de la política fomentada por el célebre *leader* no es el menos interesante de todos. Yo se lo brindo a los lectores como una información inédita.

EL JUEGO DEL AJEDREZ

El vencedor de Chess Club.

Si yo me hubiera puesto hace dos días a escribir acerca del ajedrez, yo hubiera dicho que el ajedrez es el juego inglés por excelencia. Como de costumbre, hubiera hablado del clima, y hubiera dicho que el ajedrez no puede desarrollarse en los países cálidos ni en aquellos en que los cambios de temperatura son violentos e irritantes. Hubiera demostrado que el ajedrez, juego de paciencia, necesita un ambiente apacible, donde los nervios del jugador estén perfectamente tranquilos. Hubiera hablado del *at home* inglés, de la serenidad, de la ecuanimidad inglesas, del aburrimiento de Londres y de todo lo demás. Hubiera aprovechado la ocasión para hacer un poco de psicología

del espíritu británico y del espíritu español. «Los españoles—hubiera dicho—podrán triunfar de los ingleses en un juego de improvisación y de audacia, pero no en juego de cálculo y de reflexión». Luego hubiera intentado darle al artículo cierto interés político y hubiera añadido, no sin un poco de malicia, que en cuantas partidas de ajedrez emprendamos con Inglaterra llevaremos, desgraciadamente, todas las de perder.

Esto hubiera escrito yo hace un par de días si se me hubiese ocurrido la idea de hablar acerca del ajedrez. Pero he aquí que llega a Londres don José de Capablanca, que se va a *Chess Club*, donde se reunen los más terribles ajerecistas de Inglaterra, que se pone a jugar con ellos y que los maja. El *Evening News* de ayer publica, con todos los honores, el retrato del vencedor. Muchos otros periódicos insertan su biografía.

Don José de Capablanca no es un español precisamente, sino algo mucho más tropical todavía. Es un cubano. Hace algún tiempo luchó en San Sebastián con catorce grandes ajedrecistas y sólo sufrió una derrota. No es un hombre viejo, reflexivo y lleno de experiencia, sino un joven lampiño que está estudiando la ingeniería de minas. Si abandona su carrera para dedicarse al ajedrez, ganará el dinero a espuertas.

A mí este vencedor del *Chess Club* me parece un compatriota, tanto por su origen como por su Capablanca, y su victoria no ha dejado de producirme cierta satisfacción. Hay que advertir que don José de Capablanca no juega a la inglesa, sino a la española o a la cubana. Confía más en el golpe de vista que en la reflexión. En sus jugadas es rápido y atrevido. Es lo que podría llamarse un improvisador del ajedrez. El *Evening News*, que le dedica una larga información, está maravillado.

¿Quién ha dicho que se ha acabado la época de nuestras conquistas? ¿Quién ha osado afirmar que la impetuosidad, la audacia y el espíritu improvisador de la raza no pueden obtener ya triunfos ningunos en el mundo? Lean los pesimistas la reciente hazaña de don José de Capablanca y recobren la fe perdida: esa fe tan necesaria en el ajedrez como en todo.

ESPIRITU BRITANICO

Gentleman cambrioleur.

Un pueblo es grande no sólo por sus virtudes, sino por sus defectos, y por sus bandidos tanto como por sus santos.

Así, cuando se admira a un pueblo, se le admira por todo. Yo soy un gran español, y no me enorgullezco menos de mi paisanaje con José María el *Tempranillo* que con don José Zorrilla, pongamos por caso.

Los dos son románticos, ardientes, generosos. Los dos representan la raza de la misma manera.

—¡José María, el *Tempranillo!*—me dice un admirador de espíritu sajón—. ¡Quite usted! En el fondo, ese pobre José María era un sentimental.

Y acto seguido me describe el tipo del *gentleman cambrioleur,* frío, elegante, correcto, sin calañés, ni bigote, ni polainas, afeitándose todas las mañanas y poniéndose el frac todas las noches.

Ha pasado la moda del bandido español y ha llegado la del bandido inglés. Antes se representaba *Carmen* en Inglaterra. Ahora se representa *Raffles* en Madrid. Como es natural *Raffles* no tiene música, porque los bandidos ingleses no la necesitan. Se ha empezado admirando a los filósofos ingleses, y se ha acabado por admirar los bandidos de Inglaterra, lo cual no es tan extraño como puede parecer a primera vista. En el fondo lo que se admira es el espíritu británico. Se admira a Inglaterra y se le admira por sus malas tanto como por sus buenas cualidades. Si se la odiara, se la odiaría en igual forma. En esto no hay razonamientos que valgan. La simpatía o la antipatía son más fuertes que uno.

Así, el amigo a quien he aludido antes, influído por la lectura de Carlyle, se ha hecho un partidario entusiasta del *gentleman cambrioleur.* El quisiera que nuestros bandidos fuesen así, lo mismo que le gustaría ver a nuestros políticos gobernando a la inglesa, y a mí estas pretensiones me parecen absurdas. ¿A quién se le ocurre vestir de frac a los bandidos de Sie-

rra Morena? Esto sería tan disparatado como vestir a *Raffles* con polainas y calañés, montarlo en un caballo y darle un fusil para que se echase a robar por Londres. Cada pueblo tiene los bandidos que necesita. En España un bandido inglés no sacaría dos reales. Ahí los bandidos deben ser vistosos, valientes, enamorados y generosos. Lo requiere el escenario, y también lo requiere el público, que lejos de denunciar, protege muchas veces a los bandidos que le son simpáticos. Al bandido inglés le falta corazón para tener éxito en España. Es demasiado frío y demasiado lógico. ¿Que no tiene remordimientos? No los tiene, porque carece de imaginación, y la falta de imaginación le perjudicaría mucho en esa tierra de improvisaciones. Por lo demás, ¡bueno se le iba a poner el frac en Sierra Morena al *gentleman cambrioleur* en menos de un par de días!

Es inútil. Si acaso, admiremos a los bandidos ingleses en Inglaterra como una curiosidad del país; pero no intentemos trasladarlos a España. No nos convienen de ningún modo.

LA MENTIRA SOBRE EL TABACO

Los «smokingrooms».

Cuando vengan ustedes a Londres y vean en algún departamento de cualquier restaurant un letrero que dice *Smoking-room,* no hagan ustedes lo que un amigo mío que, como estaba de americana, no se atrevió a entrar. *Smoke* significa humo, y *Smoking,* humeando, y *Smoking-room* habitación humeante. Por supuesto que este humo es humo de tabaco. Todas las habitaciones de Londres están llenas en esta época de humo de carbón, y, sin embargo, no todas son *smoking-rooms.* Si ustedes añaden en alguna de ellas una bocanada de humo de tabaco al humo de la chimenea, tendrán que pagar cuarenta chelines de multa.

Acabo de leer un artículo muy curioso sobre

la prohibición de fumar en los ferrocarriles ingleses. Resulta que sólo un dos y medio por ciento del promedio de viajeros pertenece a la categoría de no fumadores. Sin embargo, en trenes de cincuenta vagones no suele haber más de dos departamentos *smoking*. Estos dos departamentos se llenan inmediatamente, y la mayoría de los fumadores tienen que sacrificarse en aras de unos no fumadores hiperbólicos.

¡Con lo largos, con lo aburridos que son los viajes en ferrocarril! ¡Cuando hasta el mayor enemigo del tabaco le pediría un pitillo al vecino de enfrente para matar el tiempo! Es absurdo, pero es así. Al hacer el reglamento de ferrocarriles, los ingleses han supuesto una mayoría de no fumadores. Esta mayoría no existe, pero debiera existir.

Ya que no tenga existencia real, se le ha dado una existencia legal, y, como los ingleses son tan respetuosos de la ley, se echan al coleto viajes de quince horas sin encender un pitillo, para no molestar a un no fumador inexistente. ¡Civismo admirable que sólo se ve en Inglaterra!

En España y en Francia, un departamento es de fumadores o de no fumadores, según esté o no ocupado por personas que fumen.

Yo hice un viaje de París a Dieppe, bajo la

etiqueta de no fumadores, y, sin embargo, encendí un pitillo. Ningún francés protestó; pero un inglés que estaba enfrente de mí, me llamó la atención. Yo no tuve más remedio que arrojar el pitillo por la ventanilla. El inglés, muy contento, se arrellenó y se puso a dormitar. A la media hora roncaba. ¡Con qué satisfacción le dí una palmadita en el hombro!

—Perdone usted. Está usted roncando.

—Es que tengo un perfecto derecho a dormir.

—Tiene usted derecho a dormir, pero no lo tiene usted a roncar. Váyase usted a un departamento de roncadores.

—Yo no molesto a nadie.

—Molesta usted a todo el mundo.

Los franceses se pusieron de mi parte. El inglés dijo que no roncaría, pero que dormiría. Cinco minutos después roncaba como un elefante.

—*Espece d'artiste*—le dije—. Acaba usted de soltar un do de pecho.

El inglés se moría de sueño, pero no pudo dormir. Seguramente, el acto de roncar le producía a él un placer mucho más intenso del que me hubiera producido a mí el acto de fumar. Sin embargo, dejó de roncar para que yo no fumase. Llegamos a Dieppe y nos embarcamos. Yo instalé mis bártulos en un camarote y subí

a cubierta. El inglés, despejado con los aires del mar, estaba allí fumando una pipa. El humo del tabaco no le molestaba absolutamente nada. Si había protestado de mi pitillo no había sido por él, sino por el no fumador hipotético. Ante todo, la observancia de las leyes.

El autor del artículo a que he aludido antes protesta contra la prohibición de fumar que existe para los viajeros no sólo en los coches, sino en las salas de espera, en las cantinas de las estaciones y en todas partes. A mí un inglés que protesta me parece siempre muy original. *¡Poor lady Nicotine!*—dice el articulista—. Y el caso es que el tabaco es un gran estimulante del idealismo, y que en este sentido convendría mucho protegerlo aquí.

Lady Nicotina, como otras muchas ladys, no menos voluptuosas, tiene infinidad de adoradores en Inglaterra; pero legalmente se supone que no. Con que no se fume de un modo oficial, para los ingleses es como si no se fumara. Y así sucesivamente.

RESTREPO EL INFATIGABLE

El último modernista.

Estaba yo leyendo un periódico de Madrid, donde se pedía el premio Nobel para Galdós, cuando me anunciaron la visita de mister Restrepo. Este Restrepo ha sido un personaje extraordinario en la vida literaria madrileña. Sus aventuras le valieron el sobrenombre de *Infatigable*, con el que ha pasado a la Historia.

Un día, Restrepo desapareció de Madrid. «Probablemente—decía un cronista recordándolo—, Restrepo estará ahora en un pequeño pueblo de provincias, almorzará todos los días y llevará las botas perfectamente remendadas.» Cuando se publicó este artículo, Restrepo se encontraba en París, y su indignación fué espantosa.

—¡Ese imbécil!—me decía, hablando de su biógrafo—. ¡Que yo llevo las botas remendadas! ¡Que yo almuerzo todos los días...!

Y en su ira, Restrepo, que había puesto los pies sobre una silla, accionaba con ambos dedos gordos.

—¡Que yo estoy en un pueblo de provincias...! Le he puesto una cartita que le va a escocer. ¡Una cartita fechada en París! ¡¡En París!!

Me vine a Londres, y un día, en una librería española que hay aquí, unos hombres con muchos bigotes hablaban de Marcos Zapata. Yo entraba en el momento preciso en que Restrepo decía:

—¡Ese Zapata es un majadero!

—¡Hombre! ¡Restrepo! ¿Usted por aquí?

—¡Psch! Para que diga aquél imbécil que yo estoy en un pueblo de provincias...

—¿Y dónde vive usted?

Con cierto rubor, Restrepo me confesó que vivía en casa de una señora malagueña que tiene un boardrighouse en Brunswisk Square. Allí Restrepo decía todas las noches:

—Yo les aseguro a ustedes que ese Canalejas...

Y este es el personaje cuya visita me anunció la criada de mi casa cuando yo leía en un periódico de Madrid lo del premio Nobel para Galdós.

—Acabo de tener una discusión terrible—me dijo Restrepo.

—¿Pues...?

—Figúrese usted que un alemán que hay en mi casa se puso a decir que en España teníamos una gran figura literaria. Yo le pregunté cuál era, y él me dijo que era Echegaray. Me eché a reír: «Echegaray es un idiota», le contesté. Me quisieron comer. ¿Usted no se acuerda de un tratante en granos que viene conmigo, un tío muy pequeño, con una barba partida? ¡Pues habrá usted de haberlo visto! Que parecía mentira. Que yo era un mal español y un renegado. Que tenían que venir los alemanes a descubrir nuestras glorias y que todavía nosotros protestábamos. Ese tratante—añadió Restrepo con un gesto definitivo— es el español prehistórico. Yo salí de mis casillas y les hablé de Villaespesa. Villaespesa sí que es un poeta—les dije—, y no esa porquería de Echegaray. ¿Sabe usted lo que hicieron entonces? Mirar en un diccionario enciclópedico a ver si encontraban a Villaespesa. En fin, que si no me voy de allí, me lío a golpes con todos. He tomado un berrenchín terrible. Claro que la culpa me la tengo yo por meterme a hablar de literatura con esos bárbaros. No lo volveré a hacer en mi vida.

—Sí, Restrepo. Lo volverá usted a hacer. Usted es el *Infatigable*.

Restrepo estaba fuera de sí. Restrepo es,

tal vez, la única persona en quien subsisten aún las ideas literarias de la antigua tertulia de Candelas, cuando Rubén Darío acababa de llegar a Madrid y Orts Ramos hablaba del desdoblamiento, y otro catalán, que se llamaba Cuenca, decía que había que vivir la vida vivida. Todas aquellas ideas han evolucionado en todos aquellos hombres, menos en Restrepo. Restrepo salió de Madrid, y hoy, en Londres, sigue hablando contra «esos congrios que lo ocupan todo». Esos congrios son Sellés, que no ocupa nada, y Ossorio y Bernard, que se ha muerto, y Troyano, que está retirado, etc. Otras veces habla del público rutinario que no entiende a Benavente, porque Restrepo no se ha enterado de que Benavente llena hoy todos los teatros de Madrid.

Restrepo es el *Infatigable*. Dentro de treinta años, cuando eso del modernismo sea una de las antiguallas mayores de España, Restrepo seguirá declarándose modernista y diciendo:

—Nosotros los de la novísima generación...

No sólo Galdós, el mismo Benavente habrá recibido el premio Nobel, y Restrepo seguirá combatiendo en contra de «esos viejos que lo acaparan todo y no le hacen plaza a un muchacho del talento de Benavente».

—¡El gran Restrepo! ¡Restrepo el *Infatigable!*

EL «PUDDING» DE LAS NAVIDADES

La fiesta británica.

En todas las casas de Londres, unas muchachas muy rubias están a estas horas abriendo pasas con un cuchillo y echando fuera las pepitas. De vez en cuando, se comen una de las pasas.

—Este año va a salir bueno el *Cristmas pudding*—dicen.

—A mí me gusta mucho.

—A mí lo que me gusta es la presentación, cuando se apagan las luces y aparece el *pudding* lleno de llamas. Es *exciting. Very exciting.*

—Yo me pongo muy nervioso. El año pasado no pude contenerme y empeçé a dar gritos.

Según un *magazine*, Londres hará estas Navidades diez millones de libras de *pudding*. Los ingleses son muy aficionados a estos cálculos, en

los que ejercitan su ingenio. ¡Diez millones de libras de *pudding* que serán devoradas a las llamas fantásticas del *brandy*!

(La introducción del *pudding* en el comedor, que en todas las casas de algún tono es hecha por un criado de librea, tiene algo de opereta de magia y constituye la nota más alegre de la Nochebuena inglesa.

La Nochebuena es, en realidad, la única fiesta de Inglaterra. Yo la llamaría la fiesta nacional de los ingleses. Es una fiesta conservadora y familiar; una fiesta para las personas de orden, que tienen una chimenea bien caliente en una casa muy confortable y unos cuantos hijos muy bien calzados alrededor de una mesa, en la que no falta nada. Es la fiesta del egoísmo inglés. Todo el mundo permanece al *home* mientras la lluvia enloda las calles. En Soho y Charlotte Street, los barrios de la miseria cosmopolita, algunos *bars* abren sus puertas mercenarias para consuelo de los náufragos de la gran ciudad. No falta en esos *bars* quien pida *Whisky* con un acento muy español. La Nochebuena no ha sido nunca bien comprendida de los españoles. Somos demasiado individualistas y nada conservadores. Somos hombres de calle y no de casa. Nos falta este espíritu bíblico y familiar de los ingleses. Yo me siento horrorizado ante las fiestas del *Christmas*, así como se horrorizan los ingleses en nuestras

corridas de toros. Toda esta ternura, todo este sentimentalismo, todo este *pudding*, todos estos sentimientos y todos estos manjares, tan calientes y tan dulces, me parecen de un egoísmo espantoso.

EN LUGAR DE UN ARTÍCULO

Unos cuantos anuncios.

SE NECESITA un vaquero. Creencias cristianas. Preferirase un metodista. *(Est Anglian Daily Times.)*

LIGA ANTIPORNOGRAFICA.—Necesítase propangandista joven, elegante y distinguido. *(Daily Telegraph.)*

LANGUIDEZ. Vals. Ternura garantizada. Un chelín siete peniques. *(Daily Mirror.)*

SE NECESITA un inventor. *(Daily Telegraph.)*

SE NECESITA persona instruída en Historia para conversar una hora diaria sobre la decadencia de Bizancio. *(Morning Post.)*

FAMILIA de trece miembros. Convidaría comer y cenar todos los días a persona distingui-

da para deshacer el maleficio del número. Deséanse buenos modales y conversación ejemplar. *(Daily Telegraph.)*

LITERATO.—Profundo conocimiento de los clásicos. Necesítase para redactar los anuncios de un nuevo dentrífico. *(Daily Mail.)*

HERMOSO LORO australiano. Conversación garantizada. Habla inglés y algo de francés. Silba. Se le puede ensayar un mes. Con la jaula, 15 chelines. *(Daily Sketch.)*

UNA SEÑORA, que pesa 95 kilos, desearía reducirse a 75 antes de un mes. Proposiciones: Poste Restante, A. S. K. *(Daily Sketch.)*

NUEVA LIGA.—Necesítase inmediatamente propagandistas que hablen con convicción. *(Daily Telegraph.)*

AMIGOS PERDIDOS.—Se les encontrará recurriendo a nuestra Agencia de investigaciones. *(Daily Mail.)*

COJO del pie derecho. Desearía asociarse con cojo del pie izquierdo para comprar las botas en comandita. Número 43. *(Daily Mail.)*

CUBANO de trece años. Desearía colocarse de negro. *(Daily Mail.)*

UNA LIBRA de gratificación al que presente en Baker Streer, 54, hermoso perro japonés respondiendo al nombre de «Tutú». Señora anciana, gravemente enferma, se muere llamándolo. *(Daily Mail.)*

FAMILIA musical y danzante. Admite huéspedes. *(Daily Telegraph.)*

PENSION MODELO. Prohibición absoluta de fumar en todas las habitaciones. No se baila, ni se juega. Se apaga la luz a las once en punto. *(Daily Telegraph.)*

SE NECESITA muchacha de quince años, con gran experiencia de la vida, para cuidar una niña. *(Evening Times.)*

SEÑORITA. Cincuenta años. Carácter dulce. Desea casarse con un hombre muy enérgico. *(The Evening News.)*

EL CORREO MATRIMONIAL.—Establecido desde hace medio siglo. 15.000 matrimonios realizados. Clientes en todas partes. Condes y marqueses disponibles. Honradez garantizada para los que la soliciten. *(Daily Telegraph.)*

LA LIBERTAD.—Agencia de divorcios. *(Daily Telegraph.)*

MASAJISTA. Diez y ocho años. Rubia. Manos de hada. *(Pall Mall Gazette.)*

ENFERMO del hígado. Desea trabar amistad con hombre jovial.

SE VENDE un perro de Terranova. Fidelidad garantizada. *(Daily Sketch.)*

ACTOR CELEBRE, dedica postales: «Afectuosamente», tres chelines. «Cordialmente», cuatro chelines. «Con besos», cinco chelines.

«Con amor», siete chelines. «Con amor y besos», media libra. *(The Referec.)*

SE NECESITA una señora gorda para hacer experiencias de adelgazamiento por un procedimiento nuevo. *(Daily Chronicle.)*

UNA TARDE EN «COSMOPOLIS»

Frente al Britisk Museum hay un hermoso local que se llama «Cosmopolis». Allí se enseñan idiomas y se dan representaciones teatrales en inglés, francés, alemán, italiano y español. Los domingos, particularmente, el teatrò de «Cosmopolis» se llena. Se llena aunque la función se represente en sánscrito, porque el domingo londinense no tiene otro atractivo más que el que le da «Cosmopolis». Ya supondrán ustedes que el fundador de «Cosmopolis» no es ningún inglés: a un empresario inglés no se le hubiera ocurrido nunca la idea de organizar aquí representaciones domingueras, porque desde los tiempos de Shakespeare, ningún domingo había habido teatro en Londres. El fundador de «Cosmopolis» es un italiano de gran iniciativa.

Se llama Cucchiara; pero, en realidad, debiera llamarse Plato, ya que están comiendo de él una porción de personas. ¡Loor al Sr. Cucchiara, que ha venido a interrumpir en Londres una tradición secular, y que, con su esfuerzo y con sus libras, está comunicándole cierta amenidad al domingo inglés!

Ayer se representaron en «Cosmopolis» dos o tres obritas españolas. El teatro estaba atestado. Se había anunciado la presencia del embajador de España en unos prospectos que decían: «His Excellency Marqués de Villa-Urrutia.» A última hora resulta que el Sr. Villa-Urrutia no era marqués, y hubo que tacharle el título con tinta negra.

Varios fruteros que habían pagado sus entradas protestaron, y hasta creo que alguno pidió que le devolviesen el dinero diciendo que si el embajador de España en Londres no era marqués, no valía la pena de pagar cinco chelines por verle. Momentos antes de levantarse el telón la gente preguntaba por el embajador.

—¿Ha venido ya?

En esto, dos muchachas inglesas descubrieron a un señor como de setenta años, con un gabán de pieles, una barba muy blanca y una gran calva. Este señor, de aspecto verdaderamente formidable, se sentaba en la primera fila.

—Aquél es el embajador—dijeron las inglesas.

El público se puso en pie. Todos encontraban al embajador altamente decorativo.

—Yo no sé por qué le han suprimido el título de marqués—exclamó una alemana que había a mi lado.

—¡Chis! ¡Chis! ¡Silencio!—dijeron de distintas partes.

Y cuando se hizo el silencio, el embajador se levantó y se puso a tocar el piano para acompañar en sus canciones al barítono Sr. Pachés. Resultó que no era embajador, así como el embajador resultó que no era marqués. El verdadero embajador, sentado en la última fila, pasó inadvertido para todos.

La verdad que un embajador como aquel pianista resultaría mucho mejor que el Sr. Villa-Urrutia. En cambio puede que el Sr. Villa-Urrutia diera cierto juego tocando el piano.

Se levantó el telón y se representó una comedia, de los Sres. Mario y Abati, titulada el «Chiquillo». En esta comedia hubo una revelación: la de Ricardo Trowein de Alba. Ricardo Trowein de Alba es un muchacho extraordinario, que ha recorrido todo el mundo haciendo los oficios más contradictorios; que se batió con un león en Cuba, donde tenía el grado de capitán; que habla a la perfección diversos idio-

mas; que trabaja en un «office» ruso de la City, y que, a última hora, ha resultado un actor genial.

Ni Carreras, ni Mesejo, ni Ontiveros, ni ninguno de nuestros actores cómicos actuales hace reír al público como le ha hecho reír ayer en Londres Ricardo Trowein. El mismo Trowein tuvo que convencerse de que es un gran actor, y me decía:

—¡Si yo lo hubiera sabido! Hace año y medio yo era secretario de Díaz de Mendoza. Allí pude debutar varias veces con un papel que los Quintero, por ejemplo, hubieran escrito expresamente para mí; pero yo siempre creí que servía para todo menos para cómico. Me he enterado un poco tarde. ¡Tan tarde, que hoy, a fin de salir decorosamente a escena, he tenido que pintarme la calva con un corcho quemado!

Trowein ha sido el éxito de la fiesta. Ha tenido mucho más éxito que el embajador. Los demás actores han trabajado también de un modo excelente. Yo no los cito, porque esto no es una revista de teatro; pero les aplaudo a todos en conjunto. Indudablemente, en estas fiestas lo más interesante es el público. Cuando el secretario de la sección española, señor Baeza, dijo si alguien quería cantar una canción andaluza, conmigo había dos alemanas

y un suizo, al que yo le dije que debía cantar.

—¡Hombre! ¡Yo!—dijo el suizo sorprendido.

—¡Pero si usted es el español más típico que hay aquí!

LA INDIFERENCIA INGLESA

A veces está uno en un restaurant, y llega un inglés y se le sienta a uno en la mesa sin saludar, sin pedir permiso y sin mirarle a uno. Es el inglés despectivo. Su ideal, mientras permanece a nuestra mesa, es demostrar que no está enterado de nuestra existencia. Para realizarlo, el inglés se obstina en no mirarle a uno, y ésto le cuesta un trabajo terrible. Frecuentemente desdobla un periódico y se pone a leer; con el periódico interpuesto entre él y nosotros, el inglés puede abstenerse de mirar a los lados y evitarse una tortícolis; pero este ardid resulta cómico. ¿Qué lee el inglés? ¿Una noticia acerca de Caruso? ¿Un telegrama sobre los patagones? ¡Mire usted que enterarse de las vicisitudes de los patagones, que están tan lejos, sólo por no transigir con uno y reconocer,

mediante una palabra o con un simple gesto, la realidad indudable de nuestra existencia!

Nosotros ya sabemos que no le hemos sido presentados al inglés; pero ¿es que alguien le ha presentado a las personas de que habla el periódico?

Yo gozo mucho con estos ingleses. Les dejo hacerse la ilusión de que no existo, y cuando el inglés despectivo está casi penetrado de esta ilusión, entonces voy y le piso un callo. No lo hago por venganza, sino para demostrar mi existencia de un modo experimental.

—«I ame psony»—digo.

A veces el inglés hace un ademán vago como diciendo:

—Usted se figura que me ha pisado; pero yo no puedo creer en el pisotón de usted, porque, como yo no le conozco a usted oficialmente, usted no existe para mí.

Esto puede decir el ademán del inglés, o bien esto otro:

—Si usted existiera para mí, si yo pudiera tomarle a usted en cuenta como un ser viviente, ¡de qué modo tan admirable yo le «boxearía» a usted!

Otras veces el pisotón no le deja al inglés lugar a dudas. Tiene que rendirse a la evidencia de nuestros pies, y cuando se cree que no tiene pies, pues se cree que uno existe y que

uno es susceptible de escribir artículos de periódicos.

Lo más divertido es ver a dos ingleses despectivos juntos. Cada uno se esfuerza en demostrar una indiferencia absoluta del otro. Si el uno tuerce el pescuezo hacia la derecha, el otro lo tuerce hacia la izquierda.

Así permanecen dos, tres, cinco minutos. Luego cambian. Se les ve pendientes constantemente al uno del otro para dirigirse un des dén recíproco. Ambos miran a las otras mesas; ambos leen sus periódicos, se interesan por todo lo que pasa en uno y otro hemisferio; pero ninguno se digna tomar en consideración a su vecino inmediato, al que comparte la mesa con él. Cada uno de ellos parece decirle a la Humanidad:

—Yo no sé que haya nadie sentado a mi mesa. ¿Ven ustedes este señor que está sentado a mi mesa? Pues yo no tengo la menor noticia de él. Fíjense ustedes bien. ¿Verdad que no se nota que yo le haya visto? Ustedes no saben la indiferencia que me inspira este señor. Si ahora se muere de repente, pues me quedaré tan fresco, y seguiré fumando mi pitillo. Este señor no tiene realidad ninguna de mí. Lo más insignificante que hay para mí en el mundo es este señor que tengo enfrente. No. No crean ustedes

que me molesta. Ni me molesta ni me agrada. No existe. Por lo menos yo no me doy cuenta de que existe. ¿Es que no se nota bien claro que yo no me doy cuenta de que existe?

LA COLA DE LOS TEATROS

Los Tribunales han condenado la cola del Palladium. Yo no sé si tienen ustedes idea de lo que son estas colas que se forman en Londres a la puerta de los teatros. Un señor dice hoy muy serio en *Daily News* que «the querre»—la cola—representa la civilización inglesa. Representa desde luego el orden y la disciplina. El principio de la cola de un teatro—me refiero al principio moral—es éste: «First come, first sewed», en oposición al de «every man for himself.» En la cola de un teatro inglés no vale ser fuerte, inteligente ni «vivo». Lo único que vale es llegar temprano. Un tullido que tome puesto en la cola primero que un hércules, entra en el teatro antes que él. La cola inglesa no tiene comparación posible en España mas que con los puestos por escalafón, donde

no se recompensa al más bruto, como opi[illegible] algunos, sino al más antiguo. Para el buen orden de la cola inglesa se sacrifican todos los méritos individuales. Realmente, aquí no se reconoce mas que un mérito individual, que es el de tener dinero. Se supone que el que tiene dinero compra una localidad cara, y todos los que no tienen dinero para tomar una localidad cara, pues todos son iguales en la cola.

Por estas razones, dice el comunicante de *Daily News* que la cola es la civilización inglesa. Si no es la civilización inglesa precisamente, es la cola de la civilización inglesa. Las gentes verdaderamente civilizadas tienen sus asientos reservados en los teatros y entran cuando quieren.

Por lo que respecta a la cola del Palladium, las autoridades no han hecho mas que condenarla en beneficio del tránsito y atendiendo a quejas del comercio; pero sí que esta condena atañe en lo más mínimo a la filosofía de la cola en sí. Han condenado la cola del Palladium por circunstancias especiales; pero la cola de los teatros en general, la cola como representación de los principios morales ingleses, esa permanece sagrada. Porque la cola tiene un sentido filosófico y un aspecto pintoresco. Artistas callejeros, que no pueden trabajar para el

público en los teatros, se ponen a trabajar para la cola. El público de la cola está más horas formando cola que viendo la función; así es que no le basta el espectáculo teatral, sino que necesita también un espectáculo como cola. Para subvenir a esta necesidad vienen los artistas ambulantes: un tío que toca el acordeón, una vieja que canta romanzas, un acróbata, un escocés con una gaita, un negro de hollín, medio desteñido por la lluvia, que baila el «cake-wallk»; una adivinadora, un tenor italiano... Durante dos o tres horas se arma en la calle una algarabía terrible. Los comercios no pueden vender. Los artistas, de cuando en cuando hacen una colecta más o menos fructuosa. La cola goza lo indecible, hasta el punto de que yo creo que muchos no hacen cola para entrar en el teatro, sino simplemente por el placer de hacer cola, que es un placer muy dentro del gusto inglés.

Y aunque yo no esté conforme con la filosofía de la cola, yo adoro su aspecto pintoresco. Por eso siento la desaparición de la cola del Palladium, que era, tal vez, la más típica de todas.

LOS HOMBRES «SANDWICHS»

Mi ideal es vivir en el Extranjero libremente, sin cable alguno que me una a la administración de un periódico español; vivir en el Extranjero como el pez en el agua y no como un buzo. Yo quisiera independizarme completamente de España, y para conseguirlo no tengo mas que un recurso: hacerme hombre «sandwich». La profesión de hombre «sandwich» no es muy lucrativa, pero es filosófica; es de una filosofía escéptica y peripatética, que se aviene muy bien con todos mis principios. Antes que endosar la chistera del «businers-man» e irme a trotar por las calles de la City, yo prefiero ponerme un cartel en el pecho y otro en la espalda y pasear lentamente por Picadilly y Regent Street. El cartel yo puedo soportarlo; al fin y al cabo un cartel es publicidad; cuando me encartelen,

me haré cargo de que me he trasladado de las primeras a las últimas páginas de la Prensa. En cambio, esa odiosa chistera que se pone aquí todo el mundo para ir a la City, yo no la aceptaría nunca.

En realidad, esto de ser hombre «sandwich» no constituye precisamente una profesión, sino algo infinitamente más elevado: una filosofía. El hombre «sandwich» no hace nada. Anda, callejea, curiosea, huele... No se diferencia del vago ordinario mas que en que tiene un cartel. Es decir, que el hombre «sandwich» es un vago, sólo que es un vago que administra su vagancia poniéndola al servicio de las Agencias de publicidad. ¿Puede haber algo más seductor para un español?

Pero no crean ustedes que todos sirven para hombre «sandwich». No. No basta ser un vago. Es preciso, como dije antes, ser un filósofo. El perfecto hombre «sandwich» desprecia todas las vanidades humanas y le da igual que utilicen su espalda para anunciar un vigorizador de cabello que un depilatorio; un específico para engordar que un específico para enflaquecer; un drama de Shakespeare que un baile de la Paloma; un mitin de «sufragettes» que la última novela de María Corelli. Es tan estoico el hombre «sandwich», que hasta se deja atropellar por los ómnibus en Charing Cross Road.

Ayer se ha visto la causa de un hombre «sandwich» que se dejó atropellar por un ómnibus por encima del cartel.

—La verdad—dijo el juez—es que lo mejor sería suprimir a los hombres «sandwichs».

Pero esto debió decirlo para la galería. La prueba es que la Compañía de ómnibus fué condenada. Si se quisiera suprimir a los hombres «sandwich», se dejaría a los ómnibus en libertad de reducirlos a papilla.

TOQUE DE CORNETA

El cielo para los ingleses.

Hubo un tiempo en que el cielo era así como una colonia española. Ahora parece una colonia inglesa.

—El Continente está podrido—dicen los ingleses—. Sólo Inglaterra, la pura Inglaterra, debe ocupar el cielo.

Y para ocuparlo, han formado el ejército de salvación. Actualmente las inglesas hablan del cielo como cosa propia y anuncian que van a acabar en él con una porción de abusos. Para ellas San Pedro, demasiado tolerante, había dejado penetrar en el cielo a gente muy poco seria, que tomaba aquello como un lugar de delicias eternales, donde todo era hacer música y beber ambrosía.

—¿Qué ambrosía ni qué ocho cuartos?—piensan las viejas inglesas—. «Ginger beer», soda y alguna que otra limonada. Esto será lo que se beba en el cielo. Además, se acabaron los juegos celestes. Cada bienaventurado se levantará tempranito, se tomará un bañito frío y ¡a trabajar! En cuanto a los ángeles ya les cortaremos las alas.

Esto piensan, y con unos o con otros términos, esto dicen las inglesas que capitanean el Ejército de Salvación. Cada vez que yo me las encuentro en la calle no puedo evitar una serie de amargas reflexiones:

—¿Adónde iré a parar con mi alma, Dios mío querido—pienso para mis adentros—, si también el cielo está lleno de ingleses? ¿No es ya bastante el que los ingleses nos hayan estropeado todos los lugares de placer aquí en la tierra, las playas veraniegas y las residencias de invierno, los hoteles y los casinos, sino que, además, tendremos que sufrirlos en el cielo por toda una eternidad?

¡Y hay que ver de qué modo reclutan las inglesas almas para el cielo! Parece que las mandan a patadas. No es eso de describirle a uno las excelencias del cielo ni de pintarle los terrores del infierno; no es eso de aconsejarle al pecador que se enmiende y que tome el camino de la eterna ventura. No. Le mandan a

uno al cielo como podrían mandarle a la Comisaría.

—¡Eh! ¡Usted, alma pecadora! ¿Adónde va usted por ahí? ¿Es que no ha oído usted las cornetas del Ejército de Salvación? ¡Al cielo inmediatamente! ¡Vivo...!

Nada de explicaciones. Un toque de corneta, un redoble de tambor y adelante, con unas caras muy tiesas y un paso muy militar, a buscar otras almas para mandarlas a la morada divina.

La verdad, los ingleses son castos e inocentes; pero como propagandistas me parecen muy malos. Yo no dudo que tengan ciertos méritos a los ojos de Dios, y que Dios los estime; pero no creo que les haya dado la exclusiva del cielo en la tierra. Para mí que se están extralimitando en sus funciones.

COMO ESCRIBO LOS ARTICULOS

—¿Cómo hace usted sus artículos?—pregunta un periódico.

Para hacer mi artículo yo me encierro por las tardes en un cuarto con un poco de papel, como para hacer otra cosa pudiera encerrarme en otro cuarto con otro poco de papel. Allí comienzo a hacer esfuerzos y el artículo sale. Unas veces sale fácil, fluído, abundante; otras sale duro, difícil y escaso, pero siempre sale.

Yo llevo ya diez o doce años haciendo artículos. He adquirido la facultad de convertir todas las cosas en artículos de periódicos. Ya pueden ustedes darme las cosas más absurdas: un gabán viejo, un par de gemelos de teatro, una máquina de afeitar, un pollo asado, una mujer bonita... De cada una de esas cosas yo les haré a ustedes una columna de prosa pe-

riodística, o, si ustedes lo prefieren, les haré la columna de todas esas cosas juntas. El articulista es algo así como el avestruz. El avestruz lo convierte todo en cosa de comer y lo digiere todo: el articulista lo reduce todo a un artículo de periódico.

Yo lo mismo hago un artículo con una noticia de tres líneas que leo en el *Daily Telegraph*, que con las obras completas de Voltaire. Yo me voy al mar, por ejemplo. No cabe duda que el mar es una cosa grande y hermosa. Pues para mí como si fuese un sombrero de paja. Toda su hermosura y toda su grandeza yo la reduzco rápidamente a una columna escasa de un periódico; mando las cuartillas a su destino, y ya se han acabado para mí los encantos del mar, las mujeres bonitas, y como las mujeres bonitas las obras maestras, y como las obras maestras las catedrales góticas, y los buques de guerra, y los campos sonrientes, y la primavera, y las fiestas movibles, y todo. El articulista no puede gozar de nada, porque todo, en su organismo, se vuelve literatura, así como esos enfermos que no gozan de ninguna comida porque todas ellas se les convierten en azúcar. Esos enfermos son fábricas de azúcar y nosotros somos fábricas de artículos.

¡Qué cosa monstruosa, ridícula y triste esta información espiritual del hombre que hace un

artículo diario! Y menos mal cuando hay quien lea el artículo en cuestión, porque entonces uno puede consolarse pensando que el lector es todavía más desdichado que uno.

Luego esto de escribir artículos para periódicos es como trabajar en público. A mí me parece, cuando escribo, que escribo en un escaparate, como unas muchachas que escriben en unos escaparates de Londres para hacer la «réclame» de unas plumas estilográficas, y que todo el mundo me ve. Entonces me siento invadido de vergüenza.

—¿Cómo hace usted sus artículos?—pregunta el periódico inglés. Los escritores ingleses hacen tres o cuatro artículos mensuales. Así, uno de ellos, ha podido permitirse el lujo de contestar:

—¿Mis artículos? Yo los hago bastante bien.

EL SUICIDA INGLÉS

Los periódicos discuten ahora si la gente tiene derecho a matarse o no. Desde luego: si la gente tiene derecho y razón para matarse en alguna parte del mundo, yo creo que debe tenerlos sobre todo en Londres, en este país de nieblas y de gente triste, del que decía Oscar Wilde: «No se sabe si son las nieblas las que producen los hombres tristes, o si son los hombres tristes los que producen las nieblas.» Precisamente estos hombres tristes son los que se oponen a que la gente se mate. El suicida es casi siempre un optimista, un hombre al que la vida le parece muy alegre; pero que se considera incapacitado para disfrutar de ella, a veces por una enfermedad crónica y otras—las más—por falta de dinero.

—Ya que personalmente no puedo disfrutar

de esta vida tan agradable—se dice el optimista—, donde hay tantos bistés con patatas y tantas admirables pantorrillas, lo mejor es que me mate.

Pero los hombres tristes se oponen:

—¡Eh! ¿Qué es eso de matarse? ¿Se cree usted que se puede uno matar como se va uno de juerga? No, señor. Aguántese usted, y viva.

Hay que vivir, no porque la vida sea divertida, sino por deber, por obligación, hasta por heroísmo; a lo menos estas son las palabras que emplean los enemigos del suicidio, y al suicida le llaman cobarde.

En España o en Francia, y en cualquier lado del Mundo, excepto Inglaterra, legislar contra el suicidio es perder completamente el tiempo. Se puede legislar; pero, ¿cómo va a llevarse la legislación a la práctica? ¿Qué se le va a hacer al suicida una vez suicidado? Porque, en fin, no se es suicida como se es concejal o miembro del partido republicano; sólo se es suicida después de muerto, y el único castigo que se le puede imponer a un muerto por haberse suicidado es resucitarlo. Mientras no se pueda resucitar a los suicidas, será inútil legislar contra ellos.

Hay, claro está, los suicidas frustrados. Yo, por mi parte, los considero unos farsantes; pero supongámoslos sinceros en sus convicciones sui-

cidas. Contra estos hombres sí es posible entablar una acción ejemplar. La más ejemplar de todas las penas, sin embargo, la pena de muerte, no sería para ellos una pena, sino el triunfo, la consagración legal de sus ideales. Es decir, sería una pena como falsos suicidas que yo los considero, pero no como suicidas auténticos, que es como debe considerarlos la justicia para combatir en ellos el suicidio.

Y por eso es inútil legislar contra el suicidio en todas partes.

En Inglaterra, no. El suicida inglés respeta la ley. Puede no estar conforme con la vida, pero respeta la ley. Puede decidirse a separarse de la sociedad, a romper con la existencia, a desaparecer del Mundo, pero como vea un cartel que diga «Se prohibe suicidarse», el suicida inglés no se suicidará. ¡Envidiable país el que cuenta con tales suicidas!

INDICE

Páginas.



